



Nicanor Molinare

Asalto y toma de Arica

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Nicanor Molinare

Asalto y toma de Arica

«Eam esse Historie legem, ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat».

Tácito

«La ley de la Historia consiste en no decir nada falso, ni omitir nada verdadero».

Tácito

7 de junio de 1880.

En Rancagua, el año de 1814, O'Higgins, «El Grande», defendió su puesto con pujanza heroica durante cuarenta horas, en que se peleó sin tregua ni descanso, contra fuerzas inmensamente superiores; y rompiendo el cerco rodeado de un puñado de bravos, abandonó la plaza, cuna de su gloria alumbrado con los lampos del incendio, dejando al enemigo humeantes escombros y clavada para siempre en la historia el sencillísimo lema chileno: ¡Morir, antes que rendirse!

El 6 de diciembre de 1817, Ordóñez, famoso soldado realista, rechaza con brillo, el audaz ataque que las fuerzas aliadas argentino chilenas, llevan sobre los formidables reductos de Talcahuano, a pesar de que un mariscal francés, Brayer, manda el asalto y ve que en las filas patriotas, el valor y la disciplina, se aúnan al deseo de arrancar el pendón hispano de aquella plaza.

El Callao, en 1824, resiste el famoso medio en que se inmortaliza Rodir; el general Salemón, comandante de las tropas independientes, tributa honores desconocidos y rinde sincero homenaje de respeto, al jefe peninsular, que no abate por ningún precio, las banderas de Castilla.

Montevideo, se hace famoso en los factos americanos, en los diversos sitios que mantienen los realistas en la segunda década del siglo XVIII, y más tarde los orientales, campeando

por su independencia; esos asedios duran años y Garibaldi se immortaliza en el último de ellos.

El Roble, es una sorpresa y un asalto llevado con tino, bravura e inteligencia, por los comandantes chilenos realistas señores Clemente Lantaño y Luis Urrejola, en la alborada del 17 de octubre de 1817; que O'Higgins rechaza lanzando el legendario grito de: «¡O vivir con honor o morir con gloria, el que sea valiente sígame!», y el audaz enemigo es rechazado en toda la línea.

Arica, plaza fuerte bien artillada, defendida por tropa veterana; que cuenta con jefes que tienen viejos servicios prestados a la patria; que blasonan de valientes; que no quieren abatir sus pendones ante el humano ofrecimiento que les hace don Pedro Lagos, jefe de las fuerzas chilenas; que es un volcán de pólvora y dinamita, es tomada al asalto por dos regimientos chilenos, el 3.º y 4.º de línea, ¡en poco más de 50 minutos!

Como un respetuoso saludo de ultratumba a los manes ilustres de los soldados que llevaron a cabo aquel asalto, tomamos sobre nosotros la gratísima tarea de narrar esta épica hazaña, a fin de que se grave más y más en el cerebro de nuestros dirigentes, el santo empeño de mantener izada en el Morro de Arica, la enseña inmaculada de Chile, clavada ahí por el potente esfuerzo de sus hijos; y que sepan los peruanos, cuando de Tacna y Arica conversen, que el Dante escribió para aquellas provincias su «Lasciatti ogni speranza!»

Señores incásicos: el Cóndor tiene desde 1884, plegadas sus alas y desde las níveas cumbres andinas en que reposa, vigila con ojo avizor, vuestros valles, hondonadas y campiñas; su vista prodigiosa, escudriña el inmenso horizonte del Pacífico, cuna de su gloria y tumba bendita de sus héroes; ante su potente vista nada escapa, que bien divisa a Lima, Cuzco, Arequipa, Ayacucho, Trujillo y Callao, donde victorioso siempre posó su conquistadora planta la raza de Lautaro.

¡Por Dios, no levantéis su vuelo, ni quebrantéis su reposo, porque si mi patria clava de nuevo en Lima su pendón, no habrá poder humano que de ahí lo arranque!

* * *

Fue el hijo de Carlos V, la Católica Majestad de Felipe II, quien en 1570 «concedió a Arica el título de Ciudad, con Cabildo de un Alcalde, Alférez Real y demás oficios», denominándola «San Marcos de Arica».

Cuando, don Diego de Almagro, llegó tras largo y penoso viaje a los fértiles valles de Chile en abril de 1536, encontró en nuestra tierra, hospedado regimiento a Calvo de Barrientos, El Pilón; soldado de la hueste de don Francisco Pizarro, y a quien por ladrón, el futuro marqués, había hecho cortar ambas orejas; horrible suplicio que le hizo huir del Perú y refugiarse en nuestro país, amparado por el mismo Inca Atahualpa, que protegió su voluntario destierro, ordenando a sus súbditos, socorriesen a Barrientos en su viaje hasta que llegase a Chile.

Los historiadores que de Calvo de Barrientos se ocupan, no narran ni indican cual fue el camino que tomó para hacer tan larga travesía; pero hay la creencia, de que siendo el mejor y más corto, el de la costa, sus guías imperiales, debieron elegir este y no el de la planicie, que es más largo y expuesto, según sea la estación, a las intemperancias de las torrenciales lluvias que azotan aquella región.

De ahí que la tradición acepte, a Calvo de Barrientos, como al primer ocupante español, que posara su planta europea en Arica.

Andando la conquista, Almagro, Valdivia y sus tenientes, hicieron ancha huella en el desierto tarapaqueño y de Atacama, tomaron, como quien dice, por posada o campamento, el oasis ariqueño, en sus grandes jornadas de conquistadores.

Y así como aquellos grandes y heroicos viandantes hacían por tierra sus primeras jornadas, el mar dio también lugar a que, por 1536, fondease en el más tarde imperecedero Arica, y a la sombra de su Morro, la primera nave española, partida del Callao en protección de los de Almagro, que se encontraban en Chile.

Y quien lo imaginara, el barco aquel, no pudo ni siquiera echar a tierra su gente, porque los naturales de Quiaca y de Los Altos, que hoy son Los Altos de Juan Díaz, armaron sus balsas de lobos, aprontaron sus flechas y armas y pusieron a raya al piloto español que mandaba la nave almagrina.

Sólo cuando saliendo de la costa iquiqueña entraba ya de regreso Almagro, su teniente don Juan de Saavedra, levantó el bloqueo al buque español, que quedó en libre y tranquila plática con sus compañeros los de Chile: y a la sombra de sus tupidos arbolados pudieron reponerse aquellas huestes, que desde nuestra lejana tierra, iban en busca de las tropas pizarristas, para ser vencidas en Las Salinas y garroteado su noble, valiente, cuanto infeliz jefe, don Diego de Almagro.

Arica tomó inusitado vuelo con el descubrimiento de Potosí, y aquí dejaremos constancia que el dueño y señor de aquel hermoso puerto, de su Morro, Altos, Lluta y Azapa, era el cacique Ariacea, de donde se dice viene: Arica.

Hay quien cree que Arica es palabra quichua, que significa ombligo; y que ese nombre le dieron los hijos del Sol, porque la costa en esa latitud comprimida, forma el ombligo terrestre de Sudamérica.

Potosí, fue un emporio de riqueza; el metal blanco de sus minas hizo ricos a muchos conquistadores, que desde Pedro de Hinojosa, explotaron aquellos veneros de portentosa e inagotable riqueza.

Potosí primero y más tarde Charcas, Oruro y La Paz, dieron capital y puerto a los dominios del cacique Ariacea; porque las arrias inmensas que traían las riquezas de aquellos asientos argentíferos, y el retorno de mercaderías de ultra mar y de Chile dieron a aquella bahía, una situación notoria y envidiable, que ojalá tuviera hoy día.

Aquellos expertos y fuertes montañeses a lomo de llama y de mula, recorrían con pasmosa rapidez la senda de Arica a Potosí, Oruro y Charcas; pasando y haciendo altos por Caquena y Parinacota; por Putre, Socorroma, Choquelimpie, Carangas, Pajama y Tacna, pastales hermosísimos los dos últimos, en que las interminables recuas reponían las cansadas fuerzas.

La ruta de Tacna, Pachía, Calientes, Tacora, etc., era la de La Paz: ella fue la que edificó a Tacna y engrandeció también a Arica.

* * *

En el golfo de Arica se encuentra el puerto del mismo nombre; y en su extremidad sur se levanta el imponente Morro de Arica, donde tremoló la bandera de España hasta el año de 1854, siendo sustituida por la peruana, que flameó hasta la mañana del 7 de junio de 1880, en que fue arriada para siempre de su tope, enarbolándose en su lugar, la santa enseña de Chile, que está allí, vigilada por la voluntad soberana del pueblo que no permitirá jamás que se arríe.

Arica se encuentra situada por los 15° 28' 8" de latitud sur; y 70° 20' 46" de longitud Oeste.

Su tenedero, aguadas, pastos y clima suavísimo, como los encantos de los valles de Lluta y Azapa, la hicieron durante los siglos XVI a XVIII, el punto obligado de refugio para las naves que hacían la travesía del Callao a Valparaíso y de los puertos chilenos a los del Virreinato del Perú.

Gerónimo de Alderete en 1519 fondeaba en Arica en el San Cristóbal; y los galeones de España, más tarde, anclados bajo la protección de los pequeños fuertes de la plaza armados con cañones, sacres, falconetes y versus pudieron estar tranquilos durante largos y dilatados años.

Sólo desde principios del siglo XVII puede decirse, que España vio amagadas las costas del Pacífico: Cavendish, Drake y Spilberg hicieron su crucero sembrando el espanto en las colonias españolas; pero, Arica, fue respetado por esos aventureros que fueron también glorias de su patria.

Sharp y Watling, segundo del primero a quien depuso por sorpresa, atacó y tomó «El Morro» y también a Arica; mas, respuesta su guarnición, Watling fue rechazado y muerto; y Sharp, tomando el comando de su escuadra, se retiró prudentemente de aquel puerto, dejando 20 muertos y 19 prisioneros, que inmediatamente fueron ahorcados.

John Clipperton, enarbolando bandera inglesa, la de su patria, atacó en febrero de 1721, a Arica; pero no coronó el triunfo sus esfuerzos, porque, a pesar de la bravura de sus hombres y buenas disposiciones del desembarco, fue rechazado en toda la línea, obligándolo a retirarse sin que la valiente guarnición del puerto supiese el rumbo, ni derrota, en que iba a ocultar su desastre el marino británico.

* * *

Durante las campañas de la independencia, Arica, permaneció bajo el dominio español hasta el año de 1821; después de esa fecha ocupada por fuerzas patriotas y a su vez recuperada por tropas peninsulares, cambió de dueño varias veces; hasta que, firmada la Capitulación de Ayacucho, en diciembre de 1824, quedó para siempre separada del dominio español.

Desde 1810 a 1820, sólo un hecho culminante hace recordar a Arica.

De arribada y cargada hasta los topes con mercadería de primera clase, echaba el ancla y fondeaba cerca del Morro en noviembre de 1817, la fragata La Minerva, procedente de Cádiz; de cuyo puerto había zarpado en abril del mismo año navegando en escuadra, con rumbo al Pacífico; y bajo la protección de los poderosos cañones de La Esmeralda, hermosa y velera nave española del mando de don Luis Coig; y a quien el indomable y valeroso Cochrane, había de abordar y arrancar del Callao, en 1821, por el esfuerzo potente y soberano de su brazo y de su genio, secundado por el atrevido empuje de la guarnición chilena, que acaudillada por el noble lord, no reconocía imposibles.

La Minerva tenía a su bordo rico botín; hemos visto el conocimiento y estudiado el valor que se obtuvo de la venta de la mercadería extraída de sus bodegas; y podemos aseverar que su cargamento era de primera clase; figurando en él riquísimos pianos, espejos, muebles, gran cantidad de papel, ferretería, etc.

Mac-Kay y una veintena de arrojados compañeros, en una serena noche de noviembre del año citado de 17... abordaron y tomaron por asalto tan rica presa; encerraron en las bodegas del barco a su tripulación y al día siguiente, después de derrotar con sus cañones a las tropas de tierra, que quisieron recobrar el barco, se hicieron a la mar tan pronto infló su velamen fresca brisa de tierra.

Poco tiempo más tarde, Mac-Kay y sus felices compañeros daban fondo en Valparaíso; y después de avisar al Gobierno independiente que del Callao había zarpado Osorio, y su escuadra, con rumbo a Talcahuano, entregaron la fragata recibiendo cada uno de ellos, buenas onzas peluconas, la parte de presa correspondiente.

El 14 de febrero de 1879, el coronel don Emilio Sotomayor, ocupó a Antofagasta; el 5 de abril del mismo año, Chile declaró oficialmente la guerra al Perú y a Bolivia, fiado en la justicia de su causa, en la pujanza de su brazo y en el valor de sus hijos.

Arica, en esa fecha estaba desarmado; Chile poseía indiscutiblemente una poderosa armada y sin duda era dueño del mar.

Williams Rebolledo mandaba la escuadra; pero, sea por desidia, descuido, mala fortuna, peor suerte o por lo que se quiera, el hecho es que, el captor de la Covadonga nada hizo durante su comando para enaltecer a la marina de Chile, ni para adquirir el derecho de inmortalizar su nombre en el bronce y en la historia.

¡El ataque al Callao fue un desastre, que dio lugar a que en lampos de gloria, en nimbos de luz, encendieran la antorcha de la inmortalidad Prat, Riquelme, Aldea, Serrano, Videla y todos los heroicos compañeros del héroe que prefirieron la muerte antes que arriar la bendita enseña de Blanco y de Cochrane!

Y desde mayo hasta que Riveros y Latorre, El Intrépido, en octubre de 1879, rindieron el Huáscar, Williams no dio señales de vida sino para dejar constancia en indigestas notas oficiales, que el Huáscar andaba más que nuestros blindados; que el monitor se le había escapado; que Cucalón recaía al mar y... el enemigo entre tanto se paseaba por nuestras costas; los transportes peruanos conducían tropas a Tarapacá; artillaban sus puertos y hacían de Arica una posición inexpugnable, artillando el Morro, levantando fuertes, trincheras y reductos.

Grau se daba tiempo y ocasión para todo: tan pronto atacaba a Antofagasta, como aparecía al frente de Caldera, o trataba de sorprender a la Magallanes en Iquique; desaparecía, limpiaba sus fondos en el Callao y a su regreso al sur convoyaba al Manco Capac y a los transportes enemigos que traían la gruesa artillería para defender el Morro; los Vavaseur del San José, los Parrot del Centinela, toda la dinamita, pólvora y vitualla de la tropa peruana que habría de dar la batalla de Tacna y defender a Arica.

El hecho es que, mientras el almirante Williams Rebolledo dejaba escapar al Huáscar y perdía su tiempo en inútiles geremiadas, el Perú artilló a Arica formidablemente; reunió un magnífico ejército en Tarapacá, otro en Tacna, y todo a la vista y paciencia del almirante chileno, que no pudo o no quiso capturar al monitor enemigo.

La historia principia ya a levantar el velo que cubre a muchos grandes figurones; y los que a ella dediquen sus desvelos «no deben decir nada falso, ni omitir nada verdadero», que ese el sabio precepto de Tácito.

Obra de justicia es enaltecer a los grandes servidores de la nación.

¡Gloria a los vencedores de Arica! ¡Lauros inmarcesibles cubran la frente de Lagos, San Martín, Saldívar, Gutiérrez, Chacón y Aguirre!

Recuerde la patria agradecida los nombres de Federico Castro, Francisco Ahumada, Poblete, Menandro J. de Urrutia, Ricardo Serrano, Carlos Aldunate, Lamas, Cruz González, Salvador Urrutia, Belisario Campos, Souper, Salvo, Salcedo y Marchant.

Grábense en la historia los nombres de aquellos jóvenes soldados de entonces, que se llaman Silva Arriagada, José I. López, Toro Herrera, Vicente Videla, La Barrera, Rivera, Gregorio Silva, Urculla, Salamanca, Vivanco, Marcos López, Ricardo Gormaz, Novoa, Luis V. Gana, Avaria y tantos otros, para quienes desafiar al peligro, buscar la muerte por Chile era cosa fácil, tarea que no prestaba dificultad ninguna.

¡Para los que con honra defendieron la bandera inmaculada de Chile, honra también, gloria, prez y fama!

¡Para los que en la hora del peligro se dejaron tomar por la flaqueza y dieron rienda suelta a su miedo, la historia debe ser implacable; el ludibrio debe cubrir sus nombres, a fin de que las presentes generaciones los conozcan y reciban eterno y merecido castigo!

* * *

El 26 de mayo de 1880, tras cruenta, porfiada y tenaz lucha, al caer la tarde de aquel memorable día, el orgulloso Ejército Aliado del mando del valiente y pundonoroso general don Narciso Campero, se declaraba en derrota; y a la desbandada huía, dispersándose todas sus unidades, desde Tacna hasta las agrestes cimas del Tacora.

Dos días después de aquella campal batalla, no quedaba en pie un sólo batallón, ni siquiera una escuadra, ni mucho menos tropa de caballería.

¡Los colorados bolivianos estaban allá, en su puesto, dormían el sueño de los bravos en los reductos del Campo de la Alianza!

Un solo oficial de este cuerpo, el abanderado Moscoso, cayó prisionero. Fue el único espécimen que los veteranos Melgarejo, Belsu y Morales, quisieron presentar en Santiago.

Su jefe, Murjia, herido y prisionero en Tacna, abandonó la prisión y llegó a La Paz. Todos los demás murieron por Bolivia.

Y, sin embargo, don Lizardo Montero, que se retiró temprano del campo de batalla, tuvo el coraje de hacer cargos al ejército boliviano y al generalísimo Campero.

El ilustre vencedor, general don Manuel Baquedano, y su previsor jefe de Estado Mayor, coronel don José Velázquez, tan pronto se declaró en derrota el enemigo, como ordenó al comandante don Rafael Vargas que lo persiguiese e impidiese su reorganización en Pachia, Calientes o Tarata, tomando el camino de Palea.

Y mientras el intrépido comandante Vargas cumple su misión, explorando los primeros contrafuertes andinos, Baquedano, Lagos, Velázquez y demás dirigentes de aquella vencedora hueste, piensan que Arica, plaza fuerte del primer orden, está bien defendida; que su guarnición sube casi a 2.000 hombres de tropa aguerrida, veterana; que está comandada por un viejo soldado peruano que tiene fama de pundonoroso y alentado; que su Morro, fuertes, reductos y trincheras están minados y que aquello es un volcán de pólvora y de dinamita.

Todo eso y mucho más sabe el general chileno; pero Baquedano y su Estado Mayor necesitan a Arica, llave de su ejército, base de sus operaciones y tenero seguro para la escuadra, con la que debe estar en contacto permanente y de quien está separado por más de un centenar de kilómetros desiertos sin agua, desprovistos de recursos y con una costa agria, áspera y brava.

Además, en Tacna escaseaban los víveres porque la Intendencia chilena tenía que alimentar a nuestro ejército y mantener a los numerosos prisioneros rendidos en el Campo de la Alianza; para avituallar nuestras tropas se imponía tomar a Arica.

Desde la punta de Quiaca y los Altos de Juan Díaz, en donde comienza el Golfo de Arica, en cuyo fondo está la bahía y puerto de este nombre, la playa es brava y no tiene una sola caleta que pueda servir de refugio al afligido navegante o al más modesto chinchorro.

Del valle de Azapa a Juan Díaz hay lo menos 50 kilómetros; y esos Altos estériles son valla insalvable para cualquier ejército.

Era necesario, pues, tomar posesión de Arica; darse la mano con la escuadra; despejar de enemigos aquel formidable baluarte y dar a la patria otro lauro tan inmarcesible o más, si fuera posible, que el de Tacna.

El asalto de Arica se decretó, encargándose al invicto coronel don Pedro Lagos la factura del plan y toma de aquella plaza, considerada inexpugnable por todas las oficialidades de las marinas neutrales de estación en el Pacífico, que seguían asiduamente las operaciones navales y terrestres de la República.

Sólo los marinos ingleses, que habían visto el irresistible empuje de nuestras tropas en Pisagua y que conservaban las tradiciones chilenas que Cochrane había narrado en Inglaterra, no dudaban de la victoria de Chile al asaltar aquel Gibraltar peruano.

Ya veremos lo que ocurrió al efecto: y cómo los gringos ganaron su apuesta, apostando sus libras a favor de Lagos y los suyos.

* * *

Como capitán de la Compañía de Dragones de la Frontera, aguerrido y veterano cuerpo de caballería en que ensillaron sus corceles muchos de nuestros gloriosos jinetes y en el que aprendió el uso de la lanza y el sable el viejo mariscal Alcázar, el héroe de Tarpellanca, pasaba revista en 1810 el capitán don Pedro Lagos, de la 2.^a compañía, con 60 años de edad, nacido en Chile, de noble estirpe y con 45 de servicios.

Teniente de la compañía del capitán Lagos, era don Vicente Garretón; y servía en calidad de alférez don Rafael Anguita, criollos ambos, como su jefe y como el sargento don José Antonio Lagos, que lucía en su brazo derecho la hermosa sardinetta de galón blanco, insignia de los de su grado.

¿Fue el capitán de Dragones don Pedro Lagos, de quien hablamos, el marido de doña Juana Jaraquemada?

No lo sabemos; pero, sí, podemos aseverar que doña Juana fue mujer de don Pedro Lagos, a quien dio ocho hijos, patriotas todos y fieles republicanos.

Don Manuel Lagos y Jaraquemada casó en Chillán con doña Rosario Marchant, descendiente a su vez de otro famoso capitán Marchant que antaño sirvió al Rey con honra y fortuna, legando a sus descendientes un nombre sin mancha y grandes propiedades rurales en aquel partido.

Ocho hijos tenía don Manuel de su mujer doña Rosario, cuando falleció ésta, dejando viudo a su marido que para consolarse, contrajo segundas nupcias, agregando cuatro hijos más a su hogar, que así llegó a contar una docena completa.

Lagos y Marchant fue, pues, don Pedro, el vencedor de Arica y el soldado de Miraflores; la cuna de O'Higgins, El Grande, fue la suya, que nació en Chillán Viejo, allá por 1832.

El ejército, en el que tantos laureles cogiera para su patria, dio también cabida a sus hermanos don José María, don Anacleto y don Gabriel; hoy no vive sino don Anacleto, retirado como teniente coronel desde hace ya largos años; don José María falleció también cuando era sargento mayor, y don Gabriel murió siendo cadete.

Creció don Pedro al lado de sus padres, viviendo en los fundos de su familia y aspirando junto con el perfume de la montaña, el amor a la patria, en las leyendas del hogar; oyendo narrar a su padre las hazañas de los adalides de la independencia.

El año de 1846, se creó en la Escuela Militar una Sección especial de Cabos; el 1.º de marzo de ese mismo año, a las 14 se incorporó en sus filas don Pedro Lagos Marchant; el 1.º de febrero de 1847, Lagos era cabo 1.º; el 18 de marzo del año 48 salía de la Escuela don Pedro como sargento 2.º distinguido e iniciaba su servicio en la Compañía de Granaderos del Batallón Chacabuco, de quien era capitán don Santiago Amengual y comandante don Pedro Alcántara Urriola.

Es fama que el general Aldunate, director y comandante de aquel Colegio Militar, muchas veces en su vida dijo: «que nadie había sobrepujado en el establecimiento a Galvarino Riveros y a Pedro Lagos».

Si el ilustre soldado hubiera franqueado los lindes de la vida hasta 1882, habría tenido el placer de estrechar en sus brazos a dos grandes servidores de Chile.

Poquísimo tiempo cargó la jineta de sargento 2.º el distinguido Lagos; pues en julio del mismo año se le extendió nombramiento de sargento 1.º de la misma Compañía de Granaderos, a petición de su capitán Amengual.

La seriedad, juicio, especiales dotes militares y el constante y decidido amor al estudio y a los libros, le dieron el galardón de subteniente el 22 de noviembre de 1850, a los 18 años su edad y cuatro de servicios.

En aquella época Chile era un volcán; la figura de don Manuel Montt se destacaba en el horizonte político, diseñándose ya las líneas del gran estadista, que había de echar por tierra antiguas tradiciones y levantar al frente de la vieja aristocracia pelucona, la del talento y de

las grandes virtudes cívicas, tan necesarias para exornar el nivel moral de las democracias modernas.

La República se desligaba de la aristocracia de la sangre y de las rancias teorías burocráticas coloniales, para dar paso a la sabia ardiente y poderosa de la juventud, de la inteligencia y de la ilustración.

Mas, por desgracia, aquella evolución política, que hoy admira la posteridad y asombrada reconoce la historia, no debía efectuarse sin cruentos sacrificios.

Los antiguos cuerpos, los veteranos Valdivia, Chacabuco y Yungay, estaban socavado; la moral y disciplina perdidas; y los motines y asonadas se sucedían como en un cinematógrafo.

Al 20 de abril seguían los combates de Valparaíso y de La Serena; y al fin cansado el Gobierno, casi de una plumada reorganizó los viejos tercios por nuevos batallones que se denominaron Buin, 1.º de línea, 3.º, 4.º y 5.º; el 2.º se formó más tarde.

En octubre de 1851, el sargento mayor don José Manuel Pinto, andando el tiempo, general de división y Ministro de la Guerra, recibió orden de organizar sobre la base de las Compañías de Granaderos y primero del ex Chacahue de Videla Guzmán, el Batallón 5.º de línea; de donde salió poco después el N.º: 4, que por su valor conquistó el nombre de Arica.

Pues bien, don José Manuel Pinto, mayor que se hacía notar ya por sus dotes de soldado y de administrador, formó el 5.º de línea, teniendo por únicos oficiales a los capitanes don José Antonio Bustamante y don Toribio Fernández y al subteniente don Pedro Lagos, que valía por un regimiento.

En el ínter, don Manuel Montt había en 18 de septiembre de 1851 asumido la jefatura Suprema e instantáneamente había también estallado la revolución en Concepción; el general don José María de La Cruz levantaba su pendón en las riberas del Bío-Bío; y en La Serena, Talca y Linares ardía la revuelta en forma que el Gobierno de la Moneda, se sentía bambolear hasta en sus cimientos.

Montt contaba con Bulnes, el invicto vencedor de Yungay, que con un civismo que admira, ponía su espada del lado del representante del poder público.

Bulnes se dirigió al sur, organizó sus tropas y venció en la jornada de Loncomilla, que más que batalla fue una cruel carnicería en que se peleó sin tregua ni descanso y en que las bajas de ambos ejércitos subieron del 50%.

Lagos, no toma parte en esa campaña, pues se encuentra en la División Pacificadora de La Serena, que manda el coronel don Juan Vidaurre Leal; y allí, aquel joven que tiene alma de soldado y alientos de gigante, escribe páginas inmortales y gana su presilla de teniente en 7 de noviembre de 1851.

En aquel famoso asedio, allá por fines de noviembre, Lagos y el teniente del Buin don Rafael Williams aburridos porque aquel sitio no marchaba tan rápidamente, como ellos lo deseaban, resolvieron por sí y ante sí, a guisa de modernos Artañanes, atacar y tomar por asalto la famosa trinchera N.º: 8, del mando del valiente y denodado capitán revolucionario Zamudio.

Este reducto, el N.º: 8, cerrada la calle del Colegio, que corre de norte a sur y que equivale en La Serena a la de Ahumada, con la de San Francisco de oriente a poniente o como quien dice la nuestra de Huérfanos; es decir, la trinchera 8 estaba una cuadra justa de la Plaza, y tenía, por cierto, capital importancia su defensa.

De ahí que el teniente Lagos quisiera apoderarse de aquella posición; y que, junto con Williams jugase bravamente la partida en que este último perdió la vida, dejando las tropas gobiernistas, en el asalto y entrevero, más de treinta muertos y mayor número de heridos.

Pero si Vidaurre Leal y su teniente Lagos fueron rechazados, el denodado don Pedro cobró desde entonces fama de soldado esforzado y audaz y de hombre a quien se le podían confiar las más difíciles comisiones.

La campaña de La Serena y de Copiapó dieron a Lagos, en 26 de marzo de 1852, el empleo de ayudante mayor del 4.º de línea, siendo ascendido a capitán del mismo cuerpo el 9 de febrero de 1854.

En el sitio de Talca, el año 59, don Pedro, al frente de la 1.ª del 4.º de línea, se hizo notar como soldado y especialmente como negociador, para la rendición y entrega de la plaza; comisión que llevó con tino e inteligencia, logrando su propósito sin herir las susceptibilidades de los sitiados.

En Los Loros acompañó a Silva Chávez; y después de esa derrota recibió el grado de sargento mayor.

Las campañas de Arauco encontraron a don Pedro Lagos en todo el vigor de su juventud, y allí puede decirse que pasó los mejores años de su existencia.

Desde fines de 1859 al 23 de abril de 1869, en que se retiró absolutamente como teniente coronel podemos aseverar, sin exagerar, que nuestro héroe no faltó a ninguna acción de guerra, expedición o fundación de ciudad, fuerte o aldea, en el territorio araucano.

Su nombre está tan íntimamente ligado con la conquista de Arauco, que no pueden narrarse aquellas épicas campañas, sin que se destaque la simpática y guerrera silueta de don Pedro, como estrella de primera magnitud.

La política y sucia y rastrera; la emulación y la envidia; y su admiración y respeto por don Manuel Montt y por el montvarismo, fueron, sin duda alguna, la causante única de su alejamiento y retiro del ejército.

Sus émulos triunfaron, y las instituciones armadas perdieron al más prestigioso de sus jefes.

Diez años pasó en el retiro de San Antonio, heredad de su familia; allí, entre los suyos y rodeado de sus viejos camaradas como Fuenzalida, José Olegario Cortés, don Gregorio Urrutia, Barceló y otros, que eran sus íntimos, recordaba don Pedro sus campañas y retemplaba su espíritu al calor de la vieja amistad de aquellos hombres que eran los hermanos queridos del campamento y del sacrificio.

Cuando se declaró la guerra en febrero de 1879, Lagos estaba en Los Angeles; ahí lo encontró, en 9 de abril, su nombramiento de comandante y organizador del Regimiento de línea Santiago, cuerpo que formó con base de su querido 4.º de línea, ayudado por don Francisco Barceló y don Estanislao León.

El 9 de abril, repetimos, Lagos recibía en Los Angeles su despacho de jefe del Santiago; el domingo 18 de mayo, un mes y diez días después, el Santiago, organizado y fuerte de más de mil doscientos hombres, desfilaba por las calles de la capital en dirección a la Estación Central con rumbo al norte, en demanda de la victoria o de la muerte.

A su frente se destacaba la hercúlea y esbelta figura de don Pedro, a quien ya el pueblo, con la clarividencia de las multitudes, señalaba como a futuro vencedor, y a hijo predilecto de la victoria.

En Antofagasta, Angeles, Tacna; en los consejos de guerra; en el seno de la amistad que lo ligaba al patriota Ministro don Rafael Sotomayor Baeza; al lado de su jefe y amigo don Manuel Baquedano; en el vivac de la joven y brillante oficialidad del Santiago y del ejército; en todas partes, la figura, el consejo, la severa austeridad con que llevaba la vida de campaña, hacían de Lagos el más simpático y querido de los jefes del ejército chileno.

Disciplinario, incansable, justiciero, exigía a sus subordinados el máximo del trabajo, dando él siempre el ejemplo, porque siempre fue el primero en el cumplimiento del deber y del sacrificio.

Baquedano había hecho la mejor y más acertada elección al designar al coronel don Pedro Lagos para dirigir el asalto de la formidable Arica.

Ya veremos como don Pedro ejecutó esa operación y tomó la plaza, con dos regimientos de línea y en 55 minutos.

* * *

Cumplida su misión, el comandante don Rafael Vargas vuelve bridas a Tacna, da cuenta a la superioridad y el general Baquedano entrega al coronel Lagos la reserva del Campo de La Alianza: el Buin, 3.º y 4.º de línea y el Bulnes con más dos baterías y dos escuadrones de caballería.

Vargas había traído la grata noticia a los niños de la Reserva, de que el enemigo, rehecho en los primeros contrafuertes andinos esperaba los refuerzos arequipeños del coronel Leiva para atacar nuevamente a nuestras victoriosas huestes.

Al amanecer del 28 de mayo, el incansable y vigilante coronel Lagos partía en dirección al oriente, y forzando marchas, temprano hacía alto en Calama sin encontrar a nadie y sólo sí, seguras noticias de que los fugitivos, restos del orgulloso ejército aliado, estaban ya en Moquegua, Arequipa y La Paz.

El ladino huaso Vargas, a pesar de los pesares, había sido mal informado por los habitantes de aquellos villorrios, y Lagos regresaba a Tacna el día 31 de mayo.

Vuelto don Pedro, inmediatamente y de acuerdo con Baquedano, se iniciaron las medidas tendientes a preparar la toma de Arica.

Pero, antes de continuar nuestra narración, permítasenos diseñar a Arica, cuanto a puerto militar y plaza fuerte de primer orden.

Hemos dicho que al estallar la guerra, Arica estaba desmantelada; he aquí ahora, cómo, cuándo y de qué modo, se ejecutaron las obras de defensa que hicieron de aquel indefenso puerto la mejor ciudadela de Sudamérica; y en que, a pesar de sus formidables reductos, minas fuertes y trincheras, y del deseo expresado por sus jefes de dar la vida antes que rendirse; el valor y la pujanza de nuestros soldados, sabiamente dirigidos por Lagos, secundado por jefes y oficiales experimentados y valientes, tomó aquella inexpugnable plaza en 55 minutos; clavando en lo alto del Morro, y para siempre, la bandera inmaculada y civilizadora de mi patria, la enseña de Chacabuco, de Maipú y de Yungay.

Lo repetimos, la falta de vigor en las operaciones marítimas, confiadas al contralmirante Williams para capturar al Huáscar, y la laboriosa diligencia peruana, dieron lugar a que a la vista y paciencia de nuestra escuadra, mal dirigida y ocupada en correrías inútiles, se fortificara y avituallara al desmantelado Arica, haciendo el tesón y la inteligencia incásica del agreste morro ariqueño, reducto poderoso, fortaleza inexpugnable.

Al iniciarse la guerra, el Estado Mayor peruano, creyendo segura la victoria de los aliados, no pensó sino en fortificar a Arica cuanto a puerto; no había para que tomar en cuenta la defensa terrestre; Chile, si bien es cierto, había ocupado a Antofagasta, tendría que ser vencido forzosamente en esas playas, y su ejército, copado por la armada Perú-boliviana de Tarapacá.

Jamás se invadiría a Arica, ni mucho menos a Tacna; ni para que imaginar el desembarco de Pisagua; ni el asalto y toma de Arica del modo que se efectuó.

De ahí que los primeros trabajos de fortificación y de defensa, se hicieran exclusivamente teniendo presente la defensa marítima.

En mayo de 1879, según el plan acordado en Lima, fondeaba en Arica el monitor Manco Capac, a órdenes del comandante Castillo, y junto con el coronel de artillería Panizo y el comandante de Ingenieros don Teobaldo Elezpur, e inmediatamente, en el terreno, hicieron los primeros reconocimientos a objeto de iniciar las fortificaciones necesarias para poner al puerto en estado de buena defensa.

Para respeto de nuestra escuadra y trabajar tranquilamente, se trajo a remolque del Callao al citado y famoso Manco Capac; monitor blindado con rieles y montado por dos cañones de a 500, tipo de 1867, de bala esférica y ánima lisa; que jugó sus piezas en varias ocasiones, matando por desgracia uno de aquellos inmensos proyectiles, el 27 de febrero de 1880, al indomable Thompson, capitán del Huáscar, que en abierta lid quiso apoderarse de aquel cetáceo de hierro.

¡Que sólo al peso de tanto metal podía arrancarse la vida a un hombre de los alientos del héroe de Abtao y primer comandante chileno de la Covadonga, a Manuel Thompson!

Elezpuro, que era como ingeniero el alma de la comisión de defensa, aconsejó: artillar el Morro y defender la playa que queda al norte, en una extensión hasta de tres kilómetros, por medio de fuertes tasantes con cañones colocados a barbata.

El campo de tiro de estos castillos sería el mar y también el de tierra, para el norte. Más tarde, cuando la pujanza de nuestras armas venció al enemigo de Pisagua, Tarapacá y los fuertes del norte que tenían el 7 de junio de 1880, es decir, con campos de tiros al mar, al norte y al noroeste; barriendo con sus fuegos la línea férrea.

Se acordó levantar tres baterías, ubicadas como se ha dicho, en los terrenos bajos de la parte norte de la ciudad, cerca de la playa y en un espacio de tres kilómetros más o menos, porque esa era la distancia que había del muelle al fuerte Santa Rosa, que quedaba en el extremo norte.

El San José se edificó cerca del pueblo, artillándose con dos buenos cañones Parrot de a 150; a continuación, es decir al medio, se colocó el Dos de Mayo, armado con un cañón Vorns, de procedencia francesa, fundido en Nantes el año 1864 y del calibre de 250 libras y ánima lisa.

Cerrando el flanco derecho del puerto y siempre hacía el norte, lo repetimos, se encontraba el Santa Rosa, con otra pieza Vorns francesa, gemela a la del Dos de Mayo.

Estas baterías contaban también con algunas piezas más de pequeño calibre y tenían casas matas, buenos polvorines, cuarteles, fosos y todas fueron perfectamente minadas en previsión, primeramente de un desembarco y más tarde para evitar un ataque terrestre.

Una red eléctrica unía las minas de cada batería con la plaza, es decir, con la Ambulancia, en la que flameaba la bandera de la Cruz Roja; bajo cuya protección, como veremos enseguida, el Estado Mayor peruano de Bolognesi había colocado para mejor proceder el centro eléctrico, la dirección de los terribles volcanes que poblaban aquella plaza; artera medida que fue la causa inmediata de la horrible matanza de aquel día, en que la felonía peruana recibió el más justo de los castigos.

Y antes que abandonemos la llanura y trepemos los abruptos y areniscos repechos de El Morro, y de los cerros que por el oriente y nor-este circundan la plaza, agregaremos que la previsión peruana en los últimos días de su autoridad, minaron también las orillas, los bajos

y pasos más frecuentados del río Lluta, especialmente en la parte que queda al poniente del puente de la línea férrea de Tacna a Arica de Chacalluta; ya veremos como se descubrieron esas minas, la captura de sus ingenieros y la importancia que tuvo esa feliz operación para los nuestros.

Y para completar la defensa marítima, Panizo, Elespuru y Castillo, acordaron, como primera medida, artillar El Morro.

Es necesario haber visitado alguna vez Arica y sobre todo su Morro, para comprender como el Perú, estando en guerra con Chile, disponiendo éste de una magnífica armada, pudo desde mayo de 1879, artillar aquella posición, a vista y paciencia del almirante chileno, sin que nadie jamás se opusiese a aquella fortificación.

Es necesario haber visto, lo repetimos, los nueve grandes cañones de a 250, 100 y 70, que coronaban aquella fortaleza; enormes, voluminosos, inmensos, para darse cuenta de la criminal desidia del almirante Williams R., que nada hizo para impedir se fortificase esa posición, que costó la vida de Thompson, San Martín, Chacón, Goicolea y de centenares de chilenos más, sacrificados en el asalto y en otras funciones de guerra, que se habrían evitado por cualquier otro almirante de nuestra armada, impidiendo el acarreo tranquilo que desde el Callao se hizo de todo aquel gran material de guerra.

Elespuru y los suyos construyeron en el Morro mismo, a la orilla del mar, las baterías necesarias para montar nueve magníficas piezas. Ahí se colocaron 6 cañones Vorns de a 100 y un Vavasseur de a 250.

Se levantaron galpones, cuarteles, casas matas y habitaciones para los artilleros y para los jefes y oficiales; se acopió una inmensa cantidad de munición de cañón y rifle; se minó admirablemente el Morro, estableciendo en medio de la gran plazoleta que queda en el extremo poniente una Santa Bárbara especial subterránea, en donde se guardaba la dinamita, y que el día del asalto no estalló porque el comandante Latorre, último jefe de la plaza, lo impidió oportunamente, como lo narraremos más adelante.

Fortificado el frente de aquel soberbio macizo que da al mar y asegurada así su defensa marítima, la Comisión peruana procedió a levantar los fuertes Este, Ciudadela y Morro Gordo; y a ubicar las dieciocho trincheras que defendían la posición peruana por el este, sur y este y nor-este, y que, en el día del asalto, jugaron el más importante papel.

Es indudable que aquellos tres jefes enemigos, estudiaron bien el terreno; porque la colocación dada a aquellos reductos y trincheras a todo el mundo satisfizo, y porque sus fuegos y campos de tiro, fueron perfectamente elegidos; lo que faltó para evitar la derrota, en la enemiga guarnición, fue corazón en sus jefes y mayor vigilancia en el comando.

El Morro, como se ve en el grabado que publicamos, tiene la forma de un largo cetáceo, cuya cabeza, quedando en su extremo poniente lista para zambullirse en el inmenso mar, testigo mudo del denuedo de los hijos de Chile en el memorable 7 de junio de 1880, extiende suavemente su cuerpo hacia el oriente, la región del sol, en una extensión de poco más de tres kilómetros.

En el medio se alza una pequeña prominencia; ahí quedó enclavado el fuerte o fortín «Morro Gordo», bien foseado, en forma de media luna y convenientemente artillado.

Más a retaguardia, es decir, más al oriente, y cargándose un poquito al sur, si se quiere, se colocó encima de la montaña que suavemente termina en El Morro mismo, El Fuerte Este, el del 4.º de línea, y que fue el primer punto que atacó aquel veterano regimiento, cuna gloriosa del aguerrido y heroico San Martín, su jefe, muerto ilustre de aquella legendaria jornada.

El Este, estratégicamente colocado, dominaba con sus fuegos circulares lo mismo el oriente que el lejano Morro.

Dominando el valle de Azapa y muy especialmente, como quien dice, la puerta de entrada de ese valle; y en un cerrito, monculito o mogote colocado en la falda de la montaña, que tiene por su parte nor-oriente un bajo que se prolonga unos 600 metros hacía el este, en que se levanta otra prominencia o lomada, se edificó El Fuerte Ciudadela, que atacó el primer batallón del 3.º de línea, del bravo mayor don Federico Castro; y donde grabaron sus nombres en la historia, escrita con su sangre y con letras de oro, el capitán Chacón y el impávido y heroico subteniente Poblete. El chino Poblete, hijo del pueblo, que laminó su partida de bautismo levantando su humilde stirpe, si ello puede caber en nuestras democracias, mucho más alto que los descendientes de nuestros marqueses, que para serlo pagaron en buenas onzas peluconas sus rancios abolengos, sin servir ni al rey ni a Chile.

Para terminar este plan de defensa, se cubrió con 18 trincheras o reductos de sacos de arena, con fosos en forma de medias lunas el espacio comprendido entre la plaza del Morro y el fuerte de Cerro o Morro Gordo, hábilmente ubicadas, y en forma que se defendían unas de otras, permitiendo a su vez romper simultáneamente sus fuegos sobre su frente, es decir, el oriente.

Los fuertes del Este y Ciudadela de norte a sur, distancian entre sí unos 400 a 450 metros, eran cuadrados, y como se ha dicho, con buenas murallas formadas por sacos o bolsas de arena.

La artillería del Este, consistía en tres cañones Voruz francesa, como los de la playa, del calibre de 100 libras y bala esférica; el Ciudadela contaba también con tres piezas de grueso calibre y dos Parrots de a 30 y un Voruz de a 70.

Todos los fuertes, trincheras y reductos tenían su Santa Bárbara repleta de municiones de cañón y rifle, en prodigiosa abundancia.

Esta fue la labor de la Comisión de fortificación primera, la de Panizo, Castillo y Elezpurú; trabajos que más tarde completo el coronel Bolognesi, ayudado por todos los jefes de su Estado Mayor y especialmente por el capitán Moore, de la Independencia, y por los señores Espinosa, Inclán, Latorre, Alfonso Ugarte, Sáenz Peña, Zavala, etc.; y por el ingeniero don Teodoro Elmore, profesional serio y estudioso, a quien personalmente conocimos en 1880,

prisionero en San Bernardo; donde se hizo notar por la austeridad de su vida y por su actitud circunspecta y laboriosa.

Elmore, apoyado por Bolognesi y sus compañeros, cambió, digamos así, el aspecto de las fortificaciones ariqueñas; bajo su inteligente dirección el campo de tiro de los fuertes de la orilla del mar, los de Ciudadela, Este, Morro Gordo, etc., se hizo circular, con excepción del San José y las baterías del Morro mismo, uno de cuyos grandes cañones abocó, sin embargo, hacia el oriente, para defender Morro Gordo, Este y Ciudadela.

Elmore minó todas las fortificaciones, minó todo Arica; convirtió la plaza en un volcán, que obediente, debía estallar ante la mano de aquel ingeniero que al oprimir un botón eléctrico haría saltar por los aires: ¡El Morro, Ciudadela, el Este, San José, Santa Rosa y la ciudad!

La red eléctrica de Elmore quedó inutilizada en gran parte el día del asalto, no, porque fallara su instalación, sino porque falló el corazón y porque, seamos francos, faltó Elmore, para ejecutar aquel heroico y terrible sacrificio.

En el Morro y en todos los fuertes, flotaban libres al viento, magníficas banderas peruanas, que arrancadas de sus astas a punta de bayoneta, enriquecieron nuestros museos, desde el 7 de junio de 1880.

La que ondeaba en El Morro, y que era la mejor y más hermosa, estaba colocada en un alto y magnífico mástil, situado cerca de la orilla y un poco hacia la ciudad, vecino a un senderito que conducía al pueblo. Ya veremos la importancia que tomó ese lugar, casi al terminar el combate.

He aquí ahora la tropa que guarnecía a Arica; su calidad, distribución, armamento, vituallas y jefes que mandaban aquella hueste condenada a morir «por sentencia decretada por nosotros mismos y escrita por nuestra propia mano», según la gráfica expresión del Comandante don Roque Sáenz Peña, redactada en 3 de julio de 1905, en comunicación hecha a un amigo suyo, y cuyo original tenemos aquí sobre nuestra mesa de labor.

Mas, antes de detallar la guarnición ariqueña advertiremos que Arica está unida a Tacna por una línea férrea, que en su trayecto recorre 63 kilómetros, con un paradero o estación, «El Hospicio», esta línea fue construida por su concesionario Mr. José Hegau, que inició los trabajos en 1851 y la inauguró en 1854.

Unos cuatro o cinco kilómetros al norte de Arica la vía cruza el río Lluta o Azufre por el puente de Chacalluta, llamándose así desde el puente hacia arriba, y con el de Lluta desde el mismo puente hacia el mar.

El terreno que se extiende entre el Lluta, el mar, los cerros del Oriente y la población es fertilísimo; fertilidad que aumenta prodigiosamente cuando los años son de buenas camanchacas.

Pero, si aquel terreno es feraz, mucho más y fuera de toda ponderación, es el valle de Azapa, cuya quebrada desemboca en la misma ciudad.

Azapa, es un oasis, que deja atrás todo lo imaginable; y si sus legumbres son magníficas, sus frutas son exquisitas; la palta, naranjas, tunas o trigos chungos, camotes, plátanos, chirimoyas, etc., no dejan nada que desear al paladar más delicado.

Lluta, es lugar de pastos naturales y también artificiales; cerca del puente del ferrocarril al lado del poniente, en aquellos años, existían unas casitas y sus campos vecinos un tanto vegosos dieron muy buen alimento a la caballada nuestra; en una de esas casas, fue tomado prisionero el ingeniero don Teodoro Elmore, y su compañero Ureta; pero no adelantemos la narración.

Los valles de Lluta y de Azapa, hay que advertir, que tienen caminos especiales que los comunican con las alturas que dominan la ciudad, el puerto y «El Morro» por el oriente; por esas sendas el Ejército chileno que dejaba los vagones del ferrocarril un poco antes del puente de Chacalluta, tranquila y cómodamente tomó las posiciones necesarias, aconsejadas por la estrategia, «y elegidas por don Pedro Lagos», para dar el asalto en el momento y tiempo oportuno.

El 5 de junio, dos días antes del ataque y toma de Arica, se pasó como de costumbre, por el Coronel Graduado y Jefe del detall ariqueño don Manuel C. de La Torre, el estado diario de fuerza efectiva y disponible. Ese documento, que cayó en manos de los vencedores, acusa la presencia en la plaza de 1.859 hombres, contados desde, Bolognesi, su Jefe, al último soldado.

Las 1.859 plazas eran la fuerza efectiva; los hombres de pelea, los que defendieron y sucumbieron el 7 de junio de 1880 en Arica, no eran sino 1.653 soldados de capitán a corneta; de ellos quedaron muertos en el campo, es decir, en el Morro y sus laderas, en los reductos, en el Ciudadela, Cerro Gordo, etc., en el pueblo y sus alrededores, 884 hombres con Bolognesi a su cabeza, sin contar buen número de heridos y el resto rendido y prisionero.

La cifra de los muertos anotada, es el testimonio más elocuente que la historia puede aducir en pro de nuestra raza; que no perdona, hiere, mata y destruye cuanto a su paso encuentra, cuando el enemigo desleal y artero hace uso inmoderado de los ardides de la guerra, como en Arica, en que echó mano hasta el santo y hospitalario lugar de la Cruz Roja para ubicar el centro eléctrico de sus minas; o como en Miraflores, en que rompiendo sorpresivamente un armisticio, sin reparar en la fe pactada, pero en conformidad a la fe púnica peruana, inicia sus fuegos violando las leyes internacionales que rigen a las naciones civilizadas.

Pero, ya saben los peruanos como se defiende Chile, como se baten sus hijos y como, en lagos de sangre, convierten los campos de batalla cuando con felonía se les ataca.

Estudien el pasado, mediten en el presente, y obren con cuidado en el porvenir los dirigentes del Rímac.

Estudiando minuciosamente datos que desde los ya, por desgracia, lejanos días de la campaña guardábamos; leyendo ávidamente todo lo que impreso existe sobre esta

magnífica acción de guerra; conversando con muchos de los sobrevivientes y leyendo sus diarios; charlando, plano en mano, en amistosa reunión y recordando con precisión íntimos detalles; leyendo apuntes tomados por Elmore, Espinosa y otros jefes y oficiales peruanos prisioneros en San Bernardo en 1880; y, sobre todo, teniendo a la vista los partes oficiales chilenos, y los únicos que existen peruanos, firmados por don Roque Sáenz Peña, don Manuel C. de La Torre y don Manuel I. Espinosa, jefes del Iquique, de la plaza y del Morro, hemos podido reconstituir no sólo las fuerzas enemigas, sino escribir y narrar en la forma que lo hacemos, este episodio de la guerra del Pacífico, página inmortal, dictada por el heroico coronel don Pedro Lagos y escrita con la sangre de los soldados de mi patria.

El coronel don Francisco Bolognesi, veterano por su edad y sus campañas, mandaba la Plaza Fuerte de Arica, en calidad de comandante en jefe. Y desde el 26 de mayo su comando fue absolutamente independiente y sin sujeción a nadie; en consecuencia, Bolognesi era el único árbitro de los destinos de Arica.

A su lado, como ayudantes de la jefatura, se encontraban los capitanes don Ricardo Iturbe, don Exequiel Vela y don Enrique Valdés, y el teniente don José P. Valdivia.

El teniente coronel don Manuel C. de La Torre, tenía a su cargo el detall de la guarnición y de toda la plaza; en su pesada labor durante los días del bloqueo y en el del combate y la pelea, lo acompañaron el sargento mayor don Miguel Barrios, el capitán don Darío Eyzaguirre y siete ayudantes más, cuyos nombres, por desgracia, hemos perdido.

La guarnición enemiga estaba compuesta por las divisiones 7.^a y 8.^a del ejército perú-boliviano, sin que en sus filas campease cuerpo ninguno perteneciente a Bolivia; sólo tenemos noticias del cirujano boliviano doctor don Juan Kid, como presente en la acción del 7 de junio, tomado prisionero por nuestras fuerzas; que prestó oportunos e inteligentes servicios médicos a los heridos y muy especialmente a los del 3.^o de línea, en cuyas filas dejó imperecederos recuerdos por su bondadoso carácter, discreción y laboriosidad.

El coronel don José Joaquín Inclán, comandaba a la 7.^a División, teniendo por jefe del detall a don Ricardo O'Donovan y de ayudante al capitán don Luis Benavides.

Pasaban revista en la 7.^a División, en la de Inclán, los batallones Artesanos de Tacna número 29, el Granaderos de id. número 31 y el Cazadores de Piérola, llamado también de Puno.

Mandaban al Artesanos de Tacna el Coronel don Marcelino Varela; siendo su segundo el Teniente Coronel Graduado don Francisco Chocano; y sargento mayor don Armando Blondel.

Las compañías del Artesanos las acaudillaban los capitanes don Ignacio del Castillo, don Olegario Tulio Rospigliosi, don Juan Cáceres, don José Morales Aillón y el graduado de mayor don Rubén Rivas.

Tenientes y subtenientes de este batallón fueron los señores Domingo Velasco, Juan de Dios Soto, Manuel A. Costavitarde, Manuel Acevedo, José Escobar, Manuel Belaunde, y otros, cuyos nombres, se nos escapan.

El bravo entre los bravos, el Coronel don Justo Arias Asajues, estaba al frente del Batallón Granaderos de Tacna; Arias cayó al pie de la bandera peruana en el Fuerte Ciudadela, defendiendo su puesto sin desfallecimientos, ni cobardía.

De este cuerpo no recordamos otros oficiales que a los señores don Manuel Lira y don Manuel Emilio Barredo; capitán el primero y subteniente el último; creemos que fueron los únicos del Granaderos de Tacna que escaparon en el Ciudadela; los demás siguieron la huella de su ilustre jefe el Coronel Arias.

Por desgracia, para el Perú, no todos los defensores de Arica cumplieron con su deber, porque sabido es que, el Coronel Belaunde, el Sargento Mayor don Manuel Revollar y el capitán don Pedro Hume, Comandante, segundo y capitán del Cazadores de Piérola, desertaron cobarde e ignominiosamente, abandonando la plaza y escapando como pudieron del puesto del sacrificio y del honor, que voluntariamente habían buscado.

Al frente de la 8.^a División se encontraba el Coronel, don Alfonso Ugarte, fue uno de los jefes peruanos más entusiastas y patriotas que rindieran su vida en Arica.

Como jefe del detall de esta división encontramos al Coronel don Mariano E. Bustamante, que pagó también como Ugarte, su tributo a la patria en el 7 de junio; entre los ayudantes de la 8.^a figuraba el Sargento Mayor don José Pozo.

Compañían la División Ugarte dos cuerpos, el Iquique y el Tarapacá; ambos formados en la salitrera provincia de este nombre, y mediante el entusiasmo de sus jefes primitivos y organizadores, don Alfonso Ugarte ya nombrado, y el Coronel Auduvire, que murió en la jornada del 27 de noviembre de 1879; siendo nombrado Comandante en su lugar, y en el mismo campo de batalla, el Teniente Coronel argentino, don Roque Sáenz Peña, hoy Presidente de la vecina República Andina.

Elevado Ugarte, a jefe de la 8.^a División, tomó el comando del Tarapacá el teniente Coronel don Ramón A. Zavala, compartiendo la jefatura con don Benigno Cornejo y don Gerónimo Salamanca, que hacían de segundo y tercer jefes.

En el Tarapacá, cuerpo veterano fogueado, lo repetimos, en la batalla del mismo nombre, figuraban los capitanes señores José Chocano, Evaristo Candiote, Antonio Lobats, José Chacón y Evaristo Peñaranda.

Ayudantes del comandante Zavala, que murió en la acción, y que lo acompañaron en aquella jornada eran don Trinidad Olate y don Benigno Vargas.

El cuerpo de tenientes y subtenientes lo componían don Óscar Navarro, don Marcos Gómez y don Manuel Llosa, figurando entre los últimos los señores Cristián Hencke, César A. Montalván, Domingo Martínez, Luis Cossio y Gaspar Loaiza.

Muerto, como dijimos, en la acción de Tarapacá el coronel Audivire, se le dio la jefatura del Iquique, durante la acción, a don Roque Sáenz Peña, ayudante de campo del Cuartel General peruano; colocación que el comandante argentino sirvió hasta el 7 de junio de 1880, en que herido en el brazo derecho, se entregó prisionero, en el Morro, a uno de los capitanes del 4.º de línea, a don Ricardo Silva Arriagada.

Sáenz Peña, que bien se condujo en la jornada de Tarapacá, en Arica, según el testimonio de su feliz vencedor, peleó bizarramente; y en la desgracia, cuando se rindió, soportó con rara llaneza y firme tranquilidad las angustias de aquel terrible momento.

Cuatro jefes tenía el Iquique: don Roque Sáenz Peña, don Isidoro Salazar, que pereció en el combate, y los señores don Lorenzo Infantas y don Manuel M. Zevallos.

Capitaneaban las compañías de aquel cuerpo veterano don Benigno Campos, que rindió la vida defendiendo su bandera, y los señores Víctor B. Ocampo, Manuel Vargas, Federico Flores Elena, Guillermo Bello e Isidoro Rebollat, que escaparon de la matanza tomados prisioneros, siendo conducidos a San Bernardo.

En el cuerpo de tenientes pasaban revista don Ernesto y don Manuel Anduvire, don Manuel E. Márquez, don Avelino León y Agustín Soto, que ilesos salieron de aquella acción en que pocos fueron los que tal suerte tuvieron.

Del Iquique no entró al fuego sino el medio batallón de la derecha; de ahí que llegaran a Chile prisioneros los subtenientes Germán Ceballos, Federico Flores, Ricardo Salazar, Emilio Roberts, Augusto Smith, Manuel Ramírez, Juan Maldonado, Cipriano Piato y Manuel Lagos.

Independientes de las divisiones 7.^a y 8.^a y bajo diferente jefatura, estaban las tropas del Morro y de los fuertes Este, Ciudadela, Cerro Gordo, reductos y trincheras ubicadas entre las baterías del Morro mismo y los castillos del oriente y los del norte, es decir, el San José, Dos de Mayo y Santa Rosa.

El infeliz cuanto desgraciado capitán de la «Independencia», don Guillermo Moore, que perdió aquel poderoso barco por inepto, por no conocer su casa, las costas de la más rica provincia del viejo Perú, que no murió como un héroe, teniendo de segundo al capitán de corbeta don Manuel I. Espinosa, que había sido subdirector de la Escuela Náutica del Callao, mandaban la artillería de los fuertes y tenían el comando inmediato de los cañones del Morro y de ese reducto.

En verdad, Moore y Espinosa eran los jefes del centro y corazón de aquellos orgullosos bastiones en cuya cima y sobre el norte, muy cerca de su orilla, flameó solitario y envanecido el pendón incásico, desde abril de 1879 hasta la mañana del inmortal 7 de junio de 1880, en que fue arriado para siempre de aquella plaza que se creía inexpugnable.

Moore, tenía también a su lado y bajo sus órdenes, a los capitanes don Cleto Martínez y don Adolfo Kingt, que sellaron con la muerte, su reputación y fama de soldados.

A Daniel Nieto, buen artillero y mozo de corazón, que llevaba bien sus charreteras de capitán, lo mismo que a Juan García Zegarra y Ricardo Pimentel, les cupo en suerte defender también aquellas baterías, en que campeaban los tenientes señores Tomás Otoyá, que sucumbió en el asalto; Guillermo Gamboni, teniente 1.º de Marina; Emilio Espinosa, Pedro Portillo, Emilio de Los Ríos, que obtuvo honrosa herida; M. Antonio Díaz, Manuel J. Romero, Juan W. Prieto, y Toribio Trelles y Francisco de P. Ramírez, que fueron recogidos del campo gravemente heridos. Como agregado peleó en esta acción el teniente 2.º don Manuel Gómez.

El subteniente Francisco Alan, fallecido en este día, pertenecía a la dotación del Morro; y con él los señores Manuel Antonio del Pozo, Manuel A. Portocarrero, Gavino Molina, Ruperto Ordenes, Jenaro Aumente y Emilio Brito Alarcón; juventud que durante meses vivió muellemente en la hermosa e higiénica San Bernardo, porque toda ella, menos Alán, que quedó allá, en el grandioso Morro, se rindió ante la brava pujanza de los soldados del 4.º

El fuerte Este, el que atacó San Martín y sus valientes cuartinos tenía por jefe al teniente coronel don Medardo Cornejo; entre sus oficiales recordamos al capitán don Felipe J. Rospigliosi, que de los demás subalternos de este reducto, no hemos podido encontrar huellas.

Lo único que podemos aseverar es que Cornejo tenía a sus órdenes dos jefes, veintidós oficiales y noventa y dos individuos de tropa, armados de Chassepots, fuera de los artilleros que servían las piezas.

En las trincheras y demás reductos del Morro se repartió tropa de infantería; y en los tres fuertes del plan, en los del norte, ahí se colocó a última hora al coronel Alfonso Ugarte, con el Iquique y Tarapacá para reforzar a los 252 hombres que guarnecían esas posiciones.

El teniente coronel don Juan Pablo Aillon con los sargentos mayores Augusto Soto y N. García Goitisólo, tenían a su cargo los fuertes de que nos ocupamos, con el capitán don Manuel Macías y los tenientes y subtenientes señores Mariano Salcedo, Luis E. González, Andrés Medina, Enrique Cuadro, Manuel Rivadeneira y Francisco Seguín.

Don Juan Francisco Ortiz cargaba los galones de subteniente y también alcanzaban ese mismo empleo don Baldomero Pardo de Zela, don José Lagunas y don Samuel Cosío.

Al Manco Capac lo montaba el capitán de fragata don José Sánchez Lagomarsino, que tenía como segundo al de corbeta don Rómulo G. Tizon, amigo nuestro, a quien conocimos cuando niño en Valparaíso, a bordo de la Independencia, de quien era guardiamarina en 1868.

Eduardo Raigada ejercía de capitán de puerto; y en la Maestranza, Parque y Hospitales se encontraban el mayor don José María Prado, el capitán de corbeta don Germán Paz, el teniente don Mariano Méndez y el contralor don Claudio Estrada.

Posiblemente, muchos oficiales podrán faltar en esta mal hilvanada relación; no es nuestra la culpa si hemos cometido omisiones, porque los documentos que poseemos no anotan más.

Hay que confesar que el armamento de los 1.653 defensores de Arica era heterogéneo y también de mala calidad; así, los 391 hombres del Artesanos de Tacna tenían rifles Peabody; los Granaderos cargaban Remington y llegaban a 218 individuos de tropa.

Chassepots, fusil francés, antiguo y de mala calidad, usaba el resto de la guarnición, es decir, los batallones Tarapacá e Iquique, cuyo efectivo el día del combate llegaba a 216 y 302 soldados; el Piérola, que tenía 198 hombres, tenía también el mismo fusil.

En el fuerte Este habían 92 plazas, 160 en el Morro y 76 en los del norte con el mismo famoso rifle francés, modelo 1870.

Pero, así como aceptamos la mala calidad del armamento, debemos también declarar que la munición era abundantísima; el parque quedó repleto.

Pólvora de cañón, dinamita, proyectiles para los grandes cañones Vavasseur, Voruz y Parrots tenía la plaza y para mucho tiempo.

El material eléctrico era asimismo de buena calidad, y su instalación bien hecha; si el resultado no fue más eficaz, si no estallaron todas las minas y polvorazos, fue únicamente porque falló el corazón y no hubo coraje, ni valor suficiente de parte de los dirigentes, para hacer volar toda aquella formidable y bien minada fortaleza.

Si todos los jefes de Arica hubieran sido como don Justo Arias, si todos hubieran tenido su coraje, su denuedo, Arica habría sido un volcán, que al reventar sublimando a sus defensores, habría asombrado al mundo, muriendo como soldados, causando a Chile horribles bajas y entregando al enemigo ruinas, desolación y miserias.

Nada de eso hicieron; no peleó su guarnición con heroísmo; Bolognesi se rindió, como lo veremos más adelante; si pereció, no fue con las armas en la mano, sino fusilado y después de haber pedido perdón.

Bolognesi no merece, no tiene derecho a estatua; ella, para ser justos, debiera habersele dedicado a Arias, el defensor del Ciudadela, el verdadero soldado sin miedo de Arica.

Haciendo el cómputo de los jefes y oficiales ariqueños, teniendo a la vista datos oficiales peruanos, podemos aseverar que la guarnición de tierra y la del Manco ascendía a 266 personas; rebájese de esa cifra 22 muertos y 118 prisioneros y tendremos que quedaron en libertad, escondidos en el pueblo y en los alrededores, 140 oficiales ilesos, que huyeron desde los primeros momentos de la acción.

¿Eso es heroísmo? Puede que lo sea en el Perú, no en Chile; aquí sencillamente se califica de cobarde al que tal hace.

* * *

Por lo que respecta a víveres, a vituallas, Arica estaba bien provista.

En almacenes, en Aduana y en el pueblo, existían elementos suficientes para haber sostenido un largo sitio.

Ganado en pie no faltaba en las vegas de Lluta y en el mismo valle de Arica.

En Azapa adentro, se habría podido también recoger mucho ganado mayor, menor y cabrío.

Arroz, harina, azúcar, café, galletas, etc., existía en abundancia; y todo el mundo pudo imponerse de ello en el día del asalto.

Munición de guerra, lo repetimos, había toda la necesaria.

La plaza, pues, de nada carecía; lo que faltó fue valor y heroísmo. Habríamos deseado una defensa más enérgica, más altiva; más digna del Perú y de los descendientes de los hijos del Sol; por desgracia para los hombres del Rímac, los defensores de Arica, como se verá más adelante, quedaron muy lejos de Prat, Ramírez, Aldea y Carrera Pinto y sus heroicos compañeros del Chacabuco.

No imitaron tampoco a O'Higgins, ni trataron de igualar a Rodil.

Apenas si defendieron sus reductos 55 minutos; y no volaron sus bastiones y murieron rendidos.

* * *

Volvamos a Tacna y veamos cuáles han sido las medidas tomadas por el vencedor del Campo de La Alianza, Baquedano, El Disciplinario, El Afortunado.

Hemos anotado que el general en jefe había elegido al benemérito coronel don Pedro Lagos para que mandara las tropas que habían de tomar a Arica; y ya hemos narrado la pequeña expedición que este jefe había ejecutado sobre Calama, cuando se creyó que el enemigo se rehacía en Calientes o Tarata; sabemos también que regresó a Tacna, en donde lo dejamos preparándose para emprender la marcha sobre Arica, asaltarlo y tomarlo.

Ahora bien, mientras el ilustre Lagos, a marchas forzadas camina hacia aquel imaginario objetivo, el capitán don Juan de Dios Dinator, de orden del general en jefe, con 50 hombres de Carabineros de Yungay, que manda el alférez don Manuel Fornés García, oficial de reconocido valor, a quien apodábamos por cariño, desde las aulas, con el sobrenombre del

Chueco, que se distinguió en la carga de Chorrillos porque su sable no dio cuartel al enemigo, partía a hacer el primer reconocimiento sobre Arica.

La División Lagos había salido de Tacna a las 11 de la mañana del viernes 28 de mayo; el capitán Dinator con Fornés y sus cincuenta Carabineros, sigilosamente partía a su vez de la vencida ciudad, a las 8 de la noche del mismo viernes 28 de mayo a cumplir su importante comisión.

Dinator tomó la línea del ferrocarril que une a Tacna con Arica; y a buen paso caminó hasta un kilómetro, más o menos, del Hospicio; hizo alto, tomó tres hombres de la escolta, dejó a retaguardia a Fornés con los 47 restantes, y en un carrito de manos, con la cautela necesaria se dirigió sobre la estación.

Fornés a su vez, tenía orden para el caso de que la descubierta de Dinator fuese atacada, corriese inmediatamente en su protección.

Mas, permítasenos aquí copiar del diario del capitán Dinator, la verídica relación de este primer reconocimiento, que fue escrito al día siguiente y casi en los sitios mismos en que se desarrollaron los sucesos.

«La oscuridad de la noche -dice Dinator- no nos permitió distinguir una avanzada enemiga, que nos dio el quién vive? como a veinte metros de distancia.

Seguimos adelante sin contestar y nos volvieron a preguntar '¿quién vive?' Al mismo tiempo nos hacían una descarga que contestamos, huyendo el enemigo.

Al oír las detonaciones avanzaron seis hombres de los nuestros y con ellos cargamos haciendo fuego sobre los fugitivos, que huían por la pampa y muy luego se perdían en las sinuosidades del terreno.

Aguardamos allí hasta el alba, marchando enseguida hacia la costa para ver modo de comunicarnos con nuestros buques. Desplegué una bandera chilena, que me prestaron los Navales, acompañando el despliegue con tres hurras que lanzamos desde la playa. Los buques vieron nuestra bandera y nos contestaron subiendo la tripulación a la arboladura.

En ese mismo instante, el grueso de la tropa que había dejado en una altura, avisó que se avistaba el enemigo. Se presentaron como cincuenta hombres de caballería y algunos de infantería; formé en batalla y avanzamos como seis cuadras, lo que bastó para que arrancaran a los cerros, haciendo fuego como a 35 cuadras.

Seguimos avanzando hasta la quebrada de Chacalluta y allí, a vista y paciencia del enemigo, forrajeó nuestra caballada.

Una hora después se me avisó que el enemigo venía por la quebrada, pero volvía a huir tan luego como formé en batalla.

Enseguida me hicieron señales de la Covadonga y me dirigí a la playa, desde donde divisé a un marinero que se desprendía del Cochrane y tomaba a nado la costa.

El marinero, que no era otro que John Lewis, traía un pliego cerrado para el general en jefe.

Lewis contestó algunas preguntas y volvió a echarse al mar; pero, las rompientes eran muy fuertes y no le permitían avanzar. Agotadas ya sus fuerzas, regresó a tierra y se vino con nosotros.

A las 6 de la tarde nos pusimos en marcha hacia Tacna, a donde llegamos a las 3 de la mañana del domingo 30 de mayo, dando cuenta inmediata de lo ocurrido».

Dinator había cumplido bien su misión; y el Estado Mayor chileno podía estar seguro de que los desperfectos de la línea férrea eran insignificantes: los puentes del Hospicio y del Molle habían sido volados; unos cuantos metros de terraplén destruido y algunos rieles sacados; era todo el gran desperfecto causado por el enemigo, que había abandonado aquellos parajes para guarecerse en las alturas de la que ellos creían inexpugnables fortalezas.

El coronel don José Velázquez, jefe de Estado Mayor, activo, inteligente, comprendió la necesidad absoluta que existía de reparar aquella vía férrea y al punto dio las órdenes tendentes para dejarla compuesta y expedita.

Domingo 30 de mayo, partían de Tacna los Pontoneros del capitán Silva Vergara con el sargento mayor de Ingenieros Militares don Francisco Javier Zelaya, los capitanes del Cuerpo de Ingenieros don Enrique Munizaga y don Manuel Romero con todos los elementos necesarios para reparar los puentes y la vía.

Y para ejemplo de los que hoy visten el honroso uniforme militar, dejaremos constancia aquí, que el capitán Silva Vergara, que mandaba a los Pontoneros, hacía este servicio cuando aún las heridas que recibiera en Tacna estaban frescas, abiertas.

Baquadano, a quien jamás abandonó la previsión, ordenó a su vez al jefe de Estado Mayor que protegiese los trabajos de los Ingenieros Militares, con fuerzas de Caballería; orden que fue cumplida el mismo día domingo, partiendo de Tacna sobre Arica el mayor don Rafael Vargas, con el 2.º Escuadrón de Carabineros de Yungay.

Zelaya, Silva Vergara, Munizaga y Romero pudieron así, tranquilamente, protegidos por los sables de nuestros Carabineros, reparar la línea, que quedó expedita al día siguiente, lunes 31 de mayo.

Nuestros Pontoneros, dirigidos por los distinguidos profesionales nombrados y alentados por el santo deseo de servir a su patria, no tardaron veinticuatro horas en dejar expedita la

línea en el trayecto de Tacna hasta un poquito al norte del puente de Chacalluta, cerca del cual estableció su campamento el mayor Zelaya para su gente.

El día 1.º de junio, el martes de aquella emocionante semana, partía la primera locomotora de Tacna; en ese día también quedaban listos en la Maestranza del Ferrocarril de Arica-Tacna, cuatro locomotoras, cinco carros de pasajeros, catorce de carga planos y diez carros estanques, que habrían de servir en breve para conducir a Arica a la hueste que Baquedano, con muy buen acuerdo, entregaba al coronel don Pedro Lagos, para que atacase, tórnase y rindiase aquella renombrada plaza.

Antes de poco, don Pedro Lagos, primero en Arica y luego en Miraflores, probaría a Chile y al mundo, cuánto valen el valor y el esfuerzo de nuestra raza, y hasta dónde puede llegar nuestro legionario, cuando es dirigido por hombres patriotas, inteligentes y valientes.

En Arica, Lagos, el veterano comandante del aguerrido 4.º, el teniente de La Serena y campeón de Arauco, supo aprovechar las energías y entusiasmo de nuestros viejos tercios y los lanzó al asalto, sin más orden que Vencer o Morir, y antes de una hora, el Morro, arriaba, ad eternum, la bandera del Perú.

En Miraflores, el vencedor de Arica, el amigo fiel y leal de Baquedano, al romper traidor y horrible fuego el púnico y secular enemigo de nuestra raza, abandona su corcel de batalla en medio de aquella acción que se inicia con casi una derrota; reparte sus ayudantes en todas direcciones comunicando cortas, enérgicas y discretas órdenes; e impávido, sereno, hermoso en medio de la muerte, permanece bajo el fuego con su anteojo en la mano; rehace las líneas chilenas; sostiene el combate, y puede escribir en la historia de mi patria, la misma hermosa frase del mariscal Mac-Mahon en Malakof:

-J' y suis et j' y reste! (¡Aquí estoy y aquí me quedo! ¡O venzo o muero!)

* * *

La línea está ya compuesta; los Pontoneros y 2.º Escuadrón de Carabineros acampan y forrajean en las praderas de Chacalluta. Pues bien, el martes 1.º de junio acampan también en aquel pastoso vallecito u oasis, el 1.º de Carabineros y Cazadores a Caballo con don Francisco Vargas; Alberto Novoa, Parra, Avaria, Almarza, Quezada y demás oficiales vienen con Vargas.

Los Granaderos no tomaron parte en esta función de guerra, porque estaban en Pacocha y Buena Vista, lugares en que cumplían honrosa comisión.

Por fin, el miércoles 2 de junio de 1880, los cuerpos de La Reserva del Campo de La Alianza, después del toque de diana y de haber desayunado, abandonaban sus acantonamientos y ocupaban el convoy que los iba a conducir a Chacalluta, primer campamento, primera etapa y primer alto de aquella campaña de seis días, y al fin de la cual la más espléndida victoria iba a coronar las sienas de aquellos bravos y la frente de la República.

Todo el elemento extranjero de Tacna y también el peruano, y toda la tropa franca de nuestro ejército, asistieron al desfile y al embarque de nuestra querida Reserva; todos deseaban ver, conocer a aquellos tercios; a los veteranos del Buin, 3.º y 4.º de línea; todos hablaban también del Bulnes, cuerpo escogido, rincón en que los viejos veteranos de las campañas de Arauco, buscaban asilo y mejor pre en los últimos años de su vida.

Y entre hurras y vivas a Chile, al Ejército, a los hermanitos de la Escuadra, se embarcaron aquellas tropas que marchaban sonriendo: ¡A la victoria o a la muerte!

Pero, el entusiasmo rayó en frenesí, cuando don Pedro Lagos, con sus ayudantes, penetró en la estación de Tacna. Todo el mundo vivaba al soldado de Tacna, al que en medio del fuego había apegualado una pieza de artillería que, atascada en la hirviente arena, no obedecía al potente esfuerzo de sus sirvientes.

Con Lagos partieron también sus ayudantes de campo, capitanes señores Julio Argomedo, Belisario Campos, Enrique Salcedo y Juan N. Rojas, teniente don Santiago Herrera Gandarillas y alférez don Ricardo Walker; en Chacalluta se unió a don Pedro el talentoso cuanto instruido capitán de Ingenieros don Enrique Munizaga, que fama dejó de buen camarada y de bravo.

Al fin, en aquella alegre y hermosa mañana, el convoy se alejó, en medio de los vítores del Ejército, y de la tristeza de los que se quedaban sin tomar parte en aquella que sería magnífica, espléndida función de guerra.

Minutos después en tren, don Pedro Lagos y su Reserva, se perdían en el horizonte.

Ese mismo día 2, el Buin, 3.º y 4.º de línea y el Bulnes, acampaban al norte del río Lluta; el coronel Lagos hizo esa misma tarde un pequeño reconocimiento; estudio su campo; y sólo, mudo, sin comunicar sus impresiones, se durmió, no en su tienda de campaña, que aquel hombre poco usaba tales comodidades, se durmió, decíamos, en el duro suelo, para levantarse con la aurora del 3 de junio, y tomar las primeras decisivas medidas, que habrían de abrir las puertas de aquella Jericó peruana, y de abatir sus bastiones, debido no al melodioso acorde de los bíblicos salterios, sino al canto araucano del chileno corvo, del rifle y del yatagán.

La artillería nuestra, que debió partir con Lagos, no pudo hacerlo por falta de equipo férreo: se acampó en la Estación de Tacna; y tan pronto regresó el convoy de Chacalluta, se embarcó una parte del legendario N.º: 2 llevando a su frente a Novoa, Montoya y Salvo; a Fontecilla, Joaquín Flores, Gallinato, Nieto, y demás brillantes jefes y oficiales de esa arma, que tantos laureles según en la campaña del Pacífico.

Lo mismo que la infantería y caballería, nuestro N.º: 2 de Artillería acampó en Chacalluta, primer alto, como hemos dicho, de aquella campaña.

Y para ser verídicos historiadores, habremos de añadir que ese embarque se efectuó el miércoles 2, pero la marcha se hizo el jueves 3.

Efectivamente, el 3 de junio, antes de las 9 de la mañana, ya estaba listo para tomar el convoy que lo llevaría a presenciar la victoria de Su Reserva, el general en jefe don Manuel Baquedano, con todos sus ayudantes y cuartel general, con el coronel jefe de Estado Mayor don José Velázquez y los jefes y oficiales que componían ese alto cuerpo.

Entre los ayudantes efectivos del general en jefe figuraban: el teniente coronel don Rosaura Gatica; sargentos mayores don Rosaura Gatica y don Juan Francisco Larraín Gandarillas; capitanes señores Guillermo Lira Errázuriz y Belisario Campos, que en esa operación sirvió de ayudante del coronel.

En calidad de agregados, al lado del general Baquedano fueron también el coronel don Orosimbo Barbosa, el comandante del Chacabuco don Domingo de Toro Herrera, el mayor don Baldomero Dublé Almeida y varios oficiales más cuyos nombres se nos escapan.

El secretario general del jefe y del Ejército, don Máximo R. Lira, y don Daniel Caldera, acompañaban también al general don Manuel Baquedano.

Figuraban como ayudantes del Estado Mayor los señores teniente coronel don Waldo Díaz; sargentos mayores don Guillermo Troup, don Fernando Lopetegui, don José Manuel Borgoño, don Belisario Villagrán y don Camilo Letelier; los capitanes señores Juan Félix Urcullu, Francisco Villagrán, Alberto Gormaz, Alfredo Cruz Vergara y Juan N. Rojas; los tenientes don Salvador Ladrón de Guevara, don José A. Zelaya, don José Antonio Fontecilla y don Santiago Herrera Gandarillas y el distinguido subteniente don Alberto Gándara.

Agregados al mismo Estado Mayor recordamos también al capitán de corbeta don Constantino Bannen y al teniente de Artillería don José F. Riquelme.

Terminado el embarque y listo ya el convoy, sonó el silbato y partió aquel tren a las 10 en punto a. m. Y tan pronto salvó el medio kilómetro que dentro de la ciudad existe, tomó el desierto y se lanzó en prodigiosa carrera, en demanda del chileno campamento de Chacalluta.

Serían las doce y media, de aquel 3 de junio, cuando Baquedano y sus acompañantes y las tres baterías del N.º: 2 de Artillería, descendían en la ribera norte del Lluta.

Lagos recibió a los recién llegados; y como aquella gente dormía sobre el lomo de sus caballos, y el tiempo era oro, y Baquedano gustaba no dejar para mañana lo que debiera hacerse hoy, esa misma tarde, el general en jefe, con Lagos a su lado, hizo el primer reconocimiento sobre la costa, y recibió de su coronel y amigo la relación de cuanto sabía de Arica y el detalle del plan que ya tenía elaborado aquel inteligente y bizarro soldado.

Esta operación dio ocasión a que Lagos expusiera las dificultades del ataque por el norte: que exponía a la tropa asaltante a batirse sobre un terreno descubierto en el que recibiría los fuegos rasantes de los fuertes San José, Dos de Mayo y Ciudadela y los del Manco; a asaltar el Morro mismo, por su flanco norte, donde es casi inaccesible, y a obligar al enemigo a combatir también en el pueblo, fácil de defender y atrincherar.

Lagos, que aún no había visitado Azapa ni las alturas del oriente, pero que sus anteojos le ponían a la vista, sabía por la Geografía de Paz Soldan, por las cartas magníficas de ese autor y por sus espías, todo cuanto encerraba ese valle y sus alturas, lomajes y ensenadas; y su ojo de soldado, de hombre de guerra, había descubierto ya el único vulnerable flanco de aquella estratégica fortaleza.

Así, confió a Baquedano su plan; con la artillería que bombardearía la plaza, descubierta al alcance de las poderosas aunque anticuadas piezas enemigas; simularía un ataque o diversión sobre los fuertes del norte por el costado del Watterie un día antes del día señalado para el asalto; movería su campo del Lluta, ubicándolo en Azapa; pero, dejando siempre al norte del Chacalluta, tropas suficientes para hacer creer al enemigo que el punto débil, y que sería más enérgicamente atacado, eran los fuertes de la playa.

Al efecto, la infantería, es decir, el Buin, 3.º y 4.º, lo mismo que la caballería, harían la jornada de Lluta-Azapa, de noche y en el mayor y más perfecto silencio.

Para dar cima a este plan se agregaría el Lautaro, regimiento predilecto de Barbosa, a la División de Lagos; y su puesto de peligro y de acción sería atacar los fuertes San José, Dos de Mayo y Santa Rosa.

Al efecto, el Movilizado Lautaro, es decir, su jefe don Eulogio Robles, noble soldado que murió más tarde en fratricida lucha, recibió orden de estar listo en la noche del 3; el viernes 4, a las 7 a. m., Robles, Carvallo Orrego y toda aquella brillante oficialidad, en la que iba de agregado el valeroso capitán del Chacabuco, herido en Tarapacá, don Carlos Campos, partían de Tacna en demanda de las vegas de Lluta; lugar desde donde en la madrugada del 7 de junio, se lanzaron al asalto de los castillos San José, Dos de Mayo y Santa Rosa.

Reconocidas las alturas del oriente, agregaba don Pedro, se elegirían los puntos más vulnerables para lanzar sobre ellos nuestra infantería, que debería asaltar con la semi claridad de la aurora los fuertes orientes del Morro, hasta llegar al Morro mismo, haciendo uso, más que del rifle, del corvo y de la bayoneta.

El ataque debía hacerse a la carrera y sin trepidaciones de ninguna clase, hasta llegar al recinto del Morro, a la gran meseta o plazoleta, último refugio del enemigo, hacer alto, rodearlo y rendirlo.

Lagos sabía que la plaza estaba minada y con lo recio, vivo y ligero del asalto, quería evitar el estallido, la explosión de aquel volcán, que la falta de corazón de los peruanos dejó sin reventar.

Baquedano, que tenía absoluta confianza en su lugarteniente, aceptó en todas sus partes este sencillo, modesto y estratégico plan, que nadie aún ha discutido y que tan magníficos resultados dio.

* * *

Tendamos ahora la vista hacia el mar, que en sus tranquilas ondas surcan sus quillas nuestros queridos barcos, honra de mi patria y hogar de héroes como Latorre, Orella, Condell y demás bravos oficiales y expertos equipajes, que montan la guardia del fastidioso y aburridor bloqueo.

Allá a lo lejos, perdidos entre la bruma, están el Cochrane, que manda Latorre, y en que tienen puestos de honor y de responsabilidad Juan Simpson y Federico Chaigneaux, almirantes hoy de nuestra Armada, a quienes cargan más el peso de sus glorias que el de sus años.

La gentil Covadonga, aquella goletita insignificante, que cual ágil gaviota que pesca sardinillas entre los remansos de la playa, pescara también a la colosal y blindada Independencia, en los Bajos de Punta Gruesa, hacia donde la llevara la inteligente maniobra del experto Condell, que conocía sus cartas a fondo, para morir cobardemente después de arriar la bandera que le confiara el Perú, ante aquel David de la marina chilena, la montaba el segundo del heroico subordinado de Prat, Manuel Joaquín Orella, a quien sólo basta nombrar para recordar a Punta Gruesa.

La Magallanes, cuna de la gloriosa carrera de don Juan José Latorre, también está ahí, sosteniendo el bloqueo; que ayuda a mantener Guillermo Peña, el infortunado capitán del Loa, muerto en Julio de 1880 en las aguas del Callao por traidor torpedo peruano; y que prefiere ahogarse antes que sobrevivir a la desgraciada pérdida del Loa, que es su barco.

El comodoro Latorre mantiene su insignia en el Cochrane, y todo su empeño es aunar la acción de la Marina a la del Ejército; una unión santa reina en nuestras dos instituciones armadas, y los triunfos que ambas obtienen, como sirven para levantar el poderío de la República, se celebran a bordo y en tierra como cosa propia.

* * *

Ya tenemos en el terreno, en los alrededores de Arica, sobre la derecha del Azufre, a todo el pequeño Ejército chileno que va a operar en el asalto del 7 de junio de 1880.

Baquedano sabe ya cuál es el plan del coronel Lagos; y éste, autorizado por su general, jefe y amigo, continúa los reconocimientos que habrán de preceder a los cambios de campamento y de posiciones, hasta que llegue el día 6, en que colocadas nuestras tropas en sus últimos alojamientos, llegue el alba del 7 de junio, para trabar el asalto, la carga que ha de rendir la invencible Arica.

Estamos ya a 4 de junio, es día viernes y con la llegada del Lautaro, como ya lo hemos anotado, queda completo el efectivo que se estima necesario para dar la batalla.

Hasta el presente no se ha fijado de un modo matemático el número real, verdadero de las fuerzas chilenas que abatieron los muros de Arica: nosotros, teniendo a la vista las nóminas oficiales de los que asistieron a aquella jornada, podemos aseverar que las cifras que más adelante damos son exactas.

El Ejército que estuvo presente en la acción del 7 de junio de 1880 se componía de:

El Regimiento Buin, 1.º de línea 904
Íd. íd. 3.º de línea 927
Íd. íd. 4.º de línea 886
Íd. íd. Movilizado Lautaro 837
Batallón Bulnes 434
Tres baterías de Artillería 142
Primer escuadrón de Carabineros de Yungay 199
Segundo escuadrón de Carabineros de Yungay 164
Cazadores a Caballo 237
Cuartel General 10
Estado Mayor General 20
Coronel Lagos y ayudantes de campo 8
Estado Mayor de la 4.ª División de Tacna, la de Barbosa 8
TOTAL: 4.476 hombres

El guarismo 4.476, que arroja el estado anterior, da la cifra exacta de las tropas chilenas que estaban en Arica el día 7 de junio; pero el número justo y cabal de los combatientes, de los que asaltaron el baluarte ariqueño, es decir, la dotación, el efectivo de los regimientos 3.º y 4.º de línea y del Movilizado Lautaro, que fueron los hombres de aquel día, los que hicieron morder el polvo de la derrota a los peruanos, no fueron sino 2.658 soldados, distribuidos así:

Regimiento 3.º de línea 927
Íd. 4.º de línea 886
Íd. Movilizado Lautaro 837
Coronel Lagos y ayudantes 8
TOTAL: 2.658 hombres contados desde Lagos al último soldado.

Pero los que atacaron el Morro, Este, Ciudadela, Cerro Gordo, tomaron los reductos, rindieron la fortaleza y arriaron la bandera enemiga, corvo en mano, esos no fueron sino 1821 terceranos, cuartinos, Lagos y sus ayudantes.

En Chile esa es la cifra histórica, la que dan los documentos oficiales.

Hemos conversado con algunos distinguidos sobrevivientes de aquella acción, que fueron del Lautaro, de Cazadores, Buin o Bulnes; o aquellos que formaron en el N.º: 2 de Artillería o en Carabineros, y con severa verdad exclaman:

-Cierto yo asistí a Arica, pertenecía al Buin, era de Cazadores, pero nosotros no nos batimos, fueron los niños del 3.º y del 4.º de línea y don Pedro los que dieron el asalto.

Los hombres de Arica no fueron, pues, sino el 3.º y 4.º de línea.

* * *

En el ínter, ¿qué ocurría en la plaza?

¿Cuál era el pensamiento de Bolognesi y de sus hombres?

Desde el día de Tacna, desde el 26 de mayo, la guarnición ariqueña y su jefe el coronel don Francisco Bolognesi estaba a oscuras respecto a lo ocurrido en el Campo de la Alianza; no habían recibido comunicación oficial ninguna desde la 1 p. m. del indicado día 26 hora en que el telégrafo transmitió este último curioso telegrama:

«Llegan noticias que los chilenos huyen. Los dispersos se reúnen en la plaza.- Ríos».

Desde ese instante el telégrafo no funcionó más; ello era natural, el desastre y el miedo dieron alas para correr al funcionario que dirigía aquellos partes, y nadie se preocupó más de Arica y de sus defensores, pues todos los que en la acción de la Alianza formaron al lado de Montero se corrieron temprano, junto con el afeminado almirante peruano.

Así, Bolognesi y sus compañeros quedaron solos, aislados, encerrados, en aquellos bastiones; nadie en el Perú pensó en socorrerlos; desde que fue vencida la Alianza en Tacna, la suerte de Arica quedó decretada; su asalto y rendición era cuestión de días.

No tenía, pues, el jefe peruano necesidad de pensar en ser socorrido ni tampoco para que consultara a nadie sobre su situación sobre el camino que debía tomar.

Bolognesi no tenía más dilema que capitular y rendirse, o negándose a ello, pelear hasta morir.

Entre chilenos, Bolognesi, debía hacer estallar sus minas y volar junto con las tropas enemigas el día del asalto y del ataque.

Sólo así habría salvado el honor de su patria y de su bandera.

Prat, en Iquique, al hundir su querida e inmaculada Corbeta señaló a Chile y a sus enemigos, el rumbo de la gloria y el modo como mueren los valientes.

Bolognesi y los suyos no lo imitaron; sólo hicieron un simulacro de heroísmo; hubo, sin embargo, entre aquellos hombres, espíritus levantados, grandes corazones que no tuvieron miedo a la muerte, ni asco a la gloria.

Ya veremos lo que ocurrió en aquellos supremos momentos.

* * *

Así, los defensores de Arica, prepararon su resistencia desde el día 27 de mayo, fecha, en que volaron uno de los puentes de la línea férrea y ejecutaron los demás insignificantes desperfectos de que hemos dado cuenta; y también narramos ya el modo y forma en que, el Mayor Zelaya y los capitanes Munizaga y Manuel Romero, con Daniel Silo Vergara, Leandro Navarro y Marco A. Almeida y sus pontoneros, compusieron en honor aquella vía.

Hemos así mismo contado que los peruanos desde antium, es decir, desde mayo de 1879, principiaron a artillar, fortificar y minar a Arica; y que más tarde, la parte eléctrica, recibió enérgico impulso merced a la inteligente dirección que le dio Elmore; quien imprimió vigor a los trabajos de fortificación y de defensa, dándoles rumbo tales, que convirtió a Arica en un verdadero gran volcán, que si no estalló, lo repetiremos siempre, fue porque faltó corazón y esfuerzo para esa sublime faena.

Los jefes ariqueños, minadas ya las fortificaciones que el lector conoce, hicieron extensiva su red de polvorazos, minas automáticas y eléctricas, a los puntos más avanzados de sus líneas, al río mismo de Lluta o Azufre; y cubrieron la caja, lecho y laderas de éste, en la parte que queda al poniente del puente de Chacalluta, con bien cargadas minas eléctricas, a objeto, no de defender ese obligado paso, sino de causar traidora ofensa a nuestras partidas de exploración.

He aquí ahora, lo que ocurrió con las famosas minas del Chacalluta; y cómo fue contraproducente, la aleve y artera emboscada tendida a nuestras tropas, porque su explosión fue la chispa que encendió el encono, la rabia, la venganza, que se apoderó de los nuestros, cuando vieron que era efectivo que el terreno en que iban a operar estaba minado.

Todos, desde Baquedano, Lagos, hasta el último corneta, se hicieron el mismo argumento. Cómo estará de minada Arica cuando hasta en Chacalluta revientan los polvorazos, se dijeron.

Y desde ese momento, desde que estallaron las eléctricas del Lluta, la idea de no dar cuartel se inició; y poco a poco, fue tomando cuerpo, asentuándose, hasta llegar en el día del asalto, cuando voló El Ciudadela y demás reductos, a tomar la forma terrible, tormentosa, de no hacer prisioneros, de no perdonar a nadie.

* * *

En la mañana del miércoles 2 de junio, después de diana el alférez de Cazadores a Caballo, don Rafael Avaria, recibió orden para reconocer unas casitas que existían al lado sur poniente del puente de Chacalluta; y también para limpiar de enemigos los hermosos y abundantes pastales de esa región; medida, que se imponía, a fin de aprovechar esos potreros para que forrajearan nuestras estropeadas caballadas.

Avaria, buen oficial, formado en las filas de Cazadores teniendo por jefes a J. Rafael Vargas, a Alzérreca y a otros diligentes capitanes; formado en la vieja escuela del inflexible y caballeroso Baquedano, tan pronto recibió la orden, montó a caballo, se puso en marcha y penetró al río por la parte nor-poniente del puente; hizo alto para dar de beber a sus caballos

en medio del paso y a medida que éstos apagaban su sed, continuó su camino en dirección a la orilla sur del río.

Cuando efectuaba esta operación, la tropa de Avaria, naturalmente perdió su formación; porque los caballos y sus jinetes buscando mejor agua se atroparon. Divisado a la distancia aquel piquete, tuvo que verse más atropado aún; y como los encargados de vigilar y defender ese punto, no estaban ahí cerca, sino a respetable distancia, creyendo a la caballería chilena en medio de las minas jugaron sus baterías; y una, dos, tres, terríficas detonaciones, seguidas de una lluvia de piedras, agua, arena, barro y espeso humo, atronó el espacio y sembró el desconcierto y el espanto entre nuestros jinetes, que sorprendidos, no pudieron por más que hicieron, sujetar sus corceles.

Avaria y sus hombres se desorganizaron por breves instantes; pero rehechos, tomaron inmediatamente el campo, en la izquierda del río; y allí pudieron comprobar, que la alevé y traidora celada, no había causado ninguna baja en sus filas; y comprendiendo, el alférez Avaria, que los autores de aquella felonía, no podrían estar lejos de aquel lugar avanzó en busca de ellos.

Los Cazadores poco tardaron en encontrarlos; tras breve y corta casería y después de unos cuantos disparos, Avaria y sus jinetes tomaban prisioneros a dos jóvenes oficiales enemigos; que al ser interrogados por el alférez chileno, declararon ser ellos los encargados de la colocación de las minas y los que habían hecho estallar las del río.

Uno de ellos había sido herido de bala en una pierna; se llamaba Ureta, se había educado en Chile; y en los Padres Franceses había sido compañero de aula con el ayudante del coronel Lagos, don Belisario Campo; el otro era, ni más ni menos, que el ingeniero en jefe de las fortificaciones de la plaza; el autor y factotum de cuanta mina, torpedo y Santa Bárbara existía; el creador de los volcanes de Arica, el ingeniero don Teodoro Elmore.

La captura no podía ser mejor ni más buena.

Momentos después de ser tomados prisioneros, Elmore y Ureta, fueron conducidos al campamento chileno de Lluta; y en cuanto el coronel Lagos, se bajó del convoy que lo conducía de Tacna con su reserva, en esa mañana el jefe del campamento comandante don Juan Rafael Vargas, le dio cuenta de lo ocurrido; y le presentó a Elmore en su calidad de Ingeniero en jefe de las fortificaciones ariqueñas.

Lagos conversó ligeramente con el prisionero; llamó a su ayudante, capitán de caballería don Belisario Campo, retirado hoy del servicio como general de la nación; charló brevemente con él y le entregó a Elmore.

Nosotros, unidos por íntima y vieja amistad con don Belisario Campo, desde años antes del 79, lazo que perdura hasta el presente, sin que jamás durante las vicisitudes de nuestra accidentada existencia, se haya por ningún motivo enfriado, esa unión, cien veces hemos oído narrar al capitán, mayor, coronel y hoy general Campo, este episodio, siempre del mismo modo, con la misma sincera verdad y sencillez con que hoy lo contamos, a los que nos hagan el honor de aprendernos.

El coronel Lagos, decíamos, entregó a Elmore al capitán don Belisario Campo; éste a su vez tomó cuatro soldados de Cazadores a Caballo; hizo montar a su prisionero en un excelente animal, y a buen paso y sin trepidar, se dirigió hacia el sur; atravesó el río por el mismo lugar en que lo había efectuado Avaria, llevando por guía al autor de aquel inicuo atentado, y se internó resueltamente en el magnífico y espléndido gramadal que se extiende al sur del Lluta.

Elmore, momentos antes de separarse de don Pedro, había sabido por su compañero Ureta quien era el capitán Campo; y por la entrevista brevísima que el coronel tuvo con su ayudante, dándose cuenta cabal de la importancia que para él, Elmore, tenía aquel viaje, emprendido tan a la ligera, después de lo ocurrido en la mañana, por orden de un jefe de la calidad y fama de Lagos, y entregado a un ayudante como el capitán don Belisario Campo.

Elmore, Campo y su escolta, caminaron buen trecho, casi sin cambiar palabra; dejaron atrás el casco de Wateree y sin preocuparse de nada, ni de nadie, siguieron adelante en su silenciosa excursión; ni Campo ni su acompañante cambiaban en el ínter una sola palabra; aquella marcha no podía ser alegre, ni expansiva; al fin, el ingeniero peruano, que conocía a palmo aquellos parajes, exclamó:

-Nos pueden pajarear, capitán; hay que hacer alto.

Expresión muy de aquella tierra, que traducida en buen romance, quiere decir: «Nos pueden cazar como a pájaros».

En realidad de verdad, estaban ya casi a tiro de rifle del primer fuerte enemigo, de los del norte.

-No le importe a usted nada, mi amigo, todo eso; que lo que yo necesito de usted es que, estando bien cerca de las posiciones enemigas, me dé usted todos los datos necesarios sobre las fortificaciones de la plaza, reductos, minas, hilos eléctricos y sus baterías -contestó Campo.

Elmore se negó a dar los datos que se le pedían, y asilándose en el derecho internacional, alegó que eso no podía exigirse honrada e hidalgamente a un prisionero de guerra; declaró al capitán Campo, que por nada de este mundo daría los datos que se le exigían; que a un oficial de honor, a un caballero, no podía hacersele proposiciones de esa especie.

Campo le cortó la oración replicando:

-Tengo orden de obtener esos datos de usted; ellos deben de ser absolutamente verídicos y precisos, respondiendo con su vida de su exactitud. Tiene usted cinco minutos para contestar; evite todo discurso y palabrería.

Y sacando su reloj, agregó:

-Lo único que en su obsequio puedo hacer, es dar orden a mis cazadores que en lugar de recibir usted un tiro, se le peguen en la cabeza, simultáneamente, dos. Cuente usted ya los cinco minutos.

Transcurrió un minuto, que fue un siglo para aquellos hombres, especialmente para el infeliz y desgraciado Elmore, que con una sangre fría pasmosa exclamó:

-Sea, daré capitán, los datos que usted quiere.

-Está bien -dijo Campo-; dibuje usted aquí, en mi cartera, los planos de los fuertes de Arica completos; señale todas sus minas; sea usted verídico, porque el día del asalto, si sus noticias fallan, será usted muerto sin piedad.

Elmore obedeció; y con la ligereza del profesional inteligente, que sabe bien su oficio y conoce a fondo el terreno en que opera, dibujó en la cartera del capitán Campo el plano justo, exacto de los baluartes de Arica, con todos los detalles e indicaciones del caso.

Terminado aquel notable episodio del cortísimo asedio de Arica, que nadie interrumpió, y en que no hubo más testigos que los cuatro cazadores que sirvieron de escolta a Campo y Elmore, torcieron bridas, dieron la grupa a los bastiones ariqueños, y a buen paso tornaron hacia Chacalluta, al campamento del coronel Lagos.

Nosotros primero en Tacna en 1880, después en Lima en 1881, y en muchas otras ocasiones más, oímos narrar a Belisario Campo lo que acabamos de escribir; conocimos también la famosa cartera de campaña del hoy general, la estudiamos y con él deploramos también su pérdida y desaparecimiento; porque habremos de declarar aquí que ese interesante cuaderno de apuntes, de anotaciones de campaña de nuestro camarada y amigo fue robado. El contenía apuntaciones interesantes sobre la pérdida y captura del Rímac, estaba en Tarma, batalla de Tacna, asalto de Arica, recuerdos de Chorrillos y de Miraflores.

Esa cartera era atrayente; el capitán Campo había sido ayudante de Lagos y del general Baquedano, y por ambos había sido siempre recomendado en los partes oficiales; pero en Lima, una hermosa y gentil dama se quedó, sin la voluntad de su dueño, con aquellas anotaciones, de las cuales conservamos algunos apuntes, tomados en los inolvidables días de la campaña.

Don Pedro, estimando en lo que verdaderamente valían los datos, planos y relación de Elmore, dados a Campo, conversó a su vez con el ingeniero peruano, y dando orden al respecto, lo dejó en libre plática en poder del 3.º de línea, que se hizo cargo de su custodia y conservación.

La impresión que hiciera en el ejército chileno las noticias dadas por Elmore a Campo, y por éste a don Pedro, no son para descritas; todo el mundo en el acto se dio cuenta cabal de la situación de Arica; la plaza estaba minada en todos sus reductos, y el día del asalto estallarían aquel volcán de pólvora y de dinamita.

Si los peruanos no se rindieran ante las intimaciones que por humanidad se les haría, era claro que pelearían hasta morir; y para obtener alguna ventaja sobre nosotros y perecer matando y morir con gloria, con heroísmo, harían saltar la plaza.

Eso era lo justo y ellos defendían su tierra, la patria sagrada de sus padres; y al invasor habría que tratarlo como a tal, sin tregua ni perdón.

Pero si el enemigo tal pensaba, decían nuestros legionarios, debían estar también ciertos de que, por nuestra parte, ni dábamos ni esperábamos, ni pedíamos cuartel. ¿Prisioneros? Nadie pensaba en ellos. ¡Todos imaginaban morir, pero morir matando!

Don Pedro Lagos, que oyó muchas de estas opiniones, se guardó estudiadamente la suya; lo único que dijo, cuando alguien le preguntó su opinión al respecto fue «que era efectivo que la plaza estaba totalmente minada y que por esa razón estimaba que el asalto debía hacerse no al trote, sino tan rápidamente cuanto fuera posible imaginar; y que si el enemigo pegaba fuego a su Santa Bárbara y hacía volar la plaza, debería naturalmente soportar las consecuencias de tan temeraria medida».

Jamás, el ilustre Lagos, aconsejó la matanza ni la carnicería; era hombre de corazón, valiente hasta la temeridad y los valientes no son crueles.

Si en Arica, como lo veremos más adelante, nuestra gente no dio cuartel, fue únicamente porque después de rendidos, como siempre traidoramente, el enemigo dio fuego a sus minas e hizo estallar sus depósitos de municiones y de dinamita.

La culpa fue de ellos, de su proceder artero y felón. Bien pagaron su pecado; ténganlo presente los que hoy predicán en Lima la guerra a Chile.

* * *

Ya hemos contado lo ocurrido el jueves 3, es decir, el reconocimiento primero a que asistió el general don Manuel Baquedano, acompañado de su Cuartel General, de su jefe de Estado Mayor, coronel don José Velázquez, talentoso soldado de quien nos ocuparemos especialmente cuando historiemos la batalla de Tacna, del futuro vencedor de Arica, don Pedro Lagos, de Barbosa y de todos los ayudantes de esas reparticiones militares.

La operación se ejecutó en la parte de la costa, por el lado norte, en el que existe el viejo barco de la Watteree; buque de guerra norteamericano que el maremoto del 13 de agosto de 1868 depositó cual levísima pluma, no en el lugar en que hoy se encuentra, que su primitivo sepulcro fue otro, y del que un segundo movimiento sísmico lo sacó para dejarlo en el que hoy reposa, como mudo ejemplo del poder de Dios.

En este reconocimiento se evidenció la inconveniencia del ataque por la playa y oídas las razonadas explicaciones del coronel Lagos, se decidió el ataque por el este y en la forma que ya hemos explicado.

En consecuencia, la caballería, es decir, don Manuel Bulnes, con su primer Escuadrón de Carabineros, Juan Rafael Vargas, con el suyo y don Francisco Vargas con una compañía de Cazadores a Caballo recibieron orden de observar al enemigo por Lluta y aparentar los deseos de atacar por ese flanco; lo mismo haría el Lautaro a quien acompañaba una compañía del Buin.

En conformidad a lo ordenado, nuestros jinetes establecieron durante esos días un inteligente y vigilante servicio de vanguardia, con el que Lagos consiguió engañar al enemigo; que, como ya veremos, distrajo dos batallones, el Iquique y el Tarapacá, la noche víspera del 7, para reforzar los fuertes del norte que creyó seriamente amenazados.

El coronel Lagos, que todo lo preveía, en la madrugada del mismo jueves 3, había enviado al bizarro teniente de Cazadores a Caballo, don Juan de Dios Quezada, de la compañía del capitán don Alberto Novoa Gormaz, que bien se condujo en esta campaña, a reconocer el valle de Azapa, sus aguadas, potreros y pastales, a objeto de recoger todo el ganado que en ese fertilísimo valle encontrase y traerlo al campamento de Lluta; asimismo el teniente Quezada debía cuidar de que el enemigo no tuviese noticias de su operación.

Nuestro explorador, a la brevedad posible, cumplió su cometido y envió a su jefe detalladas noticias sobre aquel fértil y encantador oasis; había de todo y en abundancia: ganado lanar, cabrio, vacuno y mular, aves y frutas; buenas aguadas, pastos, casas; vecindario más o menos atento; en fin al lado del árido y escaso Lluta, Azapa era un Paraíso Terrenal.

Recibidas las informaciones apuntadas, en la noche del viernes 4, una columna que semejava larguísima serpiente formada por el Buin y 4.º de línea, protegida por los Cazadores del capitán Novoa Gormaz, cuya era su descubierta, rompía silenciosamente su marcha en demanda del valle de Azapa; lugar desde donde, en hora oportuna había de lanzarse al asalto de los bastiones enemigos, tomarlos y conquistar para siempre esos territorios, que los arcanos insondables del destino, tenía determinado fuesen chilenos.

Severísimas órdenes se dieron al emprender la marcha: pena de la vida tendría el que fumase, encendiese siquiera un fósforo.

En silencio, tranquilos, alegres, caminaban los buines y los cuartos: tomaron la ruta de Chacalluta; y tras penosísima marcha llegaron a Azapa al clarear el alba del sábado 5 de junio.

En Arica, nadie se dio cuenta de aquel magnífico y bien ejecutado cambio de campamento, que cerraba el flanco oriente de esa plaza; los sitiados que tal título puede dárseles, nada hicieron por obtener noticias de nuestras tropas. En verdad, algo como un sopor extraño se apoderó de aquellos hombres, en vista de la espantosa situación que a pasos dantescos se les venían encima. Guarecidos en su Morro, lo creyeron todo, menos el altivo ataque de Lagos y su hueste.

* * *

Y a la misma hora en que el día 5 llegaban a Azapa Alberto Novoa con sus Cazadores, don Luis Ortiz y sus Buines y el denodado San Martín con nuestro querido cuarto, las tres baterías chilenas levantaban su campo del Azufre para efectuar la difícilísima operación de coronar las alturas que desde el septentrión dominan la ciudad, el Morro y el mar.

No es para narrado lo que aquel movimiento dio quehacer a los hombres del N.º: 2 de artillería a los Buines y Cazadores de Alberto Novoa G.

Si don José Manuel Novoa no hubiese contado con el esfuerzo y paciencia de sus mayores Benjamín Montoya, José de la C. Salvo y el alentado y querido Santiago Frías, a quienes sus compañeros apodaban El Huaso; del capitán don Gumecindo Fontecilla, de Guillermo Nieto, José Manuel Ortúzar, de Vallejo, del alférez don Federico Videla y de toda aquella alentada oficialidad de la que casi olvidamos a nuestro buen amigo y pundonoroso oficial de esa arma, don Caupolicán Villota, sacrificado en hora desgraciada sin razón ni justicia; si a todos esos subordinados no hubiese mandado en el 5 de junio de 1880, el jefe del N.º: 2 de Artillería, ese día tampoco, los cañones chilenos hubieran quedado emplazados en aquellos agrios repechos; sus alzas no habrían calculado los 5 ó 6 mil metros que distaban de la plaza que dominaban por entero.

Aquella operación la protegió el Bulnes; y es fama que los años de ese cuerpo ayudaron eficazmente a los del N.º: 2 en la ardua y difícil tarea encomendada a su patriotismo.

No quedaban en Lluta, el día 5, más infantes que los del 3.º de línea y del Lautaro, cuerpo este último designado para atacar por la playa.

El 3.º en la tarde del sábado, recibió orden de estar listo para trasladarse a Azapa, movimiento que recibieron alborozados los alegres tercerinos porque el rancho y el mague, como decían los peruanos, estaba muy flaco, sumamente escaso.

Don Ricardo Castro, comandante de este aguerrido regimiento, aprontó a los suyos, y cuando el manto de la noche cubrió con sus tinieblas el campamento chileno, se dirigió en silencio hacía el sudeste; atravesó el puente, dejó a su flanco derecho el casco de la Watterre y oblicuando hacia la izquierda, en hileras, penetró en el camino que conduce del bajo hacia Azapa.

Lo mismo que el Buin y el 4.º, el 3.º cumplió su maniobra en silencio; la diana del 6 la tocaron los del 3.º en el valle de Azapa; ahí, como el Buin y el 4.º, repusieron sus fuerzas con buenas sazoadas cazuelas; riquísimas frutas y con tragos de agua fresca de la umbrosa quebrada.

* * *

El ejército que Lagos, de acuerdo con Baquedano, había conducido desde Tacna, está ya distribuido casi en las posiciones que habrán de tomar para el ataque; todas las unidades de que se componen tienen indicado su objetivo; sólo el 3.º y 4.º de línea y Buin, no tienen orden aún de tomar sus puestos; pronto llegará ese momento; en el ínter, veamos en qué se ocupa la Artillería chilena.

Fue al capitán don Gumecindo Fontecilla, con su batería de montaña, a quien le cupo el honor de disparar los primeros tiros de cañón sobre Arica.

Las piezas de montaña de Fontecilla, la del 2.º del 2.º, quedaron en una puntilla en el extremo derecho de la lomada; y sobre su flanco derecho nivelaron sus cañones Salvo, Frías y Montoya, que siguieron el ejemplo de Fontecilla haciendo fuego primero pieza por pieza, para continuar con descargas por batería y a discreción: el bombardeo de la Artillería chilena fue instantáneamente contestado por los fuertes Este, Ciudadela y Santa Rosa.

La Escuadra tomó también parte en aquel concierto, cuya batuta sin duda la llevaban los grandes cañones de a 300 y las poderosas piezas de nuestro querido Cochrane.

Las punterías peruanas no fueron malas; sus granadas pasaban silbando, metiendo infernal bulla sobre los cañones de nuestros artilleros, que impertérritos continuaban en su faena.

A poco de iniciarse el fuego se comprendió la inutilidad de nuestras piezas de montaña, que de nada servían en aquella emergencia, y para no exponer fríamente a sus hombres, se mandó replegarla a la de campaña.

Más tarde se supo que las granadas de las baterías de campaña habían causado ligeras bajas en los fuertes enemigos.

Terminado el bombardeo del día 5 y apreciada en debida forma la potencia y alcance de los cañones de los reductos ariqueños y su poder de destrucción, Baquedano, Lagos, y todo el Ejército, tomó sus acantonamientos, dobló sus centinelas y servicio de seguridad, y en las primeras horas de la noche de ese último sábado, los campamentos chilenos se entregaron al descanso y al sueño.

* * *

Pero, volvamos a la alborada del 5 de junio, y narremos uno de los más emocionantes episodios de este épico cuadro de las glorias de mi patria.

Veamos el modo y forma cómo el general en jefe del Ejército sitiador, quiso cumplir con los deberes que impone la humanidad, cuando el que manda es hombre valiente y de corazón.

Baquedano y Lagos, sabían de sobra que Bolognesi y su guarnición no eran soldados que pudiesen resistir el empuje de sus tropas; pero sabían también que Arica estaba minada y repleta de dinamita, y estimando que en el ataque podían volar sus reductos y con ellos gran parte del Ejército asaltante, hicieron al coronel Bolognesi proposiciones para que se rindiese, a fin de evitar la inútil efusión de sangre en los dos bandos.

De acuerdo los jefes chilenos, sobre la imperiosa necesidad de rendir pronto la plaza y estimando en todo su valor la idea que detallamos, acordaron intimar antes de la batalla la rendición de aquella fortísima plaza.

Baquedano llamó al sargento mayor de Artillería don José de la Cruz Salvo, jefe distinguido por su inteligencia, ilustración y exquisita cultura, lo impuso de la comisión que deseaba confiarle, y después de darle las instrucciones que creyó oportunas, le ordenó se trasladase a Arica a fin de obtener de Bolognesi la rendición incondicional de la plaza.

Era imposible, que el general chileno, hubiese podido elegir un hombre más a propósito que el caballeroso mayor Salvo, para desempeñar tan delicada cuanto magnánima comisión.

La seriedad de su carácter, sus maneras afables y cultas, su fácil y correcta dicción, buena memoria y porte marcial, hacían del hoy general Salvo, el mejor diplomático que pudiese encontrarse en las filas de nuestro Ejército; su designación fue unánimemente aceptada y aplaudida por todo el mundo.

Nuestros hombres de guerra quedaban así bien representados por el señor mayor Salvo.

No eran todavía las 7 de la madrugada del sábado 5 de junio de 1880, cuando nuestro estimado parlamentario don J. de la C. Salvo montaba a caballo, y acompañado del ayudante de don Pedro Lagos, capitán don Enrique Salcedo, del alférez del N.º: 2 de Artillería, don Santiago Faz, de un abanderado, un corneta y dos ordenanzas, se despedía del señor general en jefe don Manuel Baquedano, de Lagos, Velásquez y demás ayudantes del comandante en jefe.

La partida se efectuó desde el punto en que estaba emplazada la batería de Santiago Frías.

Salvo montaba un hermoso caballo negro retinto; era el que ensillaba Salcedo.

A buen paso descendieron de las alturas del noroeste y sin parar caminaron hasta que llegaron a Quebrada Honda, lugar en que hicieron alto.

Salvo, conocedor a fondo de los reglamentos que rigen en los Ejércitos civilizados, creyendo estar ya adentro de las líneas enemigas, ordenó a su corneta tocarse «Interrogaciones».

Las agudas notas del corneta chileno vibraron en el aire durante más de un minuto; y su clarísimo sonido repercutió en el espacio con la límpida cadencia armónica con que las plegarias verdaderamente cristianas deben llegar al trono del Altísimo.

Aquella misión era de paz y de concordia.

Los toques guerreros de nuestro trompeta eran una amistosa llamada, que el generoso corazón del general chileno, hacía al comandante peruano, para evitar una inútil efusión de sangre, por medio de su parlamentario.

Incuestionablemente, Salvo y sus acompañantes habían sido ya vistos por los ocupantes, que adentro de la plaza se encontraban; porque momentos después de apagarse las últimas

notas del corneta chileno, el mismo toque de interrogación se dejó oír en el real peruano, hacía el lado del Cementerio.

Y al perderse también las últimas vibraciones del guerrero instrumento enemigo, apareció, jinete en un rosado y poderoso caballo, de pura raza peruana, de paso de aguililla, el coronel don Ramón Zavala primer comandante del batallón Tarapacá, que murió en la acción.

El jefe contrario llegaba acompañado de un corneta del Aroma, que cargaba un capote militar amarillo el capitán don Enrique Sancedo, que es quien nos ha proporcionado estos interesantes detalles.

El coronel don Ramón Zavala avanzó hasta el punto mismo en que el mayor Salvo y su escolta se encontraba; cambió discreto y caballeroso saludo con los nuestros; el mismo vendió la vista al señor Salvo, con su propio pañuelo; e instantes después, la comitiva partió hacía la casa que ocupaba Bolognesi, llevando al mayor Salvo entre ambos jefes enemigos.

Narran los cronistas de la época, que el limpio pañuelo con que el mayor Salvo se dejó vendar, fue cambiado a poco por otro «de tela riquísima y profusamente perfumado» que trajo a galope tendido de la plaza un oficial peruano.

Nuestro parlamentario fue conducido, lo dijimos, donde Bolognesi. La casa habitación de don Francisco estaba ubicada al pie del Morro y «su corredor pintado de azul» daba vista a la calle principal de Arica.

Quitada la venda de los ojos de Salvo, fue introducido a presencia del jefe peruano, que de pie recibió a nuestro enviado.

Bolognesi era un anciano de marcial apostura; de frente ancha despejada, nariz si se quiere recta pero un poco ancha; usaba pera y bigote y tenía todo el aspecto de un viejo veterano.

En esos momentos llevaba un sencillo uniforme cubierto por un paletot azul abrochado militarmente; sus pantalones eran color garanse, es decir, grana o colorado, como los que antaño usamos nosotros, con franja de oro en ambas piernas; y cubría su cabeza el tradicional quepis de estilo francés, llevando al frente el escudo peruano, que era un sol de oro:

«Un momento después -dice don Benjamín Vicuña Mackenna, a quien vamos a copiar esta emocionante página que nadie podrá sobrepujar-, el oficial chileno llegó a la presencia del jefe de la plaza; su conferencia fue breve, digna y casi solemne de una y otra parte.

El coronel Bolognesi había invitado al mayor Salvo a sentarse a su lado en un pobre sofá colocado en la testera de un salón entablado pero sin alfombra y sin más arreos que una mesa de escribir y unas cuantas sillas.

Y cuando en profundo silencio ambos estuvieron el uno frente al otro, se entabló el siguiente diálogo, que conservamos en el papel desde una época muy inmediata a su verificación, y que por esto mismo fielmente copiamos:

-Lo oigo a Ud., señor -dijo Bolognesi-, con voz completamente tranquila.

-Señor -contestó Salvo-, el general en jefe del Ejército de Chile, deseoso de evitar un derramamiento inútil de sangre, después de haber vencido en Tacna al grueso del Ejército Aliado, me envía a pedir la rendición de esta plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conocemos.

-Tengo deberes sagrados, repuso el gobernador de la plaza, y los cumpliré quemando el último cartucho.

-Entonces está cumplida mi misión, dijo el parlamentario, levantándose.

-Lo que he dicho a Ud. -repuso con calma el anciano-, es mi opinión personal; pero debo consultar a los jefes; y a las dos de la tarde mandaré mi respuesta al Cuartel General chileno.

El coronel Bolognesi, como Lavalle y García Calderón, quería ganar tiempo.

Pero el mayor Salvo, más previsor que nuestros diplomáticos, le replicó en el acto:

-No, señor comandante general. Esa demora está prevista (no lo estaba), porque en la situación en que respectivamente nos hallamos, una hora puede decidir de la suerte de la plaza. Me retiro.

-Dígnese Ud. aguardar un instante, replicó el gobernador de la plaza. Voy a hacer la consulta aquí mismo, en presencia de Ud.

Y agitando una campanilla llamó un ayudante, al que impartió orden de conducir inmediatamente a consejo a todos los jefes.

Mientras éstos llegaban conversaron los dos militares sobre asuntos generales; pero el jefe sitiado insistió sobre la necesidad de regularizar la guerra, lo que pareció traicionar cierta ansiedad por su vida y la de los suyos; mas no se llegó a una discusión formal, porque con dilación de pocos minutos comenzaron a entrar todos los jefes a la sala.

El primero de ellos fue Moore, vestido de paisano, pero con corbata blanca de marino; enseguida Alfonso Ugarte, cuya humilde figura hacía contraste con el brillo de sus arreos; el modesto y honrado Inclán; el viejo Arias; los comandantes O'Donovan, Zavala, Sáenz Peña, los tres Cornejo y varios más.

Cuando estuvieron todos sentados, en pocas y dignas palabras el gobernador de la plaza reprodujo en substancia su conversación con el emisario chileno, y al llegar a la respuesta que había dado a la intimación, se levantó tranquilamente Moore y dijo:

-Ésa es también mi opinión.

Siguieron los demás en el mismo orden, por el de su graduación, y entonces dejando a su vez su asiento el mayor Salvo, volvió a repetir:

-Señores, mi misión está concluida... Lo siento mucho.

Y luego, alargando la mano a algunos de los jefes que le tendían la suya cordialmente, fue diciéndoles sin sarcasmo, pero con acentuación:

-Hasta luego.

Despedido enseguida en el mismo orden en que había sido recibido, llegaba el mayor Salvo a su batería, a las 8:30 de la mañana, y sin cuidarse mucho de decir cuál había sido el resultado de su comisión, pedía un alza y un nivel para apuntar sus piezas de campaña a los fuertes del norte que tenía a su frente'».

Vicuña Mackenna termina esta interesante página con la anotación siguiente:

«La escena y el diálogo de la intimación de Arica, nos fue referida por el mayor Salvo a los pocos días de su llegada a Santiago, en junio de 1880, conduciendo en el Itata, los prisioneros de Tacna y Arica, y la hemos conservado con toda la fidelidad de un calco».

Pronto veremos, si Bolognesi y sus subordinados, quemaron su último cartucho.

* * *

Según la gráfica expresión de don Roque Sáenz Peña, en carta escrita desde Buenos Aires en 3 de julio de 1903 a don Ricardo Silva Arriagada, capitán que fue del 4.º de línea en Arica, «la suerte de los de adentro fue decretada por nosotros mismos y escrita por nuestra propia mano», dice el que, en aquel día memorable, comandó al batallón Iquique, que fue más tarde general peruano y que hoy rige los destinos de la Confederación Argentina.

En consecuencia, teniendo presente la determinación de Bolognesi, Salvo dio cuenta de su cometido; y Baquedano desde ese momento entregó definitiva y enteramente el mando de las tropas sitiadoras a Lagos, para que dirigiera con independencia y según su propio militar criterio el asalto y toma de Arica.

Lagos, que desde que llegó a Lluta había tratado de comunicarse con la Escuadra, pudo a fuerza de paciencia establecer por medio de andariveles y por semáfora la comunicación deseada.

El teniente don Eduardo Valenzuela, de la Covadonga, buen oficial, que por desgracia ya pasó la última revista de presente en esta vida, y que fue uno de los compañeros de Condell en Punta Gruesa, fue también quien tuvo a su cargo el servicio de comunicaciones y quien se entendió, en la tarde del 5, con Latorre, para ponerse de acuerdo y bombardear la plaza al día siguiente 6, por tierra y desde el mar.

* * *

Al frente del Morro y a distancia, encendidos sus fuegos y listos para el combate, estaban el Cochrane, la Magallanes, Covadonga y el Loa.

Un poco hacía el noroeste, enfilados, presentando sus proas a tierra, prontos para cualquier emergencia, se encontraban cinco transportes chilenos.

Un tanto pegados a la costa, pero al norte, se balanceaban los buques de guerra neutrales, de estación en el Pacífico, que seguían con decisión y entusiasmo todos los combates, acciones y peripecias de la campaña en que estábamos envueltos.

Enarbolaba la Hansa la bandera alemana; y en el Hussard flameaba la enseña de la República Francesa; un poco más al norte, con sus fuegos encendidos, divisamos a la Garibaldi, en cuyo pico de mesana se ostentaban los verdes colores de Saboya, de Cerdena y de Italia.

Los marinos ingleses de la Peaguin estaban también ahí; y por descontado que ellos eran los más entusiastas admiradores nuestros.

A unos quinientos metros del Morro y bajo el amparo y protección de sus baterías, echando humo negro y espeso, caldeando apresuradamente, está la nave capitana de Sánchez Lagomarcino, el Manco Capac, a quien no le quedan sino 19 horas y media de existencia, contadas minuto a minuto en el reloj del tiempo y del destino; porque, decretada está su infame muerte, para las 7:30 a. m. del 7 de junio de 1880.

El verdugo de su honra, el ejecutor de su suicidio histórico habrá de ser el pobre cuanto desgraciado Sánchez Lagomarsino, su comandante, a quien faltó el coraje y el civismo para morir con su barco; que prefirió la vida sin el barco y sin la honra.

La una y media del día 6 van ya a sonar; y tan pronto el sol señala esa hora, cuando la artillería chilena, cumpliendo lo pactado con la Escuadra, rompe sus fuegos sobre la plaza.

Las naves del comodoro Latorre fuerzan sus máquinas e impávidas y gallardas avanzan sobre el centro de la bahía.

La Magallanes se mueve y maniobra en demanda del Morro, y cuando llega a los 4.000 metros, rompe sus fuegos sobre la temida fortaleza que ha roto ya los suyos sobre nuestros barcos.

Los Vavasseur del San José, el 2 de Mayo y el Santa Rosa, toman también parte en este melódico concierto del exterminio y de la muerte; el Ciudadela, Este y Cerro Gordo disparan sobre la Artillería de tierra; y el cielo, la tierra y el mar, se estremecen ante aquel imponente cañoneo.

Una nube de hierro surca el aire y el Cochrane, sereno y majestuoso, abandona su fondeadero y despacio primero y a toda máquina enseguida, pone su proa al Morro y al Manco; surca las hondas el barco de Latorre, el captor del Huáscar, el héroe de Chipana, y no rompe sus fuegos sino cuando se encuentra a 2.500 metros del Morro mismo.

Sánchez Lagomarsino, que teme a Latorre, pone proa al este y con su pesado cetáceo corre a guarecer su miedo bajo el ala protectora del Morro y del San José.

El Loa dispara desde los 5.000 metros sobre los fuertes de la playa con su Armstrong y Luis Oportus, Pedro Nolasco Martínez y Manuel Huidobro, se ríen de la muerte y de los fuertes de tierra; y sin miedo ni pavor penetran al puerto haciendo fuego en avance y recibiendo tupida nube de proyectiles, sin que uno sólo hiera o toque aquel débil transporte.

La Covadonga, que ha roto sus fuegos junto con la Magallanes, se acerca hasta 2.000 metros y es tan nutrido y rápido el fuego de la goleta que se pierde de vista tapada por el humo de sus cañones.

A su vez los peruanos redoblan sus esfuerzos y las piezas de todos sus reductos, de todos sus baluartes, vomitan torrentes de hierro y de metralla.

Y mientras los artilleros de la Escuadra y los sirvientes de las fortificaciones enemigas juegan sus piezas, el Lautaro y una compañía del Buin 1.º de línea con tropa de caballería, cumplen a su vez la parte que les corresponde en aquella feria de la gloria y de la muerte.

El comandante Robles, que manda el Lautaro, se viene por la orilla de la playa y cuando alcanza la altura de la Watterree despliega en guerrilla su regimiento y cubriéndose con las quebraduras, sinuosidades, huacas y montículos, avanza sobre el sur hasta que el fuego nutrido que recibe de los fuertes lo hace retirarse después de haber llenado su cometido.

Y mientras Robles ejecuta su reconocimiento, los buines y los jinetes que les acompañan escudriñan la entrada del valle de Azapa y hacen creer, lo mismo que el Lautaro, al enemigo que el ataque va a ser por el flanco norte.

El 3.º y 4.º, mientras tanto, ocultos en el umbroso valle de Azapa adentro, no dan señales de vida y ocupan el día, no en otra cosa que en solazarse y descansar.

Aquel duelo de cañón y de metralla duraba ya cuatro horas; y hasta ese momento los buques chilenos no habían sufrido avería de importancia; por desgracia, poco después de la

hora apuntada al Cochrane «lo alcanzó una granada y chocando en el canto alto de una de las portas estalló y prendió fuego a uno de los cartuchos con que en ese momento se cargaba el cañón, hiriendo y quemando a 27 individuos, de los cuales 25 recibieron mortales heridas», dice Latorre en su lacónico parte de soldado y de marino.

Al hoy almirante don Juan Simpson, que mandaba esa batería, fue a quien le cupo tamaña desgracia, que el bravo marino hubo de soportar con tranquila fiereza.

La Covadonga tuvo la buena suerte de no perder un sólo hombre, pero en cambio recibió dos proyectiles a flor de agua que la obligaron a retirarse del combate y a pedir remolque y auxilio a la Magallanes, porque la valiente goleta hacía tanta agua que sus máquinas no daban abasto para hacer funcionar sus bombas.

El Loa y la Magallanes únicamente habían salido ilesos en aquel duelo que duró 3 horas justas y cabales.

En verdad el triunfo fue de los peruanos, si se toman en cuenta las bajas y averías de la Escuadra; pero, en realidad, quien triunfó y sacó positivas ventajas fue don Pedro Lagos, porque con el bombardeo y los reconocimientos de la playa que efectuaron el Lautaro y Buin, Bolognesi y su Estado Mayor se afirmaron en la idea de que el ataque sería por el norte y no imaginaron jamás que lo fuese por el oriente.

Aparte de esto, el efímero triunfo alcanzado sobre el Cochrane y la Covadonga produjo tal explosión de alegría y entusiasmo entre los pobres sitiados, que esa noche, según la expresión de Elmore, Nieto, Espinosa y otros prisioneros, hubo farra y jolgorio en la plaza y con ello el consiguiente descuido, desparpajo y abandono de puestos y deberes, que Lagos vigilante y experto en ardidés y achaques de guerra, hizo aprovechar muy bien a sus terceros y cuartos.

Don Pedro durante el bombardeo del 6 que acabamos de narrar, permaneció constantemente cerca de nuestra artillería sin perder un sólo incidente y observando fríamente el desarrollo de los acontecimientos.

Nuestra artillería jugó bien sus piezas en esta jornada; y satisfechos debieron quedar Joaquín Flores, el Bulnes y Alberto Novoa Gormaz, que fueron los hombres que con su eficacia y poderosa ayuda lograron subir los cañones chilenos a aquellas ásperas y casi inaccesibles alturas.

Y don Pedro Lagos, terminado el cañoneo, y cuando serían las 3 3/4 a 4 de la tarde del domingo 6, hizo un último reconocimiento, llevando una compañía del 3.º

Lagos, acompañado de los comandantes Ortiz, del Buin; de don Ricardo Castro, del 3.º de línea, y San Martín, del 4.º; por don José Antonio Gutiérrez, segundo del 3.º y que en verdad fueron con el mayor don Federico Castro (que también andaba en este reconocimiento) los verdaderos jefes de su cuerpo, que don Ricardo Castro cobardemente abandonó; del sargento mayor don Juan N. Henríquez, mayor del Buin; y de sus ayudantes de campo don Julio Argomedo Lira, don Enrique Salcedo, don Belisario Campos, don

Enrique Munizaga, don Segundo Fajardo, capitán y comandante de equipajes; de Ricardo Walker y de Manuel Romero, avanzó sobre los fuertes Ciudadela y Este a fin de estudiar bien y por última vez esas posiciones y el campo de tiro que hacía el oriente de esos reductos existía.

Es decir, Lagos quería estudiar las lomadas y hondanadas que tenía a su frente; el terreno comprendido entre el costado este de la posición enemiga y el punto en que él y sus acompañantes se encontraban.

Para mejor mirar y ver esa localidad echaron pie a tierra Lagos y todos los nombrados; y ocultándose cuanto pudieron, agazapándose, recorrieron esas eminencias y lomadas, vieron, estudiaron, su topografía con calma y con tranquilidad absoluta y sin que el enemigo se diese cuenta de la operación.

Terminada esta, don Pedro, en el propio terreno designó el lugar en que acamparía cada uno de los dos cuerpos que ejecutarían el asalto, al amanecer del siguiente día lunes 7 de junio, y señaló con su mano a todos aquellos que él creía bravos soldados (dos hubo que no lo fueron) el camino que habrían de tomar sus unidades para rendir a Arica y llevarlos a la muerte, a la victoria y a la gloria.

-Este ataque no será al trote, señores, que debe ser a la carrera; el enemigo debe y tiene que ser sorprendido y rendido antes que estallen las poderosas minas del Morro, exclamaba don Pedro.

Terminada aquella faena, hecho ese último reconocimiento, se puso en marcha la comitiva; y cuando se encontraba fuera de tiro de la plaza, don Pedro hizo alto, ordenó el retiro de la tropa de infantería, se bajó de su caballo y rodeado de todos sus acompañantes y con tono reposado y tranquilo, dijo:

-Ya Uds. han visto y podido apreciar bien la topografía del terreno en que van a operar; el 4 de línea, agregó mirando a San Martín, a quien conocía desde niño, atacará y tomará el fuerte Este y el Morro; ese puesto le he designado al 4.º; por lo que respecta al asalto y toma del Ciudadela, yo no quiero agraviar a Uds., agregó mirando a los señores don Ricardo Castro y don Luis José Ortiz, comandantes del 3.º y del Buin; conozco y estimo la pujanza de sus regimientos y para no agraviar a nadie he resuelto rifarlos, que la suerte decida quien deba atacar y tomar el Ciudadela.

Un profundo silencio siguió a esas palabras; los corazones de aquellos hombres, estamos ciertos que latieron más apresuradamente; se iba a jugar el ataque, la gloria de servir a la patria y era lógico que aquellos soldados, veteranos todos, quisieran tomar parte en aquella función de guerra que prometía ser grande, famosa. Todos querían ofrendar sus vidas.

Y, sin embargo, aquello no fue así, pues dos jefes hubo a quienes tomó la flaqueza, el miedo, y no estuvieron a la altura de su deber y del buen nombre del Ejército de su patria: el comandante del Buin, Ortiz, y el del 3.º Ricardo Castro.

La historia, que premia a los buenos ciudadanos, guarda en sus archivos documentos terribles que prueban la verdad de nuestra narración; y si al contar descarnadamente esta operación, herimos ajenas susceptibilidades, no es nuestra la culpa, sino de los que no supieron dominar sus nervios y su miedo.

No sabemos que a nadie, en Chile, jamás se le halla obligado a cargar el honroso uniforme de nuestras instituciones armadas; no deben, pues, los que no tienen corazón para afrontar serenos el peligro, la muerte, y servir a la patria, formar en las filas del Ejército o de la Marina.

En el continente americano nosotros estamos solos. Si mañana viene la guerra, nadie nos tenderá la mano; eso ya lo hemos visto desde 1821 adelante. De ahí la necesidad absoluta de levantar nuestra raza y nuestro nombre; de vigorizar a los soldados y a los hombres que cumplieron bien con su deber, dando a cada uno lo que le corresponde; enalteciendo a los bravos y señalando a los cobardes.

¡Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios!

* * *

Don Pedro sacó de su bolsillo una moneda; testigos oculares de aquel hecho, que aún existen, aseveran que tomó un peso fuerte, y lanzándolo al aire dijo, dirigiéndose al comandante Ortiz: ¿Cara o sello?

-Águila -respondió el comandante del Buin.

Y al mismo tiempo todos aquellos hombres, ansiosos, ávidos, fijaron sus miradas con la mirada, con la vista, la subida y caída en la arenisca montaña de aquel peso fuerte que encerraba el derecho de atacar, de vencer, de aspirar a la gloria, de servir a Chile, a la patria bendita y querida.

¡Y águila fue la que ganó!

Cuenta un testigo ocular, retirado hoy como coronel, que fama tiene de esforzado entre los viejos veteranos de aquella edad, hombre sano de alma, más no de cuerpo porque los achaques de la edad y de la campaña lo tienen ya postrado, que él se quedó mudo cuando vio relucir en el suelo el águila de aquel peso fuerte que quitaba a su regimiento la gloria de aquella jornada, y que Ortiz se apresuró a recoger.

-Sentí como una congoja cuando vi que Ortiz había ganado tristeza que se cambió en súbita alegría, un segundo después, cuando el comandante del Buin dirigiéndose al comandante señor Ricardo Castro, dijo: «¡Qué suerte la tuya, Ricardo, me ganaste, hombre, tu cuerpo atacará!».

¡Ese regimiento era el mío, el 3.º!

Y el viejo veterano, don Federico Castro, al narrar después de treinta y un años aquel episodio de su vida de soldado, de servidor público, con mano firme, secaba una furtiva lágrima que le arrancaba aquel recuerdo.

Don Pedro vio como todo el mundo aquella tristísima maniobra del jefe del Buin, y una despreciativa y dura mirada cayó sobre aquel señor que, desde ese día, perdió para siempre el aprecio de sus subordinados y de todos los que conocieron aquella acción.

Desde ese momento, moralmente hablando, Ortiz dejó de ser jefe del Buin.

León García, Henríquez, Alamos, Ramón Valenzuela, Juan M. Donoso, Francisco Fuentes y demás nobles oficiales del 1.º de Línea, recibieron aquella tristísima noticia con rabiosa desesperación.

En cambio los niños del Tres, cuando por D. José Antonio Gutiérrez y D. Federico Castro, supieron la feliz noticia echaron al aire sus quepis de brin y con vivas a Chile y hurras a la patria, saludaron tan fausta noticia.

¡Que ese era el modo, la forma como los guerreros del Pacífico servían a la República!

¡No imperaba en aquel Ejército otro lema que vencer y enaltecer a la patria!

¡Morir era negocio baladí! ¡Para ello habían nacido!

¡Lo grande, lo sublime, era dar su vida por la patria!

¡De ahí que los buines jamás pudieron resignarse ante aquella innoble jugada!

* * *

Y la noche tendió su manto sobre ambos campamentos; en el de Chile, el silencio más profundo reinaba por doquier.

En el real peruano, especialmente entre los dirigentes, aquella vigilia fue de jolgorio y alegría, las averías causadas al Cochrane y Covadonga fueron básicamente celebradas.

* * *

Pero antes de historiar los últimos acontecimientos del día 6, volvamos donde Elmore, que algo interesante existe relacionado con este ingeniero, hecho que vamos a narrar.

El coronel Lagos había podido aquilatar el carácter serio de Elmore y creyendo el señor Coronel, que este profesional que era estimado y respetado en las filas enemigas, le pidió se dirigiese a la plaza con el objeto de obtener de los jefes peruanos la rendición de ella.

Don Pedro quería a toda costa evitar la efusión de sangre inmensa, espantosa que se iba a producir por el hecho de hacer estallar minas en la ciudad sitiada.

Sabía el coronel chileno el encono que habían despertado en las filas de la reserva los polvorazos de Chacalluta, y comprendía perfectamente bien las proyecciones espantosas de carnicería y de matanza, que podría tomar la batalla al sólo estallido de los reductos peruanos.

De ahí que encargase a Elmore la caritativa misión de pedir en primer término, no la rendición de la plaza, sino el que evitaran los sitiados las explosiones que tenían preparadas; porque Lagos, si tal cosa acontecía, no podía responder de sus soldados; Elmore, en subsidio podría tratar, si él quería de la rendición de Arica.

El ingeniero peruano, aceptó aquella difícil misión.

Cuando don Teodoro Elmore, poco antes del atardecer del domingo 6 de junio se alejó de las posesiones chilenas, el comandante don José Antonio Gutiérrez, 2.º del 3.º de línea, dijo al emisario las textuales palabras que van a continuación, frases que Gutiérrez, amigo íntimo de Vicuña Mackenna, envió a este conceptuoso historiador chileno.

-Sé que usted -dijo Gutiérrez-, pasa esta noche a conferenciar con los jefes de la plaza, y creo humanitario les haga presente que en caso que no entren en arreglo, no hagan uso de sus minas. Que partan del principio que si recibimos orden de tomar la plaza a viva fuerza, la tomamos; pero que si hacen uso de dinamita, por más esfuerzos que hagamos será imposible poder hacer prisioneros porque el furor del soldado en esos momentos no se podrá contener.

Al fin Elmore partió, como lo hemos dicho, a la plaza; se comprende la difícil situación de aquel hombre.

El jefe chileno haciendo justicia a su valor, a su caballería, a sus méritos, lo dejaba en plena libertad para quedarse o volver.

Elmore dio su palabra de honor de que regresaría y de que haría todo cuanto pudiera por humanizar el combate; cumplió honradamente con su deber y volvió a las líneas chilenas a las 11:30 de la noche víspera de la toma de Arica.

Tuvimos el agrado de conocer a don Teodoro Elmore en 1880 en San Bernardo: era un cumplido caballero. Estudioso, serio, inteligente e ilustrado, lo atraían nuestras instituciones y modo de ser de esa época, en que ni el fausto ni el derroche, eran marcas de fábrica netamente chilenas como ogaño; que antaño nuestra honrada pobreza y excelso patriotismo corrían parejos y juntos con los alientos gigantescos de Prat y Condell en el mar, de Ramírez y San Martín en tierra, con el severo civismo de Sotomayor y de Lillo o de don Francisco Echaurren.

Elmore era todo un hombre de bien y de un valor personal especial. Si el ingeniero peruano no hubiese dado al capitán chileno palabra de honor de regresar, Elmore habría sin duda alguna, hecho saltar a Arica, cuando las tropas chilenas hubieran estado adentro.

Esa operación la habría ejecutado sin vacilar y sin que nada le importase la vida.

El alferez de Cazadores a Caballo, don Carlos Federico Souper y Vial, recibió a su vuelta a Elmore que dio cuenta a Lagos de su misión, agregando que la resolución final del Consejo de Guerra enemigo, estaba escrita en el documento que sin firma ponía a disposición del señor Coronel.

Ese sencillo papel decía:

«Puede usted regresar y decir que no obstante la respuesta dada al parlamentario oficial señor Salvo, no estamos distantes de escuchar las proposiciones dignas que puedan hacerse oficialmente, llenando las prescripciones de la guerra y del honor».

«No estamos distantes dijeron los jefes enemigos, de escuchar proposiciones dignas, etc.»

Es claro, la idea de capitular había nacido entre aquellos hombres, que con excepciones honrosas, no murieron en la forma heroica, especial, que la tropical inventiva limeña ha inventado.

Porque así como don Justo Arias calló batiéndose como un león, es mentira la grandiosa muerte de Bolognesi y pura invención el que se arrojase al mar con caballo y todo Alfonso Ugarte, como lo probaremos a su debido tiempo.

Los peruanos para ser históricamente justos, deben bajar a Bolognesi de su monumento y colocar en ese lugar al valiente Arias.

Elmore volvió; pero el habiloso profesional que durante su estadía en el campamento chileno, había columbrado que el asalto sería a las posiciones que resguardaban los fuertes Este y Ciudadela, aconsejó en forma enérgica y decisiva que defendiesen esos bastiones del modo más audaz.

El señor J. Pérez dio a luz el año de 1880 en Lima, un folleto, intitulado Arica, sus fortificaciones, asalto, defensa y ruina por un testigo y actor; pues bien en la foja 26 de ese librito, Pérez, recordando la entrevista de Elmore con los comandantes peruanos dice refiriéndose a los consejos dados por el parlamentario peruano al coronel Varela y al comandante don Manuel C. Latorre.

-¡Por Dios, coronel! Bajo mi responsabilidad no envíe Ud. un hombre al norte; tenga Ud. un batallón en la primera batería del Este, dos en la 2.^a y el resto de la fuerza en Cerro Gordo.

Es decir: refuerce Ud. al coronel don Justo Arias y Arangüez que esa es la llave de Arica, el muelle real sobre que gira la defensa y el ataque.

Elmore, tenía razón; los acontecimientos confirmaron sus temores. La victoria quedó resuelta desde que Gutiérrez, Federico Castro y San Martín con el 3.º y el 4.º se apoderaron de esos dos estratégicos puntos.

Cumplido su cometido, don Pedro Lagos dijo al ingeniero peruano que quedaba en libertad; eran en esos momentos muy cerca de las 3 de la madrugada del 7 de junio; Elmore no aceptó esa libertad que creyó denigrante y suplicó al jefe chileno que lo retuviese en calidad de prisionero de guerra.

Y don Pedro defirió a los deseos del infortunado parlamentario.

Ahora bien, ¿la conducta de Elmore estuvo arreglada a los dictados del patriotismo? Afirmamos que no.

Elmore no debió por un sólo momento haber transigido con su conciencia; su papel era dejarse fusilar por el capitán Campo, antes que dar un sólo dato al enemigo de su patria.

Para el caso de Elmore ha sido ideada la leyenda inglesa: ¡To be or not to be! (¡Ser o no ser!)

* * *

El coronel Lagos en el ínter no dormía. Nuestro héroe al frente del enemigo era incansable. Como Prometeo sus fuerzas renacían cuando había que servir a la patria.

Así, momentos antes de que cayera la noche del domingo 6 reunió a todos sus ayudantes y después de breve alocución los destinó a todos.

El capitán don Enrique Salcedo que era uno de los oficiales que le habían servido de base para formar, disciplinar y organizar el Santiago, recibió orden de unirse al capitán de Cazadores don Alberto Novoa Gormaz y con él durante las primeras horas de la noche mantener encendidos y en perpetua actividad los fuegos de los campamentos de la infantería nuestra.

Se sabe ya que el 3.º, 4.º y Buin tenían orden a su vez de avanzar tan pronto se oscureciera en demanda de sus objetivos.

El 3.º de línea, a las 7 p. m. levantó su campo y se dirigió sobre el Fuerte Ciudadela, se detuvo más o menos a 1.000 metros de distancia de la indicada batería y acampó.

El 4.º de línea, oblicuó un poco hacía la izquierda, y más o menos a la misma distancia, un kilómetro hizo también alto, al oriente de la batería del Este y estableció también ahí su campamento.

De orden de Lagos, toda la tropa al pasar por Buena Vista llenaría de agua sus caramañolas.

El Buin partió a retaguardia del 4.º y naturalmente durmió esa noche a respetable distancia de este cuerpo.

Ahora bien, el capitán don Enrique Salcedo debía, lo repetimos, con A. Novoa G. y sus Cazadores, mantener vivo el fuego de los campamentos que dejaban nuestros infantes hasta las 12 de la noche, hora en que la caballería de Novoa se movería para colocarse a retaguardia de los fuertes enemigos y del Buin que quedaba de reserva; es decir, Salcedo quedaría allí, a la mano de Lagos con los Cazadores perfectamente a retaguardia del 4.º de línea, por el lado del mar cuyos tumbos y oleajes pudieron sentir durante dos o tres horas.

Novoa G. Salcedo y su tropa con los caballos de la brida pasaron desde la 1 hasta las 5 a. m. del 7 de junio.

El mayor don Julio Argomedo Lira, el de igual clase don Francisco Javier Zelaya, el capitán don Segundo Gajardo y el alférez don Ricardo Walker, quedaron al lado del coronel Lagos para las emergencias del ataque.

Al capitán don Belisario Campo, lo destinó, el jefe chileno, para que «unido al 3.º de línea lo acompañara en el ataque al Ciudadela», igual orden recibió el capitán don Enrique Munizaga, que quedó designado para servir de guía a San Martín y al 4.º de línea.

Notará el lector que don Pedro Lagos procedía con entera independencia y con absoluto criterio; ello procedía «de la facultad discrecional que verbalmente le concedió el señor general en jefe» cuando le dio el mando de la división», según lo expresa en el parte de la victoria de Arica que elevó el feliz vencedor al Jefe de Estado Mayor, fechado en la rendida ciudad de San Marcos de Arica el 11 de junio de 1880.

* * *

Y antes que suene la hora histórica de la caída de la formidable Arica y mientras el bíblico Mane, Thesel y Phares se escribe en los farellones del Morro, acompañemos al lector primero a dar una vuelta por los reales chilenos y enseguida penetre con nosotros a la sitiada y moribunda plaza.

* * *

Sobre una loma suavísima que tiene a su frente una hondonada y luego otra, que semeja un mogote en el que se levanta el soberbio y cuadrilongo Ciudadela, que queda al poniente, y en su falda occidental ha quedado definitivamente acampado el regimiento 3.º de línea, en columna cerrada por batallón. Hasta ahí según orden recibida del coronel Lagos ha llegado el capitán Campo que después de haber visto ejecutado fielmente el movimiento ha regresado al lado de su jefe.

Los tercerinos habían recibido la noticia del asalto lo mismo que el 4.º, Buin y Lautaro, más o menos a las 7 p. m., es decir, momentos antes de levantar sus tiendas.

El silencio más profundo domina las filas del veterano N.º: 3.

En la falda occidental de la lomada, como hemos dicho, duerme el regimiento; al frente el primer batallón que lo manda el esforzado sargento mayor don Federico Castro, veterano soldado de las campañas de Arauco.

Don Federico o el Huaso Castro como lo apodan cariñosamente sus soldados y compañeros del ejército y del regimiento, lo estiman y respetan y tiene fama de justo, disciplinario y de hombre muy alentado; en muy buenas manos, pues, está la dirección del primer Batallón del Tres.

A la vanguardia de aquella cerrada columna está Pedro Antonio Urzúa, con Avelino Valenzuela por teniente. Urzúa y Valenzuela tienen ya ganados sus nombres de buenos oficiales y luego probarán el esfuerzo poderoso de sus brazos, que irán a la vanguardia.

Mandan las mitades de la primera del 1.º José Antonio Silva Olivares que por su valor más tarde recibió el sobrenombre de Chacalluta, ganado al frente del enemigo. Francisco Meyer y el hoy general de División don José Ignacio López, que tanto se distinguió en esa madrugada, que fue recomendado especialmente.

Estrechando las filas, aún que no es escaso el terreno, e inmediatamente a retaguardia de la 1.ª sigue el capitán don Leandro Fredes, el Paisano, hoy retirado del servicio; Fredes como Urzúa es hombre de valer y buen capitán; nuestro amigo Salvador Urrutia que es un niño, no le va en saga y las cicatrices que ostenta en su cuerpo prueban mi acierto.

Emilio Merino y Pedro N. Wolleter cargan el galón de subteniente; Merino dejó fama en el 3.º por su valor personal y Wolleter en el Ciudadela y Arica dejó recuerdos imborrables.

Juvenal Bari, oriundo de los Andes y cuyo caballeroso carácter aún recordamos con cariño, mandaba la última mitad de la 2.ª del 1.º.

Félix Vivanco Pinto y Oreste Vera eran los oficiales que comandaba Ricardo Serrano Montaner capitán de la 3.ª, que siempre se distinguió por su serenidad y valor. Vera y Vivanco pagaron su tributo a las balas en Chorrillo y en Arica.

El infortunado Chaquet Chacón el guerrillero de la 4.ª del 1.º que exhaló el último suspiro al pie del Ciudadela acaudillaba a los Cazadores del primer batallón.

Riquelme que murió de capitán en Chorrillos servía de teniente.

El huaso Nicolás Opazo que pagó su tributo a la patria en Miraflores y que fue nuestro condiscípulo en 1873, con Manuel Figueroa eran los subtenientes del capitán Chacón.

Al frente del primer batallón, a su cabeza, estrictamente hablando, durmió esa noche en el duro suelo teniendo a sus costados y haciendo carreta, como decíamos en el alegre caló del campamento, el mayor don Federico Castro, con dos oficiales más cuyos nombres por desgracia hemos olvidado.

El mayor don Federico Castro, después de haber recorrido su batallón y visto que todo estaba perfectamente arreglado, ordenó al oficial de guardia Riquelme, colocase a su lado un centinela con el fin de despertarlo antes que aclarara, a las 4:30 de la mañana; y para el caso de alguna fatal ocurrencia le ordenó, así mismo, que «a balazos lo despertase».

De ese modo pudo, don Federico Castro, dormir tranquilo algunas horas en aquella famosa noche, que el mejor modo de pasar las penas es conversarlas con Morfeo.

Don José Antonio Gutiérrez, teniente coronel de Ejército, tenía el comando del 2.º Batallón del 3.º de línea; y fue, en esa jornada, el real y verdadero jefe de su regimiento, porque en verdad, como luego lo veremos, don Ricardo Castro, brilló por su ausencia; falta que tanto don Ricardo como Ortiz, pagaron sumamente caro; y que la historia viene registrando en sus páginas y archivos, en notas oficiales, que son un verdadero castigo.

* * *

Escrita, como hoy se acostumbra la vida de los pueblos, de sus dirigentes y servidores, con los documentos a la mano, el historiador no puede, sin faltar a su deber, ocultar o callar la verdad, porque al día siguiente pueden probarle su falta de veracidad.

Un ejemplo: el general don Bartolomé Mitre narrando un hecho ocurrido en los días de San Martín, relacionado con Chile, no publicó sino la primera parte de un documento y se guardó de dar a luz el final. Mitre ocultó por olvido esos renglones o porque estimó que siendo él, el único depositario del archivo de San Martín, nadie podría refutar su acierto.

Pues bien, Mitre se equivocó. Vamos a verlo.

Poco después, Barros Arana, daba a luz un nuevo tomo de su monumental Historia General de Chile; y contando el mismo hecho a que nos referimos dice, en dos notas especiales que se registran en el tomo 11 fojas 39 y 176: «que estando en Bruoi, alrededores de París en 1860, tomó él mismo copia del Archivo particular del General San Martín»; y agrega más adelante, en la página 40, que hace uso de esa copia para evitar errores pequeños y «para aprovechar también algunas piezas de importancia secundaria a que allí no se dio lugar».

Y en la 176, nota 53 el mismo señor Barros Arana, recuerda nuevamente su Archivo particular y reprocha suavemente a Mitre, el que haya suprimido cartas de O'Higgins y párrafos de otras comunicaciones oficiales.

Eso, aconteció al eminente historiador argentino, que por lo que se ve pecó y levemente; sin embargo, su amigo Barros Arana, no lo absolvió de la culpa.

Nosotros, creyendo que la historia es un espejo de límpida y clarísima luna veneciana, en que se reproducen las vidas y hechos de los pueblos y de sus servidores sean ellos grandes o pequeños, por nada de esta vida empañaremos su cristal, ocultando la verdad.

Y si por desgracia, herimos susceptibilidades de familia, declaramos que nuestra no es la culpa, sino de los riquísimos y bien servidos archivos oficiales, que proporcionan los datos

también oficiales, que pintan al desnudo, con sencilla y austera claridad lo mismo, los heroicos y cívicos servicios de los grandes servidores de mi patria; que las pequeñeces, desmedros y cobardías de los que flaquearon por carácter y por desidia, en la hora suprema de los grandes sacrificios.

Son los documentos oficiales, riquísimos en colores de tonalidades purísimas, los que nos han servido para escribir el presente trabajo; y declaramos que no hemos querido hacer uso de todos ellos, porque hay algunos que son tan negros y tan duros, por las declaraciones que encierran, que su publicación la reservamos, por ahora.

Escribimos no por negocio, ni por enlodar reputaciones, que ese no es nuestro carácter, ni nuestro deseo; lo hacemos por patria, sin tomar en cuenta otra aristocracia que la del talento y del civismo.

Pero volvamos al 3.º. En un grupito un poco a la derecha de aquella inmóvil y negra columna en que latían los corazones de 927 soldados, que ese era el efectivo de este bravo regimiento, se encontraba el primer jefe don Ricardo Castro, acompañado del ayudante don Virgilio Méndez; de don Belisario Acuña y del famoso Chino Poblete, asistente que había sido de don Ricardo, por quien fue ascendido a oficial y que tan heroica muerte alcanzó en el Ciudadela. Cerca de ellos habían otros dos oficiales más, cuyos nombres no recordamos.

Mandaba a la 1.ª del 2.º batallón, su capitán D. Marco José Arce; y en sus filas formaba el teniente don Ricardo Toribio Arriagada, viejo oficial de la campaña de Yungay, que había vuelto a la carrera por servir a Chile y en busca de gloria, que como pocos encontró en esa legendaria mañana.

El hercúleo y esforzadísimo Domingo Lais y Verbal, que fama dejó de buen camarada y de valiente, niño que murió en Chorrillos de teniente, con Francisco Cotapos, pasan revista como subtenientes.

Al centro del 2.º batallón duermen tranquilamente, envueltos en su poncho de campaña, el capitán don Rodolfo Wolleter con Adolfo González, subteniente.

Wolleter, aunque tal vez el más joven de los capitanes del 3.º, se formó en las filas del 4.º de línea y sirve en el Tres desde hace años; en su regimiento era apreciado como oficial de recursos vivo y atento siempre al servicio.

Emilio Bonilla y Ricardo Jara Ugarte, hoy retirado de las filas como coronel, comparten las responsabilidades del servicio en la 2.ª compañía.

En Ate, el 9 de enero de 1881 se dio de baja por cobarde al capitán de la 3.ª don Eleodoro Guzmán, llamado El Macheteado, porque una enorme cicatriz surcaba su rostro; en ese día aquella terrible medida sorprendió al ejército que tenía a Guzmán por hombre de carácter; y en ello, en verdad, no hubo sino una precipitada e inconsulta medida.

En Chorrillos Eleodoro Guzmán, se batió como un héroe; en Miraflores hizo prodigios de valor, y tan cierto y a la vista fue aquello, que el general Baquedano lo repuso por la orden del día en su empleo y honores.

Guzmán, al frente de la 3.^a en Arica, no dejó que desear; lo mismo podemos decir del cadete Camus, del teniente don Luis Felipe Camus, el alegre y valiente Ñato Camus, de quien hay que hablar, cuando del 3.^o se conversa.

Los subtenientes Merino, don Quiterio, Jovino E. Orellana, acompañan a Camus y a Guzmán.

Cierran la masa del 3.^o de línea los Cazadores del capitán don Pedro Novoa Faez y del teniente don Ismael Santiago Larenas, dos buenos oficiales, cruzadores y alentados para toda clase de trabajos.

Don Gregorio Silva, el Manco, cargaba en ese día los galones de capitán ayudante; y tanto fue su esfuerzo en el asalto, que don Pedro Lagos, escaso para enaltecer a los suyos en los partes oficiales, en el de Arica especialmente lo mencionó.

Y mientras aquel denodado cuerpo, se entrega al sueño, descanso que para muchos va a ser el último que en su vida se den, hagamos nosotros una excursión por el Ciudadela que a poco más de mil pasos de ahí se alza, defendiendo cual avanzado guardián, a la plaza por ese lado.

Encimando un mogote o montículo, tenemos al bien construido reducto enemigo; cuadrilongo, foseado por sus costados norte y oriente; que está cortado a pico por su flanco poniente; abriéndose su portalón en la extremidad de la murada de este mismo costado, casi en su esquina sur.

Desde su base aquellos muros han sido construidos con sacos de arena, pero aquel trabajo ha sido ejecutado a conciencia; las húmedas camanchacas ariqueñas han solidificado bien esas defensas, que cuentan más de un año.

La murada del oriente es nacha, tanto cuanto es necesario para soportar los tres poderosos cañones que lo defienden: dos piezas Parrots de a 300 y un Voruz de a 70.

En el centro y bajo tierra, perfectamente construida, está la Santa Bárbara; repleta de pólvora, dinamita, munición gruesa de artillería y de fusil; cerca de cada una de las piezas, listas siempre y convenientemente arregladas, en orden perfecto que el coronel don Justo Arias Aragües vigilaba estrictamente, se ve toda la munición que necesitan los cañones y la tropa.

Y para terminar la defensa, las casamatas estaban preparadas con mechas de tiempo e hilos eléctricos con baterías adentro y fuera de aquel bien fortificado recinto.

Los muros se levantaban sobre el nivel de la montaña más o menos 6 metros; sobre la plataforma del oriente y un tanto al sur, flameaba en alto y poderoso mástil, una grande y

magnífica bandera peruana que la brisa de aquella mañana, junto con el soplo huracanado del asalto, por última vez en la vida de aquel enemigo pueblo, hizo flotar al aire sus colores en esa cumbre donde jamás volverá a izarse, porque así lo quisieron los hijos de Arauco.

Manda este reducto, donde pueden alojar cómodamente más de 500 hombres, el verdadero héroe peruano de Arica, a quien en verdad pertenece la gloria de esa defensa, el ilustre coronel don Justo Arias y Aragües, viejo y bizarro soldado oriundo de Tacna, bueno como el pan, y a quien en Arica se le nombraba con el cariñoso apodo de Don Justito, y que murió sin rendirse, viviendo al Perú.

Con aquel bravo viejo defendían la honra de su patria y del terruño en el Ciudadela, los batallones Granaderos de Tacna y Cazadores de Piérola, que sumaban entre ambos, de capitán a paje, 471 hombres, y con los jefes superiores, oficiales y sirvientes de las piezas, llegaban a 514 individuos contados desde el coronel Arias al cholo que confeccionaba el rancho.

En la noche víspera del asalto, es decir, en la del domingo 6 de junio y en la alborada del 7, el servicio se hizo como de costumbre, sin que los jefes de la plaza, ni los del Ciudadela, sospechasen que 900 y tantos hombres enemigos velaban su sueño, allí cerca a un escaso kilómetro de distancia.

El coronel Arias, a pesar de su militar vigilancia, nada sospechó. Los terceros de Chile agazapados y en profundo silencio, esperaban intertanto la hora del asalto.

Los peruanos, sus centinelas y los que velaron aquella noche, pudieron, como en las anteriores, ver en las alturas de Azapa los fuegos de los ya vacíos campamentos chilenos.

El enemigo estaba tranquilo y dormido en sus bastiones; eso era lo que el puma chillanejo necesitaba; eso lo que había conseguido el coronel Lagos; adormecer al enemigo para entre aclarando asaltarlo y rendirlo.

* * *

¡Cuántos gratos, a la vez que tristes recuerdos, no evoca en mi alma el nombre de Juan José San Martín!

Era un niño, el que esto narra, cuando en 9 de diciembre de 1874, llegó a Santiago el 4.º de línea y con él de capitán de la compañía de Cazadores don Juan J. San Martín.

Figuraba como teniente también del bizarro 4.º de línea, don Pedro Onofre Gana y Fernández Romo, hombre de corazón e íntimo y leal amigo de San Martín, de aquel soldado sin tacha y narrador constante de su vida y de su gloria. El teniente Gana, viejo amigo de los míos, me presentó al pundonoroso capitán del Cazadores del 4.º, al soldado de las campañas de Arauco, al héroe de Traiguén, a San Martín.

Y desde principios de 1875 hasta que estalló en 1879 la guerra del Pacífico, a pesar de la diferencia de edad que existía entre esos dos distinguidos oficiales y el humilde servidor de

mis lectores, que entraba a los 20 años en 1875, la amistad más íntima nos unió durante esos cuatro años, que recuerdo con supremo agrado; de ellos queda en mi ser el perfume de discretos y delicados consejos que me dieran San Martín y Gana, y que la experiencia de la vida han hecho que los aprecie más a medida que transcurre el tiempo.

* * *

Fue Coihueco quien tuvo la honra de ver nacer a Juan José San Martín.

La tierra de O'Higgins, El Grande; la de Lagos, de Vargas Pinochet, de los Almarza, Rodríguez, Ojeda, Chillán, cuna de soldados, de servidores públicos, de héroes, fue la del comandante del 4.º de línea del indomable y patriota hijo de Coihueco, don Juan José San Martín.

Coihueco tiene desde 12 de agosto de 1887, título de ciudad, y su nombre se grabó en la historia desde 1840, año en que nació el hijo predilecto de sus montañas, el comandante del bizarro 4.º de línea, don Juan José San Martín, en honrado y modesto hogar.

Los San Martín son oriundos de Chillán; en 1810 vivía tranquilo en esa ciudad un viejo oficial inválido de ese nombre, que contaba tantos años de servicios como de edad y que reputación tenía de valiente, según lo reza su hoja de servicios.

¿Desciende de ese añoso y militar tronco nuestro comandante del 4.º?

No lo sabemos; posiblemente su sangre era limpia, porque aquel leal, y valeroso soldado fue siempre bueno, honrado y caballeroso.

En su alma no se anidó jamás ni la emulación ni la envidia.

La pasión de su vida, el amor de su existencia fue su regimiento, su 4.º de línea. Su padre, y mentor, el espejo en que copiara fielmente los actos de soldado sin miedo y sin tacha: don Pedro Lagos que lo filió legionario del 4.º en 12 de octubre de 1854.

El 7 de junio de 1880, el día de su muerte tranquila y dulce, porque «creía haber cumplido» las órdenes de su coronel Lagos, el comandante del 4.º tenía 40 años y 26 de buenos y probados servicios prestados a Chile en las campañas de 1859, en las de los españoles en 1865 y 1866; en las de Arauco hasta el año 1875 y por fin en la del Pacífico desde Calama en marzo de 1879 al Asalto de Arica en 1880.

Su cuerpo en que la bala, la lanza y el sable, habían dejado honrosas huellas, y los partes oficiales de las victorias de Chile dan constancia de que San Martín era alentado soldado, honrado, pundonoroso, disciplinario y justo.

Los que fuimos amigos de aquel hombre cultísimo, no olvidaremos jamás su marcial figura, su simpática y atrayente fisonomía.

¡Era el tipo del soldado chileno patriota y severo; amante de su patria, idólatra de sus glorias!

Los que sobreviven de aquella lejana edad recuerdan aún el placer intenso con aquel joven soldado instruía a sus Cazadores; y como él mismo, corneta en mano haciendo vibrar ese guerrero instrumento mandaba la maniobra que aquellos hombres ejecutaban militar y correctamente.

Pero no siempre la victoria coronó la frente de nuestro héroe; que también su alma levantada y enérgica, sintió el peso horrible de la derrota que sin embargo, no doblegó su altivez, ni desmedró su fama de valiente.

El 26 de abril de 1868, el capitán de Cazadores del 4.º, San Martín, marchaba a la vanguardia de descubierta de una pequeña división que al mando del comandante don Pedro Lagos, expedicionaba a objeto de castigar a los indios de la reducción de Huaiquiñir.

Componían la descubierta 20 infantes del 4.º y 20 granaderos a Caballo al mando del alférez don Walericio Argomedo, tres lleulles y dos indios amigos y el lenguaraz araucano don Manuel Curinao; cuarenta y siete hombres, contando los dos oficiales.

Lagos y su pequeña división partieron de Chiguaihue con dirección al sur en demanda del enemigo, a quien suponían en el río Traiguén al cerrar la noche del 24 de abril del año citado de 1868.

San Martín al frente con su descubierta; Lagos a retaguardia con «poco más de cien hombres: 40 infantes del 3.º de línea, 30 del 4.º; veinte granaderos a caballo, quince lleulles (cívicos de caballería) y un guía»; marcharon sin descanso toda la noche.

Habríamos querido narrar paso, por paso este desconocido y gigante combate en que el valor y energía de Lagos y la bravura y disciplina de sus hombres, salvó su nombre y el de San Martín, pero no tenemos espacio ni tiempo, así suprimiremos los detalles para decir que al hacer alto en los llanos de Quechereguas, Lagos fue atacado vigorosamente por poderosas partidas de araucanos que como siempre cargaban con furia imponderable.

Lagos y los suyos sostuvieron y rechazaron ese taque y otro y otros más; hasta que al fin vencido el enemigo pudo emprender la retirada conduciendo todos sus heridos.

¿Y San Martín y sus hombres qué se habían hecho?

Cuando Lagos, por en medio de la tupida selva, se retiraba guiado por prisioneros mapuches, a quienes bajo la amenaza de fusilarlos, obligó a indicarles seguro sendero; de la enmarañada y secular montaña salieron un cabo y dos soldados; uno de ellos vive aún, José Jil Sánchez, que fue herido de lanza en esa acción; Lagos enmudeció por un instante; la palidez de aquellos soldados que traían hechos jirones sus uniformes era la comprobación del desastre, de la derrota de San Martín, de su vanguardia.

Don Pedro mirando al cabo dijo:

-¿Qué es de su capitán?

-¡Muerto! -contestó el cabo con voz apagada, y agregó:- ¡Muertos todos, mi comandante!

Un rayo que hubiera caído encima de Lagos no habría hecho más mella en don Pedro.

¡San Martín, sus Cazadores, Argomedo todos habían perecido!

La columna de Lagos continuó la retirada; la noche sombría, oscura, cubrió aquellas selvas y el sueño dominó aquellos hombres.

Todos dormían, menos Lagos, que atento a todo vigilaba y cuidaba con paternal cariño a su tropa.

De súbito resonó en el silencio de la noche y de la montaña la voz argentina, potente de un centinela: ¿Quién vive?

-¡Chile! -respondió otra voz clara y serena, varonil.

-¿Qué batallón?

-Cuarto de línea -replicó el recién llegado.

Todo el mundo instantáneamente «se puso de pie; al mismo tiempo San Martín llegaba al medio de ella, atada la frente con un pañuelo ensangrentado que le cubría ancha herida» acompañado de Curinao y de cuatro cazadores más del 4.º

Don Pedro, reposadamente con voz enérgica, potente, severa, preguntó:

-¿Dónde está su tropa, capitán?

-Ha sido aplastada por un número diez veces mayor -contestó San Martín.

-Pase Ud. a la prevención -agregó Lagos.

Ni una sílaba más, ni un reproche. Lagos y San Martín habían cumplido los dos con su deber de soldados y de chilenos; la responsabilidad de aquella tristísima jornada pesaba sobre ambos; los dos también cuando la luz se hizo, recibieron el aplauso de sus compañeros de armas y la admiración cundió alrededor de esos hombres.

En el río Traiguén quedaron treinta y nueve veteranos, mudos testigos del esfuerzo imponderable de los soldados de Chile.

Allí murieron el alférez don Walericio Argomedo y el primero Contreras, de Chillán, como su capitán y bravo como todos los hijos de esa provincia.

San Martín había combatido sin descanso y su tropa desaparecido. El sumario minucioso y severo, que don Pedro Lagos, ordenó levantar, dejó a salvo el honor militar del capitán de Cazadores del 4.º, del heroico muerto de Arica, que conquistó con su sangre y las de sus invencibles soldados. El Morro, la ciudad, la llanura, las provincias de Tacna y Arica para su patria, para Chile.

Ése era San Martín, el jefe que iba a llevar al regimiento 4.º de línea a la victoria o a la muerte.

* * *

Veamos ahora quiénes ayudaban al veterano de Arauco a compartir el comando; cuáles sus capitanes y demás oficiales subalternos, clases y soldados.

Otro viejo soldado del 4.º que, como San Martín, no conoció más hogar militar, hasta que cayó envuelto en la vorágine de 1891, lucía sobre sus hombros las presillas de mayor que llevó siempre bien, que fue disciplinario, valiente y de buen juicio, don Luis Sólo Salvídar, cadete y cuartino, nada más.

Don Lucho, como lo nombraban los del 4.º tenía buena hoja de servicios en junio de 1880; su actuación en el combate de Traiguén en abril de 1868, y la elección que el Comandante don Pedro Lagos, hizo del teniente Zaldívar, para que mandara a los Granaderos en reemplazo del teniente don Francisco Javier San Martín, que en la acción nombrada había sido mortalmente herido, prueban que don Luis Sólo Saldívar, tenía desde antaño pactos con el denuedo y el sacrificio.

En 1879, cuando se inició la guerra, más bien dicho, el 5 de abril del citado año, el capitán graduado de sargento mayor Salvídar, mandaba una de las compañías del 4.º, y el día antes el 4, celebraba la boda de plata militar, los primeros veinte años de servicios, vigiliadas y pobreza.

Don Luis, ingresó a la Escuela Militar el 4 de abril de 1859; el 2 de febrero de 1864 salía al 4.º de subteniente.

En 1891, después de 32 años de duro guerrear, fue retirado como coronel efectivo: orlaban su pecho hermosas condecoraciones y en sus barras se leían: Antofagasta, Pisagua, Dolores, Tacna, Arica, Chorrillos, Miraflores.

Éste era, el jefe del 4.º, que recogería la herencia de San Martín, en Arica, coronando la obra de su viejo camarada y amigo con la más espléndida victoria.

Sentimos en verdad, un vuelco en el alma, cuando al narrar estas épicas acciones recordamos a tantos veteranos a quienes aún nos parece ver en el vivac alegres, decididos y sonrientes, bromeando con la muerte y el peligro.

¡Y cómo han raleado esas filas! ¡Cómo las duras penalidades de la campaña y por qué no decirlo también, y los dichosos días pasados en la Capua americana, en la soberbia, rendida

y encantadora Lima, que por más que se diga, no despreció al vencedor Ejército y Marina de Chile, se han llevado decíamos a la gran mayoría de aquella noble, valiente y brillante pléyade de servidores de la República!

Duermen ya el sueño del eterno reposo, Baquedano, Riveros, Lagos, Los Sotomayor, Condell, Velásquez, Isidoro Errázuriz, Los Wood, Maturana, Lynch, Lillo, José F. Vergara Amunátegui, Orella, Saavedra, Urrutia, Altamirano, Allende Padín, Stuvan, Cortés, Barceló, Fuenzalida, Jovino Novoa, Muñoz Bezanilla, Los Soto Aguilar, Molina, Gaona, Joaquín Godoy, J. M. Novoa Gutiérrez, Letelier, Bulnes, Amengual, Urriola, A. Martínez, Federico Valenzuela, A. Silva V., Díaz Muñoz, Gana y tantos otros soldados, civiles y marinos que sirvieron con brillo, con entusiasmo a la patria, en aquella colosal guerra.

Jefes de cuerpo sólo viven los generales Canto y Holley; del Santiago arrastra la vida, pérdida la salud don Estanislao León que tiene un brazo y treinta años de coronel; Guillermo Zilleruelo, ciego desde Chorrillos, no es sino teniente coronel; don Federico Castro, segundo del 3.º en Miraflores no luce presillas de coronel; don Domingo de Toro Herrera que en marzo de 1879, formó la Brigada de La Recoleta, que fue en abril Chacabuco, batiéndose en toda la campaña, no tiene sino el título de coronel movilizado; don Lucio Martínez, vive en el retiro de su hogar, como coronel hace más de veinte años.

El Senado, mediante la patriótica actitud del señor Ricardo Matte Pérez, ha hecho buena justicia con don José María 2.º Soto, dejándolo lucir las palas de general; Soto, por lo demás, en Chorrillos recibió honrosa herida que perforó su pecho en el centro.

¡Y no queremos recordar aquí los que se llevó el turbión de 1891, porque esos fueron tantos!

San Martín movió su campo en la noche, como ya hemos dicho: su regimiento contaba en ese momento 886 hombres; ni uno más ni uno menos, de comandante a tambor.

Si alguna vez el 4.º pudo marchar calladamente, fue en esa histórica noche; porque con el mayor sigilo, con el cuidado más especial se movió, en demanda de su última colocación.

Exactamente el 4.º y el 3.º hicieron lujo de silencio, de cuidado para tomar su posición de ataque.

Todos los oficiales cuidaron, solícitamente, que esa maniobra se hiciese en conformidad a las disposiciones de Lagos; y todo el mundo, al romper la marcha postrera, tomó con la mano izquierda la vaina de metal de los yataganes, para evitar así el ruido que esa arma produce al andar y que el silencio de la noche transmite con rara facilidad.

El capitán de ingenieros, don Enrique Munizaga, que como Campo y Salcedo, habían recibido especiales órdenes de don Pedro, que fielmente cumplieron, acompañó y condujo al 4.º con Avenilo Vellagrán, teniente de este último regimiento y esforzado soldado, en este movimiento; hicieron aún más, porque de orden expresa de San Martín, avanzaron un tanto sobre El Este aprovechando la tétrica obscuridad que envolvía la montaña y el baluarte enemigo.

El Este levantaba su pesada silueta sobre la izquierda del Ciudadela a unos 800 metros al sureste; no quedaba el fuerte enemigo perfectamente en la recta norte sur del Ciudadela, sino un poquito cargado al mar.

Cuadrado, con sus flancos matemáticamente orientados al compás; foseado por el oriente, con espesos y bien asentados muros de sacos de arena, El Este era un reducto formidable, armado con tres poderosos cañones Vorus, de a cien, giratorios; más bien dicho dispuestos de modo que pudiesen disparar sobre el mar y hacía Azapa; recordaremos aquí que Elmore hizo a estos reductos reformas tales que los constituyó en inexpugnables fortalezas.

Por de contado que las minas, redes eléctricas y polvorazos, poblaban a El Este, como al Ciudadela, Morro, Cerro Gordo y cuanta trinchera existía todo dirigido y construido con amor por el patriota y distinguido profesional Elmore; que, para mayor eficacia y seguridad, colocó en cada reducto una batería eléctrica. Y en la Ambulancia, bajo bandera de la Cruz Roja, ubicó el centro infernal y eléctrico de toda aquella magnífica red, que en el momento y tiempo oportuno, haría volar a todo Arica, nivelando el Morro y haciendo desaparecer ciudad, vecindario y ejército peruano y chileno.

El Morro y sus fuertes albergaban en sus entrañas, en el seno de sus bien preparadas minas, 250 quintales de dinamita; amén de la pólvora de cañón y de otros explosivos más que, Montero, había entregado a Bolognesi, con la siguiente nota:

«¡Es preciso hacer volar a Arica con todos sus defensores y todos sus asaltantes!

¡Necesitamos un hecho, que como el estertor de la muerte, sacuda hasta las últimas fibras del corazón de la patria!»

¡Qué hermosas palabras, qué grande y magnífico consejo! ¡Por desgracia, en Arica no vivía, ni se conocía, al peruano capaz de tal audacia, de tan sublime energía!

Y para el caso que fallaran las baterías eléctricas, el enemigo tenía también mechas de tiempo, de las comunes usadas por la industria minera, que parece fueron las que en verdad sirvieron para volar el Ciudadela y San José.

Las casas matas del Este daban hospedaje al coronel Varela y a su batallón el Artesanos de Tacna; cuyo efectivo en el día de la batalla alcanzaba a 426 individuos de capitán a paje; con los artilleros y demás gente de servicio «El Fuerte Este» encerraba en su recinto a 500 hombres mal contados, -armados de Peabory, bien alimentados y cuidados; buena tropa y con inmensa abundancia de munición de cañón y rifle.

Tras, El Este, se levantaban una solución de reductos y trincheras unidas; defendidas entre sí, que llegaban a 18; de ellas, seis eran fuertes de verdad; las demás, es decir, las doce

restantes, trincheras o parapetos para impedir, sujetar el asalto y tener campo de tiro fijo, de manipuesto, desde los muros de los fuertes.

A retaguardia de Este se veía El Morro Gordo, reducto un poco más chico que el primero, y tras éste; perfectamente al norte otra defensa igual, que presentaba uno de sus costados al pueblo y al río Arica.

Al sur del Morro mismo de la gran plazoleta que encerraba las baterías grandes de la fortaleza, las que tenía encargo de defender Moore, Espinosa y los sobrevivientes de la Independencia, ostentaban sus baterías cuatro fuertes encadenados, unidos entre sí por trincheras paralelas al Este y Cerro Gordo, con campo de tiro al mar, al sur y al oriente las de La Lisera; el que estaba más al norte, al este del Morro, defendía también a San José y podía barrer con sus cañones todo el granadal; la que también perfectamente al poniente de El Este.

Las fuerzas enemigas que defendieron El Ciudadela, Este, Cerro Gordo y fuertes de la Lisera, fueron las de Inclán, la 7.^a División, por la cual este jefe fijó su punto de combate en el Este mismo. Estas eran las magníficas posiciones que tenía que acatar y tomar el 4.^o de línea; como se ve, no era negocio baladí ese asalto; su jefe, el heroico y subordinado San Martín, que desde las cumbres que dominan esas baterías había visto y apreciado bien en la tarde del 6, la cadena poderosa de reductos que había que asaltar, no temió ni dudó por un sólo momento del triunfo, porque nadie mejor que don Juan José, para aquilatar el indomable e impetuoso brío de su tropa. Pero temió, sí, que el enemigo cumpliera su promesa de volar todas sus posiciones y sobre todo El Morro, y teniendo presente las formales y estrictas órdenes de su coronel Lagos, reunió a sus capitanes en las primeras horas de aquella última noche de su honrada vida, y les expuso lo que Lagos le había mandado, y al mismo tiempo la forma en que debía efectuarse el ataque.

Pocos hombres en Chile más soldado que San Martín; si no había nacido en el 4.^o, se había criado en él; tenía por su cuerpo, por su carrera, por Chile, el amor purísimo de los grandes corazones, el nobilísimo sentimiento patrio que se anida en el pecho de los bravos.

Hijas de ese amor, que era también una cautela para resguardar a sus hijos, los hombres del 4.^o, fueron las medidas últimas que tomó San Martín, antes de entrar en acción.

Al efecto, como lo hemos dicho, el comandante del 4.^o había mandado a Munizaga y Abelino Villagrán a reconocer el Este; y éstos, cumpliendo su misión, volvían al campamento del regimiento chileno poco antes de las cuatro y media de la mañana.

A Munizaga y Avelino Villagrán les oímos más de una vez narrar esa excepcional y arriesgada operación.

Ambos oficiales eran jóvenes y de alta y elevada talla; la marcha la emprendieron a pie, arrastrándose cual serpientes y orientándose a la vez que por el bulto del fuerte, con los tumbos que el oleaje del mar, no muy lejano producía en las playas y rompientes de La Lisera, que venía quedando a sus izquierdas, es decir, al occidente.

Nuestros dos capitanes recorrieron más o menos dos kilómetros y medio; se impusieron perfectamente de la ubicación del Este, que aparecía rodeado de tinieblas y en el silencio más profundo; y regresaron a su regimiento a dar cuenta a San Martín, de su cometido.

Munizaga y A. Villagrán H. irían pues de guías en el ataque, y marcharían con el mayor Sólo Saldívar y el primer batallón del regimiento.

El 4.º formado en columna cerrada por batallón y a unos tres mil metros del enemigo, reposaba todavía tranquilamente.

San Martín, antes de emprender la marcha y el asalto, reunió a todos sus oficiales y tras breve silencio les dijo:

-Señores, todos sabéis que el campo enemigo está minado; sabéis también que los alambres de esas minas están casi a la vista y que es necesario cortarlos; y para ello sacrificar algunos hombres, que no se ocupen en batirse, sino en destruir los alambres, guías y baterías.

Los que deseen ir a la vanguardia y sacrificarse por sus compañeros, que den un paso al frente.

Como movidos por un resorte, todos aquellos oficiales, sin excepción ninguna, saltaron hacia adelante; todos salieron al frente, pero hubo uno más impetuoso que los demás, que se avanzó sobre todos: el teniente de la 4.ª del 1.º batallón, don Luis Víctor Gana Castro. Lucho Gana, cuyo valor y excelente carácter pocos fueron los que lo sobrepusieron.

San Martín, sobrecogido ante aquella muestra de amor a la patria, a la bandera; de santo compañerismo, designó al teniente Gana para que partiera a la vanguardia del 1.º batallón.

Momentos después, despedía a sus oficiales con estas lacónicas palabras:

-No olvidéis, señores, el número que lleváis en vuestros quepis, y no desamparéis un sólo momento vuestra tropa.

San Martín quedó aún algunos minutos con sus capitanes, con don Luis Sólo Saldívar y los ayudantes don Loredano Fuenzalida y don Miguel Rivera, a quien apodaban El Bonito, por su marcial postura y viril belleza.

En ese momento rodearon al jefe del 4.º los capitanes del 1.º batallón, don José Miguel de la Barrera, que acaudillaba a la 1.ª del 1.º. Barrera era alto, fornido, valiente, sin pretensiones de ninguna clase; Avelino Villagrán H., que mandaba a la 2.ª del mismo; Pedro Onofre Gana, de la 3.ª y Pablo Marchant de la 4.ª del 1.º, como los anteriores.

Los capitanes Gana y Marchant fueron los íntimos amigos de San Martín, sus hombres de confianza, los depositarios de sus alegrías, de sus penas y de sus amores; tenía plena confianza en ellos.

Del 2.º batallón estuvieron también presentes todos: don Menandro José de Urrutia, bien educado, leal, tan valiente como bueno para una zambra, como para el más culto sarao; Pedro Julio Quintaralla, que luego pasó al Chacabuco; Gumecindo Soto que aún era teniente, y Ricardo Silva Arriagada, que estaba al frente de la 4.ª de Cazadores, del 2.º batallón y que tuvo la suerte de capturar y salvar a Sáenz Peña.

La junta fue corta, breve. El mayor don L. Sólo Salvídar, con el primer batallón, llevando de descubierto al teniente don Luis V. Gana C., avanzaría al trote primeramente y enseguida a la carrera, desplegando en guerrilla sucesivamente todas sus compañías y atacaría al fuerte Éste, y enseguida tomaría al asalto todos los demás fuertes y trincheras que seguían al nor-poniente; es decir: Morro Gordo y los dos siguientes reductos, llegarían al recinto fortificado del Morro, harían alto y en unión con el 2.º batallón, cuyo mando se reservaba el mismo San Martín, rendirían la última gran fortaleza.

Al efecto, el 2.º batallón oblicuaría a la izquierda acercándose a la costa; atacaría y tomaría los cuatro fuertes y respectivas trincheras y al llegar al Morro, unidos con el 1.º batallón, rendirían conjuntamente el último baluarte enemigo.

San Martín, tocaría alto al fuego, cuando todo su cuerpo estuviese frente a los bastiones del Morro, al llegar a la gran plazoleta.

Este fue el plan del 4.º de Línea, el de San Martín.

Terminada esta postrera conferencia, de la que sólo viven tres capitanes, los señores Pablo Marchant, Ricardo Silva Arriagada y Pedro Julio Quintavalla, San Martín agregó:

-Señores, felicidad y cada uno a su puesto.

Ricardo Gormaz, teniente de la 1.ª del 1.º, soldado que tuvo la honra de pelear en Arica y de recibir de frente en Miraflores y en pleno rostro, bajo el ojo izquierdo la herida más linda que puede ostentar un veterano y un viejo cuartino, con Juan Rafael Alamos, Carlos Aldunate Bascuñán, José Ignacio Bustamante y Julio Pasiente de la Sota, compartieron en el 7 de junio de 1880 las responsabilidades del ataque, del asalto y de la victoria, con el capitán La Barrera en la 1.ª del 1.º. Cargaron a vanguardia esos muchachos, cuyas hazañas ya vamos a narrar.

Don Juan Urreda, el Chico y veterano don Juan, viejo en el 4.º, más no en edad y bravo y sereno oficial; Casimiro Ibáñez, el alegre y decidor Roto, que cayó más tarde en otro Morro, El Solar, que morros buscó siempre nuestro enemigo jurado de tres centurias para guarecer su pecho y su púnica conciencia; Martín Bravo, talquino, que supo mantener los fueros de Talca y de su apellido; Luis Víctor Gana C., que desde Calama hasta las agrestes sierras incaicas levantó su nombre y el de Chile; y José Antonio Contreras, son los otros tenientes del 4.º que van a ofrendar su sangre y sus alientos en el asalto, que ya se viene encima con la tenue luz del alba.

Y porque no nos sorprenda el enemigo, sólo agregaremos que en el alegre gremio subtenientil formaban también al lado de Marchant, Gana, Villagrán, Silva, Arriagada y

demás capitanes del querido 4.º, del que iba a ganar el honroso nombre de Arica, 4.º de línea, partida de bautismo laminada en las laderas, fuertes y Morros de Arica, con el buril de acero de sus bayonetas; con la altiva pujanza araucana de la raza; con la sangre generosa de San Martín, Aguirre y de cien más oficiales, sargentos, cabos y soldados para honra de Chile, y que en hora desgraciada se borró, olvidando que la historia no perdona esos delitos; formaban, decíamos, Alberto de la Cruz González, un niño débil de cuerpo, pero no de alma, que pescó una bala en esas laderas y que andando la vida, esgrimió la pluma de talentoso escritor; Genaro Alemparte, a quien absolutamente invalidó otro proyectil; Francisco Ahumada de la 2.ª del 2.º que perdió un brazo en esta acción famosa, desarticulado brutalmente por peruana bala dentro de los fuertes enemigos.

Ahumada después de largos meses de martirio, salvó la vida merced a los solícitos cuidados que se le prodigaron en el Hospital Matte; institución que don Domingo Matte y sus hijos todos, mantuvieron durante los gloriosos y amargos días de la guerra, para cuidar espléndidamente a nuestros heroicos heridos, pagando así, hermoso tributo a los que conquistaron para la República las ricas provincias de Tarapacá, de Tacna y de Arica.

Ahumada, decíamos fue curado ahí y la poderosa sabia juvenil que lo alentaba, aunque no bien sano, lo volvió al Perú en enero de 1881, a la Sierra, a Huamachuco, a Arequipa, sirviendo a Chile mutilado como estaba. Hoy, anciano, decrepito y pobre, no tiene más galones que los de Sargento Mayor sin que nadie se acuerde de él.

Con Silva Arriagada, están los subtenientes Miguel E. Aguirre, Alcides Vargas y Celedonio Moscoso.

Marco Antonio López, Marquitos, nieto del viejo y bravo entre los bravos don Agustín López Alcázar y Salvador Larraín Torres, acompañan al hidalgo capitán don Menandro José de Urrutia.

Con Francisco Ahumada, van también Juan Rafael Alamos, hermano de Gabriel, Ildelfonso, de Juan Manuel, hijos todos del honrado don Benito, viejo patriota y un león en la batalla, que con sus hijos se fue a la guerra a pelear, a vencer o a morir.

Hoy, los Alamos viven sólo en la historia, en la que dejaron escritas páginas que deben leer siempre los soldados de hoy y de mañana, para que reemplen sus almas, y sepan como se han conquistado, para siempre, las provincias de Tacna y Arica.

Víctor López Amunátegui, El Choco López, es compañero de Ahumada y de Alamos y de Avelino Villagrán H.

Carlos Lamas García, juvenil institutano que deja las aulas y las comodidades de su hogar, es cazador de la 4.ª de Pablo Marchant y a Lamas García en el asalto, en el ataque lo hirió proyectil enemigo.

Vicente Videla, Agustín Benítez, José Ignacio Bustamante, Celedonio Moscoso y Alcides Vargas, cargaban también galones de subtenientes.

Emilio Aninat, peleó de abanderado en la plana mayor.

Esta era la oficialidad del 4.º de línea que acaudillaba San Martín y Sólo Saldívar; la que ganó para su regimiento el nombre glorioso de Arica 4.º de línea que es tiempo ya se devuelva a ese batallón, para que los conscriptos de hoy se enorgullezcan más de su cuerpo.

* * *

Demos antes del asalto que ya se acerca, porque pardea la oscura noche por el oriente, una vuelta por la dormida plaza.

En el Morro, esa noche han pernoctado don Francisco Bolognesi, jefe supremo de Arica; el capitán Moore, Espinoza, La Torre y Alfonso Ugarte, que allá cerca de las 3 partió al bajo, a la punta del Chinchorro a buscar a Zavala y a Sáenz Peña, es decir al Iquique y al Tarapacá de donde cumplida su comisión volvió otra vez al Morro.

Inclán y don Justo Arias y Aragüez velaban en los avanzados fuertes del Este y Ciudadela, que serían sus tumbas y los pedestales de su gloria póstuma, que la historia del Perú les ha negado.

Francisco Chocano, Mariano 2.º Bustamante, Francisco y Benigno Cornejo, Armando Blondel y demás jefes enemigos dormían esa noche en sus puestos sin imaginar que el combate final estaba ahí, encima casi de ellos.

Pavorosa, lúgubre tranquilidad dominaba los fuertes, trincheras y reductos enemigos; y «en medroso silencio, los sitiados, con el sueño olvidaban sus fatigas».

* * *

En el campo chileno, en verdad, la mayoría dormía a pierna tendida; semienterraditos en la suelta arena nuestros hombres reponían con el sueño las fuerzas perdidas en el día y de la que tanta necesidad iban a tener.

Sólo un hombre no durmió, no pegó los ojos: don Pedro Lagos, que veló la noche entera, que pasó conversando, charlando con sus ayudantes a la vez que vigilando a sus tropas.

En los días de acción, de batalla, Lagos se transformaba.

«Sus arreos eran las armas. ¡Su descanso el pelear!»

Así, más o menos a las 5 de la alborada del 7 de junio, quizás minutos antes, llamó don Pedro Lagos, el Ayudante general del general en jefe, único dirigente y responsable del Asalto y toma de Arica, que se ejecutó según plan formado por él únicamente, y personalmente por Lagos dirigido, a su ayudante capitán don Belisario Campo, hoy general retirado del Ejército y le dijo:

-Ordene Ud. al comandante Castro cargue sobre el Ciudadela con su regimiento y me da cuenta de la conducta del comandante.

Como se ve, el coronel Lagos, no temía por la conducta del 3.º de línea, ni de los señores don José Antonio Gutiérrez y Federico Castro; pero cauteloso, conocedor de los quilates guerreros del primer jefe, de don Ricardo Castro, ordenaba a su ayudante vigilase a don Ricardo y le diese cuenta.

El capitán Campo, saltó de su caballo, y loma abajo se dirigió en busca del jefe del 3.º de línea, de don Ricardo Castro. Y mientras, don Belí, el Huaso Campo, como en todo el campamento, en el ejército y en la marina se denominaba al capitán Campo, baja la loma, llega a la hondonada, sube el repecho y encumbra la cima del mogote, en cuya occidental falda se encuentran los niños del 3.º, asistamos nosotros a otra curiosa escena que entre los jefes del Tres se desarrollaba.

En columna cerrada por compañías, hemos ya varias veces repetido, se encuentra el 3.º de línea; son ya las cinco de la mañana; las estrellas principian a perder su brillo y su dulce titilar disminuye rápidamente; huye la pavorosa noche y la aurora quiere asomar al oriente; hacía el norte, y por todas partes, se aproxima la dulce claridad del día. Estamos en el preciso momento en que va ya a nacer el 7 de junio.

Y éste es precisamente el momento en que, el comandante don Ricardo Castro, debe iniciar el movimiento y emprender el ataque; y sin embargo, don Ricardo, aún no se mueve, ni piensa en lanzar a su bravo regimiento al asalto.

Don Federico Castro, sargento mayor del cuerpo que manda el primer batallón, se dirige con don José Antonio Gutiérrez donde su comandante y le dicen «que la hora del combate ha llegado, que si no da la orden de atacar, la luz del día va a descubrir su presencia al enemigo y el ataque se frustrará».

¡Don Ricardo Castro declara que aún no es tiempo de hacerlo, que esperen; y disculpa su miedo, su absoluta falta de civismo con que aún no es tiempo!

En ese preciso y solemne momento, en que los bravos comandantes don José Antonio Gutiérrez y don Federico Castro, piden a su jefe dé la orden de marchar, llega el ayudante Campo, del coronel Lagos y ordena al comandante don Ricardo Castro, cargue con su regimiento, en cuyas filas ya todos saben, que su jefe se quiere quedar atrás en la hora suprema del sacrificio.

Y don R. Castro elude al ayudante de Lagos el cumplimiento de la terminante y severa orden que se le da.

El mayor don Federico Castro, con rabia concentrada y con severa calma exclama:

-Señores, la responsabilidad del ataque no son sólo tuyas, yo también tengo que responder de mi regimiento y de mi nombre, yo no espero más, ¡yo ataco!

E incontinente se puso al frente de su tropa y cargó.

El comandante don Ricardo Castro no desplegó sus labios: el miedo sucio, serval lo dominó por completo.

Fue inútil que don José Antonio Gutiérrez, que Campo y don Gregorio Silva le increparan su conducta, porque don Ricardo Castro no desplegó sus labios ni dio tampoco a Gutiérrez orden de partir.

-No sea Ud. cobarde, so... -exclamó el capitán Campo-, cargue, no enlode sus galones - agregó Campo.

Don José Antonio Gutiérrez miró con desprecio a su comandante y partió de trote con el 2.º batallón y con Campo que ya no abandonó al 3.º en el ataque al Ciudadela.

En esos momentos aún no aclaraba bien; serían las 5:20 minutos de esa alba y serena mañana del 7 de junio de 1880.

Unámonos a don Federico Castro y a su primer batallón; pidámosle un puesto histórico a su lado.

El 3.º estaba en la faldita de la loma; el mayor don F. Castro con voz seca ordenó al capitán don Pedro Antonio Urzúa: despliegue su guerrilla y al trote, ligero sobre el Ciudadela.

Urzúa y sus oficiales con rapidez asombrosa y como en doctrinal ejercicio ejecutó aquel movimiento y se lanzó cerro abajo al trote; llegó al fondo de la arenisca y suelta hondonada y con paso firme principió a trepar la ladera del frente en cuya cumbre estaba el Ciudadela. Alientan a los niños de la 1.ª del 1.º José Ignacio López, Meyer y Silva Olivares.

Al capitán Urzúa le sigue el Paisano Fredes con Salvador Urrutia, Emilio Merino, P. N. Wolleter y Juvenal Barique a paso de carga también imitan el movimiento de la 1.ª del 1.º

Las compañías del primer batallón del Tres, en mucho menos tiempo del que gastamos en describirlo están todas en el terreno, adentro de la zona de ataque, próximas al fuego que aún no rompe el Ciudadela.

Ricardo Serrano que es impetuoso, valiente y que tiene siempre en la mente a su hermano Ignacio, a quien no sólo trata de imitar sino de sobrepujar; y Tristán Chacón, el inolvidable Chaquet, chico de cuerpo y con alientos asombrosos de gigante, toman con sus unidades sus puestos de combate a retaguardia de Urzúa y de Fredes.

El primer batallón con su mayor don Federico Castro está ya en el terreno; sus guerrillas, conservan las distancias tácticas, y aquella rápida y silenciosa maniobra la ejecutan esos soldados con la frialdad que imprime a sus movimientos la tropa de línea veterana y bien instruida; que para faena tal, don Ricardo Castro, era número uno, así como para luchar, ¡cero!

El primer batallón cargaba sobre el flanco sur y el costado oriente del Ciudadela; ese fue el objetivo que vio con la aurora del 7 de junio el batallón de don Federico Castro, que tenía a su frente.

Don José Antonio Gutiérrez, como hemos narrado, sólo para salvar a su comandante había, por instantes, retardado su avance; que emprendió con la altivez que le acompañó toda su existencia, sin miedo ni trepidación.

Gutiérrez, dejando sólo y a retaguardia al comandante don R. Castro y a su ayudante, avanzó con el 2.º batallón del denodado Tres, no a retaguardia del mayor don Federico Castro, sino que oblicuando sobre su izquierda, cargó con rabia y al trote sobre el poniente del poderoso Ciudadela.

Marcos José Arce y el cirujano Wolleter, cariñoso apodo del capitán Rodolfo Wolleter, salvaron impávidos y en perfecto orden el espacio que tenían que recorrer para iniciar la subida del montículo en que se asentaba el Ciudadela.

Con Wolleter van el teniente don Adolfo González, y los subtenientes don Ricardo Jara Ugarte, don Ramón Giménez Saavedra y don Emilio Bonilla, que cuidan a su tropa y mantienen con severa altives el buen nombre del regimiento.

Wolleter llega al fondo de la lomada y al trepar la ladera del poniente hace un pequeño alto, descansa un momento su gente, toma apenas un respiro y sigue en demanda de su objetivo.

Gutiérrez que tiene plena confianza en su capitán ayudante don Gregorio Silva le entrega la 3.ª y 4.ª compañías del 2.º batallón, con orden de, al trote y siempre oblicuando, tome la retaguardia del fuerte para cortar la retirada al enemigo y que nadie escape.

Don Gregorio se pone al frente de las compañías nombradas, y ayudado eficaz y valientemente por Guzmán y Novoa Faez, con Luis Felipe Camus, Ismael Santiago Larena, Quiterio Riveros y Orellana despliega sus guerrillas con rabiosa ligereza y se lanza oblicuando, dejando a su derecha a las seis compañías de la vanguardia, sobre la retaguardia del fuerte enemigo.

Y ya tenemos al 3.º en la zona de ataque; las primeras hileras están muy cerca del Ciudadela y aún el enemigo no respira, no siente a la muerte que cautelosamente lo asecha.

De súbito los tercerinos divisan allá, al sur poniente, sobre su izquierda, en la cima de la montaña, como pegado al cielo, aún está oscuro, brillar una luz, y luego otra, otra y otra; y cien mil relámpagos alumbran la atmósfera, la tierra, la montaña y el mar.

Es el fuerte Este, que ha sentido al 4.º de línea que se le viene encima y rompe sus fuegos.

Son las 5:30 de esa inmortal mañana, de aquel lunes 7 de junio de 1880, en que con sangre y con las afiladas bayonetas del 3.º y 4.º de línea, se inscribió el «Estado Civil de Arica» en el protocolo del notariado chileno, que nadie puede negar y sobre el que no cabe litigio, porque Chile, no lo acepta.

En el preciso, en el mismo instante, a la vanguardia del primer batallón del 3.º un centinela peruano le da «¡El quien vive!» con voz que repercute en el silencio de la dormida noche.

Los hombres del Tres al ver primero los destellos de luz de que damos cuenta, y luego oír el estruendo horrísono de las grandes piezas enemigas que retumbaron en aquellas quebradas, como ecos doloridos de la desgracia de aquel tradicional y enemigo pueblo, hicieron un alto y un grandioso «¡Viva Chile! ¡Viva Chile! ¡Viva, viva!», resonó magnífico, potente, majestuoso y soberano.

Los cornetas del Tres tocaron a la carga y don Federico Castro con su primer batallón y Gutiérrez con los hombres del suyo, se lanzaron furiosos sobre el odiado enemigo, sobre El Ciudadela.

¡Nadie pensó en minas, ni en polvorazos, ni dinamita!

¡A la carga muchachos, gritaban los capitanes Urzúa, Serrano, Fredes y Chacón!

¡A la carga, exclamaban los tenientes y subtenientes; al fuerte, al fuerte, ponerse bajo batería!

Rompan los sacos, córranles cuchillos, gritaban los oficiales y los sargentos.

¡Los cornetas tocaban cada cuerda sin cesar y el fuego del Ciudadela no apagaba los guerreros acordes de esos instrumentos!

El combate se había iniciado para el valeroso 3.º de línea en magníficas condiciones; a todo esto el enemigo hacía descargas, tras descargas, sobre los asaltantes; tronaban sus grandes cañones y el fuego de rifle se sostenía con bravo empeño por su parte.

El coronel, don Justo Arias Aragües, impávido se pasea encima del muro que mira al oriente; su marcial silueta se destaca cual gigantesca sombra al iniciarse el asalto, en la penumbra del día que pardea; y a medida que la luz, que viene del oriente, ahuyenta la oscuridad de aquella noche, la figura del nobilísimo defensor del Ciudadela se perfila más y más en el alto parapeto.

El viejo coronel Arias se enronquece animando a su tropa y defiende su puesto con sin igual bravura; en aquella faena lo ayuda don Francisco Cornejo, comandante de los Cazadores de Piérola, puesto que ejerce desde el 1.º de junio, día en que cobardemente desertó y abandonó su puesto, de peligro y de combate, el infame coronel Belaunde, a quien los peruanos apodaban don Sisebuto.

La guarnición peruana, dirigida y alentada por el heroico, don Justo Arias, firme en sus puestos defiende sus bastiones con sin igual denuedo; el fuego de cañón no disminuye un momento y el de rifle se mantiene con tesón y bravura.

Pero los terceros han llegado al pie de aquellos soberbios bastiones; y el corvo y la bayoneta rompiendo los sacos de arena que se vacían como por encanto, desquiciando los muros del fuerte, dejan brecha cómoda y entrada libre a nuestros bravos, que por ellas se precipitan.

Otros más ágiles y más atrevidos, no rasgan los sacos, que como gatos, tomándose de las orejas de aquellos, de sus prominencias, con el rifle en bandolera y el corvo en los dientes, se encumbran por sus muros sin miedo a la muerte, despreciando la vida.

Pero no todo es victoria, ni todo satisfacción, que muchos duermen ya el sueño eterno y han pagado su tributo a Chile, a la gloria y a la muerte.

En la ladera infernal, sobre el flanco sur, ha caído el capitán don Tristán Chacón herido de muerte por traidora bala enemiga, recibida de frente, en pleno pecho.

Iba el capitán de la 4.^a del 1.º don T. Chacón muy cerca ya del Ciudadela, encima se puede decir del parapeto enemigo, vecino al portón de entrada, cuando certero disparo, haciéndolo girar lo tiró de espaldas, agonizante, casi sin vida.

El subteniente don Lorenzo 2.º Jeoffroi y los sargentos Medardo Acuña y Manuel Alegría lo rodearon en el acto con el objeto de sacarlo de la zona del fuego; pero ya no era tiempo, porque el noble soldado, herido de muerte, exhalaba el postrer suspiro, exclamando:

-¡Muero!... Esa bandera me nubla la vista... ¡Cumplid con vuestro deber! -Y cerró para siempre en alas de la gloria los ojos a la luz.

¡La historia ha guardado cuidadoso su nombre y el ejército sabe que Chacón fue un bravo soldado!

¡Y en Chile no hay ni siquiera una plancha que recuerde a Tristán Chacón; pero en Santiago existen las calles del Manzano, de Huérfanos, de los Hermanos, pero no la de Tristán Chacón!

Y con Chacón han mordido el polvo Salvador Urrutia, que recibe leve pero gloriosa herida que no le impide seguir cumpliendo valientemente con su deber; Ricardo Serrano y Félix Vivanco Pinto, a quien una bala hiere encima de la oreja izquierda y es su bautismo de fuego.

Las laderas están cubiertas de heridos y de muertos; el fuego continúa y el combate dura ya más de doce minutos.

Los bravos tercerinos han penetrado al fuerte trepando los parapetos; abriendo brechas en los areniscos reductos, entrando por el portalón.

El coronel don Justo Arias Aragües, ronco de gritar animando a los suyos, vive aún y defiende con denuedo sus colores, el puesto que se le ha señalado.

Aquel heroico soldado, sable en mano, se pasea impávido en la plazoleta del fuerte, en la del costado principal desafiando a nuestros soldados y a la muerte.

A todos llama la atención aquel héroe que sin quepis presentaba su desnuda, calva, blanca y venerable cabeza a las balas.

En verdad, los alientos de aquel soldado no dicen con su cuerpo. Arias es chico, pero de marcial apostura. Lleva garbosamente su uniforme francés, de coronel de Ejército, con galoneado pantalón garanse y ciñe su levita el cinturón de su sable.

Lo repetimos, en el momento en que se encuentra, está sin quepis, sin duda lo ha perdido en el fragor del combate; con su diestra, empuña la espada, y ante el inmenso peligro que lo rodea, que no teme y desprecia, aquel anciano soldado, agiganta su físico, enaltece su ser moral.

Arias, desafiando el peligro infunde respeto y admiración a los nuestros, que con la clara luz del día, pueden ver y aquilatar a su saber la bizarra actitud del jefe enemigo. Su valor satisface a los hombres del 3.º y se disponen a salvar la vida de Arias.

Todo el mundo le grita:

-¡Ríndase mi coronel, no queremos matarlo!

-¡No me rindo c...! ¡Viva el Perú! ¡Fuego, muchachos! -responde aquel ínclito guerrero y con su ejemplo estimula el valor de su tropa, la defensa del Ciudadela.

Pero la hora suprema de aquel hombre había llegado; que escrito estaba hubiera de caer como un bravo en medio del asalto y a manos de chilenos.

El fuerte, el Ciudadela, en puridad de verdad, ya es nuestro; el valor del coronel Arias ha impuesto respeto a los asaltantes; su denuedo, la simpática y altiva figura del jefe enemigo, hace que nuestros hombres intimen nuevamente al comandante de los Granaderos de Tacna, que se rinda.

Un soldado del Tres se aproxima al coronel y le grita:

-¡Ríndase mi coronel!

Pero el jefe enemigo no quiere hacerlo, rehúsa la intimación; rechaza indignado esa pretensión, no quiere nada que sea chileno, ni aún la vida, y de un feroz sablazo tiende a sus plantas al noble soldado que lo ha querido salvar.

-¡No me rindo c...! ¡Viva el Perú! -grita don Justo Arias y Aragües.

Y una descarga cerrada tiende al invicto guerrero, que cae muerto dentro del fuerte, y su espíritu libre de la humana envoltura, traspone los lindes de la vida y penetra en el templo sereno de la inmortalidad.

Esta emocionante escena ocurre, como hemos dicho, cuando ya el Ciudadela es nuestro, y la presencian muchos de los dirigentes del 3.º; entre otros, don José A. Gutiérrez, don Federico Castro y los capitanes Urzúa, Fredes, Wolleter, y López, Arriagada y el subteniente de la 2.ª del 2.º, don Ricardo Jara Ugarte, que guarda con respeto la espada del coronel Arias, prenda que conserva hasta la fecha, como recuerdo de aquella jornada, y de aquel nobilísimo e invicto soldado, que murió al frente de los enemigos tercios de su patria, viviendo al Perú.

La superioridad enemiga sufrió un profundo error al entregar el comando de Arica a Bolognesi, que nada de grande hizo. Si Arias manda en jefe, estamos completamente seguros, que don Justo, sin trepidar, él, con su propia mano da fuego a sus minas y junto con todos sus hombres sepulta en sus ruinas al 3.º y al 4.º enteros.

Un veterano de la compañía del capitán Wolleter, entregó al subteniente Jara Ugarte, el sable del bravo y pundonoroso don Justo Arias Aragües; esa arma es sencillísima; su hoja ligeramente curva está encerrada en una vaina de metal blanco, la empuñadura es laboreada y sin emblemas.

Al verla y al empuñarla, sin querer uno siente admiración, respeto por Arias, dueño de esa espada; la figura del noble jefe enemigo, su voluntario sacrificio, trae a la memoria el recuerdo de Ramírez, la altivez de Thompson.

* * *

La caída de Arias, su muerte pueden describirse; pero la lucha dentro del fuerte, el entrevero, los mil incidentes que en 16 ó 18 minutos se desarrollaron en el Ciudadela, no son para contados.

El asalto ha sido tan rápido, la maniobra de nuestro ínclito regimiento tan bien ejecutada, que nadie, absolutamente nadie ha podido salir de aquel recinto; y los que salieron murieron todos a manos de don Gregorio Silva, es decir de su tropa, de la 3.ª y 4.ª del 2.º que con la atrevida y ligerísima ejecución de su movimiento, cortó la retirada a todos los peruanos, que por salvar la vida abandonaron el Ciudadela.

Guzmán, Novoa Faez, Luis Felipe Camus, Ismael Larenas, Orellana, Merino, etc., cumplieron tan estrictamente las disposiciones de Gutiérrez, con la ayuda y dirección de Silva, que, como decimos, la retirada se cortó absolutamente a los del fuerte.

Ciertamente es cosa difícil narrar este asalto; pero cómo olvidar aquel famoso entrevero, ni el empuje irresistible de los del Tres; hemos echado sobre nuestros débiles hombros este deber, y habremos de contarle todo, sin que nada se escape.

Los jefes, capitanes, tenientes, subtenientes, sargentos, cabos y soldados están ya en el Ciudadela; los 16 cornetas del regimiento no cesan de tocar cala, cuerda y degüello; y los guerreros acordes que arrancan los trompetas a sus metálicos instrumentos, dominan la potente voz de los cañones.

Las bravías notas de los cornetas, los gritos y voces de los oficiales y jefes y los ayes de los heridos; el ronco retumbar de la artillería, el fuego graneado de fusil; los vivas a Chile; el vocerío infernal, el bravo chivateo araucano de nuestros hombres, que furiosos, sin miedo, hirviendo en coraje y patriotismo se lanza al ataque, es imposible describir.

El teniente don Ramón Toribio Arriagada y los subtenientes don José Ignacio López, el Chino Poblete, Ricardo Jara Ugarte, Pedro Nolasco Wolleter, penetran revueltos con la tropa, con los sargentos y cabos del regimiento, al Ciudadela escalando los muros, rompiendo con los corvos y yataganes los sacos de arena, por el portalón, por todas partes. Es una jauría de demonios que no de hombres, ni soldados, que cae como huracanado soplo de exterminio y de muerte sobre el fuerte enemigo, que tiembla, resiste breves instantes y se rinde.

Es el aliento poderoso, enérgico de la raza de los Caupolicán y los Lautaro que mezclada con la hirviente sangre española de los hijos del Cid, se revela potente, soberana y pura.

Es Chile, son sus hijos, es su raza que no tiene en sus venas la negra sangre del infeliz africano, que por fortuna no germinó en nuestros pueblos, valles y montañas, la que pelea por su patria, por vengar protervas injurias de un pueblo aleve que nos odia desde siglos.

El sargento Basilio Figueroa, de la 2.^a del 2.^o, que sirve actualmente en la guardia del Congreso y que bien harían los representantes del pueblo, para ser justos, en pedir se le hiciera oficial, con una serenidad admirable, que muchos recuerdan, tiende su rifle y voltea a dos enemigos de su patria; arma enseguida su bayoneta y en el revuelto entrevero, despacha a tres Granaderos del Tacna.

El sargento, Pedro Hidalgo, de la misma compañía, un león por su sin igual coraje, no da descanso a su bayoneta y destruye, hiere y mata a cuanto enemigo encuentra; en Miraflores fue tal el empuje de este hombre al asaltar los reductos enemigos, que es fama, ultimó él sólo más de diez individuos de la famosa Bomba Roma, a culatazos; en Lima, fue ascendido a oficial, contra la opinión de alguien, que se opuso, porque era roto; objeción que el comandante Gutiérrez contestó:

-Cierto que es hombre del pueblo, pero, el valor no se compra con dinero.

El sargento don Pedro Hidalgo, era alto, moreno, de fisonomía varonil que acentuaba más aún la fiereza de su rostro una hermosa pera y bigote que adornaba su figura.

La furia de los asaltantes era terrible, y el combate llevaba camino de convertirse en horrible, espantosa matanza y carnicería.

El Ciudadela estaba tomado; su jefe, el heroico y noble don Justo Arias Aragües, muerto; su guarnición diezmada y los pocos sobrevivientes rendidos.

Los comandantes del 3.º señores Gutiérrez y Federico Castro, dieron la voz de alto al fuego, a sus respectivos cornetas, orden que los 16 trompetas del regimiento, repitieron casi instantáneamente.

Numerosos muertos y heridos del 3.º cubrían las laderas, parapetos y recinto mismo del fuerte; allí cerca dormía ya el eterno descanso, el capitán don Tristán Chacón; adentro de espaldas, se encontraba el cadáver del jefe enemigo, de Arias.

Botados en el campo estaban el cabo 1.º, José María Poblete, con las dos manos destrozadas; Ruperto Godoy, que vive aún, a pesar de recibir siete crueles heridas; Juan de Dios Parra, Martín Izquierdo, y cien heridos más han pagado su tributo a la patria; los muertos son también numerosos.

Hemos triunfado, pero la victoria ha sido cara; Arias ha defendido bien su puesto. Buena escapada ha hecho el ejército de Chile, cuando el Perú dio la jefatura de Arica a Bolognesi; que si Arias, lo repetiremos siempre, manda en jefe, con fruición, con todo patriotismo, con heroica frialdad, vuela la plaza; comisión que el coronel Arias habría ejecutado él mismo, que a nadie habría cedido.

¡Aquello habría sido espantoso, tremendo, pero heroico, sublime! ¡Eran 250 quintales de dinamita los que Montero entregó a Bolognesi!

Estallando ese volcán, saltaba El Morro. Ahí estaba Bolognesi y la mina no reventó.

Prat no midió el peligro, saltó sobre la cubierta del monitor enemigo, que fue el pedestal de su gloria y de su fama.

¡Si Arias tiene la suprema jefatura de Arica, sin pestañar muere con toda su guarnición, con el 3.º y el 4.º!

* * *

En el alto mástil del rendido Ciudadela, flotaba todavía la enemiga enseña; y el subteniente don José Miguel Poblete, hijo del pueblo y soldado valiente, como pocos, se lanzaba cual ágil y diestro marinero, mástil arriba para arrancar los colores peruanos, cuando sin que nadie sospechara el aleve atentado, porque el reducto estaba rendido, una explosión espantosa atronó el aire, y un volcán de fuego, de llamas, humo, restos humanos, tierra, pedazos de cañón y de cuanto la humana dantesca imaginación pueda inventar, pobló el espacio.

La Santa Bárbara del fuerte había estallado; y en horrible montón, revueltos chilenos y peruanos, vencedores, vencidos y prisioneros quedaron en el interior de aquel maldito recinto.

Un soldado peruano, un artillero, Alfredo Cadenas, había prendido el polvorín y hecho saltar el poderoso reducto, con gran parte de sus defensores; y para fortuna, con pocos de los nuestros, porque en ese momento los jefes del regimiento, que ahí estaban, ya habían

despachado a su tropa en demanda del Morro, del pueblo y de sus demás compañeros del 4.º.

El primero en volar, en morir, fue el subteniente don José Miguel Poblete, cuya cabeza se llevó la explosión matándolo instantáneamente; su cuerpo decapitado y horriblemente mutilado, cayó pesadamente sobre el parapeto y su espíritu y su nombre se gravó para siempre en la historia patria.

¡Honor y gloria a Poblete, que nacido en humilde e ignorada cuna, selló con su sangre la legitimidad de su nombre y de su fama!

Ahí murió también el sargento segundo de la 1.ª del 1.º, don José del Carmen Henríquez, hermano menor del Mayor del Buin, don Juan, a quien tan de lleno debió tomar la explosión que de él no se encontró rastro ni huella alguna; afuera de aquel recinto se hallaron después, los cadáveres de nueve terceros más, quemados, ennegrecidos, destrozados por aquel volcán de pólvora, dinamita y llamas.

El subteniente, don Pedro Nolasco Wolleter, voló también, pero no murió; eso sí quedó sordo durante mucho tiempo y como alelado.

El teniente don Ramón Toribio Arriagada, saltó también al aire con la tremenda explosión; y al caer perfectamente sano y vivo, despejada la atmósfera del espeso humo y tierra que cubría el reducto, todo el mundo pudo ver, al veterano Arriagada, reliquia del año 1838, vencedor de Yungay, que de puro entusiasta había vuelto al servicio, sano y salvo, pero con los pantalones y calzoncillos enteramente hechos jirones, deshilachados. Sólo quedaban en su cuerpo intacta, la pretina, de esas prendas.

Arriagada, atontado, completamente sordo, pasó larguísimo tiempo sin darse cuenta de la situación en que lo había dejado el estallido de la Santa Bárbara enemiga.

El subteniente, don Ricardo Jara Ugarte, narra que en los momentos de la explosión, el cabo Rivera de su compañía, vio a su lado un soldado enemigo, un cholo que de barriga estaba en el suelo, y creyéndolo vivo, dijo a Jara Ugarte:

-Mi subteniente, aguaita, este cholito se está haciendo el muerto.

Y con la punta de su bayoneta picó suavemente el obscuro rollizo pescuezo del soldado enemigo, que al sentir la acerada punta de aquella arma, pegó un pequeño salto, y, no supe más, agrega hoy, el coronel Jara Ugarte, porque en ese preciso momento, reventó el polvorín y yo quedé por largo rato sin darme cuenta de nada.

El teniente Arriagada era hijo legítimo del coronel don Pedro Ramón Arriagada, compañero y amigo personal de don Bernardo O'Higgins, y primer comandante en 1818 del 4.º de línea, que mandó en Maipú.

Don Ramón Toribio, su hijo, había nacido en 1819, en Concepción; de modo que, el 7 de junio de 1880, cuando voló por los aires en El Ciudadela, tenía nuestro teniente, 61 años, y todavía andaba en busca de gloriosas aventuras.

Todos los sobrevivientes de Arica, hoy día; todos los que quedaron vivos el día del asalto, don José Antonio Gutiérrez, el mayor don Federico Castro, los capitanes Silva, Urzúa, Wolleter, Fredes, Novoa Faez, Guzmán, y Serrano; Jara Ugarte, Lais Verbal, Silva O., Belisario Campo, Camus, Vivanco Pinto, etc.; todos, están contestes, en que desde ese momento, desde que voló el Ciudadela, la compasión huyó de la mente, del corazón de los tercerinos; y la matanza más horrible sucedió a la aleve explosión de la artillada y poderosa posición enemiga.

Se ha dicho que en los instantes del estallido, habían vivos más de ciento y tantos prisioneros; a nosotros no nos ha sido posible comprobar la cifra porque los partes oficiales y el recuerdo de los que vieron aquel volcán, no pudieron contarlos; pero de lo que si no hay duda, es de que sólo escapó un negrito vivo, un corneta que haciendo esfuerzos supremos libró al capitán don Pedro Novoa Faez.

En San Bernardo, nosotros tratamos a los oficiales don Manuel Lira y don Manuel Emilio Barredo, del Granadero de Tacna, sobrevivientes del mencionado batallón, que junto con el negrito que salvó el capitán Novoa Faez, suman los únicos tres hombres que de aquel combate salvaron.

Horribles, pero, justas represalias de la guerra; y que muy en cuenta deben de tener los peruanos, hoy día, cuando piensen llevarnos a la guerra, a la que no tememos.

Fue tal y tan espantosa aquella represalia, que el vasto e inmenso recinto, del Ciudadela, se convirtió en humeante posa, charco horrible, de sangre humana; y tanto subió el nivel de aquel lago, que el caballo del general en jefe, don Manuel Baquedano, cuando más tarde penetró en aquel mudo y desolado lugar se perdió en la sangre peruana hasta los mismos nudillos.

Baquedano, tranquilo, salió del fuerte diciendo: ¡Bravo, ahí, regimiento 3.º, bravo!

¿El Perú quiere aún represalias? ¿Busca la guerra? ¿Desea volver a las andadas de 1879?

Antes de tomar esa suprema resolución, vayan sus hombres de gobierno al Ciudadela; mediten un poco en esas ruinas y piensen, que si Chile, clava de nuevo sus pendones en Lima, de ahí no se mueven más; que otro virrey Lynch no falta en esta tierra para gobernar al Perú.

* * *

Dejamos a los del 3.º limpiar sus armas; recoger sus heridos; formar sus compañías y continuar el ataque; y tendamos la vista en dirección al suroeste, hacia el fuerte Este que allí el 4.º de línea tiene una cita, un alto, una maniobra que cumplir.

En otra loma, que levanta suavemente su cumbre hacía el oeste y que en línea recta no puede distar del lugar que ocupa el 3.º de línea, más de unos 1.300 metros, en columnas cerradas por batallón está durmiendo el 4.º de línea, el futuro Arica a poco más de dos y medio kilómetros al sur oriente del fuerte Este.

A su retaguardia, se sabe, queda el Buin; y a esas horas, el capitán don Enrique Salcedo, con los Cazadores de A. Novoa Gormaz, con distancias de guerrilla sus cien jinetes, al sur de los fuertes enemigos y cargándose un poco al mar, para el lado de La Lisera, esperan el asalto del 4.º para marchar con el Buin a impedir al enemigo busque retirada o escape por el flanco sur.

Don Pedro Lagos, a quien no se ha escapado ningún detalle, advierte a su ayudante Salcedo, que los Cazadores a caballo deben formar en el orden disperso, anotado; porque tan pronto cargue el 4.º, los jinetes del capitán Novoa Gormaz recibirán a su vez numerosos proyectiles enemigos, y hay que cuidar a la tropa y evitar en cuanto sea dable, las consecuencias de la acción.

Y la prevención oportuna y militar de aquel servidor de Chile, coronel don Pedro Lagos, a cuya vieja experiencia en las lides de la guerra, nada se escapaba, tuvo su más acertado cumplimiento, nos decían hace poco los señores Salcedo y Novoa Gormaz; porque desde que el enemigo rompió sus fuegos sobre el 4.º, las balas llovieron encima de nosotros; hecho que confirma el parte del capitán Novoa Gormaz, al dar cuenta de que el cabo Caris, de Cazadores, fue herido en Arica.

* * *

Pero volvamos al 4.º de línea, en cuyo campo se dan las últimas órdenes para emprender el asalto al Este a los reductos de La Lisera, a sus trincheras y al Morro.

Los cuartinos se desperezan, al dejar la mullida arenita en que han reposado algunos, dormido los más, aquella noche de inolvidables recuerdos.

La tropa, de orden superior, deja sus rollos y se aligera de sus ponchos; los soldados recorren sus arreos, revisan sus Comblaim, rifle belga, que la previsión de Errázuriz Zañartu, compró oportunamente; y juegan despacio, con cuidado, el mecanismo de sus fusiles; todos aquellos hombres están alegres, contentos, porque llega ya la hora del combate y de la victoria.

Los cuartos, están orgullosos, porque su coronel Lagos no los ha rifado; no, a ellos, a los del 4.º, don Pedro los tiene en alta estima; hay que echar el resto en el ataque; y la manito que van a dar a los cholos tiene que ser como en un ejercicio: limpiecita; mano al rifle, y a la carga; dicen todos los cuartinos, que tienen noble orgullo en su número, en su jefe y en sus tradiciones.

Las compañías del bravo regimiento, van ya a moverse; aún no viene la luz; el enemigo duerme al frente, en sus reductos formidables; hay que salvar mucho más de dos kilómetros, quizás 2.800 metros; y para que los del fuerte no sientan la arremetida, se

previene silencio de muerte y mano a la vaina de metal de la bayoneta, para que, el peruano siga siempre durmiendo.

La noche es obscurísima; y sólo cuando ya todo está listo, e inicia su movimiento el capitán de la 4.^a del 1.^o don Pablo Marchant, en primera línea, de descubierta, principia a disminuir el suave titilaje de las estrellas que pueblan el espacio infinito, y como que quiere despuntar el día, venir la aurora.

Un silencio sepulcral, pavoroso, se siente en aquellas areniscas cumbres, que el oleaje del mar que baña La Lisera y los tumbos poderosos del océano, vienen de cuando en cuando a turbar.

La brisa, trae también de la costa, ese olor a mar, agradable, aromático, cargado de yodo, que huele a salitre, y que conforta y anima, que da vida.

Y a retaguardia del teniente Gana Castro, marchan, espada en mano, listos, atentos a todo, Carlos Lamas García, un niño, que quiso servir a su patria con el desinterés con que lo hace el hombre honrado y bueno; Genaro Alemparte, que carga apellido de valientes, y Juan Bautista Riquelme.

Éstos son los oficiales que van con los Cazadores de Marchant, los viejos veteranos de la Recoleta, los premiados de la antigua compañía del actual jefe del 4.^o, del ex-capitán San Martín.

Se recuerda, esta compañía lleva la difícil comisión de cortar los alambres de las minas, de señalar el peligro, de sacrificarse por todo el primer batallón. Son los zapadores de la muerte y de la gloria, son los niños de Pablito Marchant, de Lucho Gana, de Lamas García.

En sus filas, en la primera mitad, van los sargentos don Juan de Dios Espinoza y el chico Manuel Martínez, que murió en El Este; el premiado José del Carmen Fonseca; el alentado y joven sargento, que es un nene, un chiquillo, don Agustín Moisés Gajardo; los cabos Tránsito Muñoz y Adolfo Mena; en todos, en fin, 106 hombres, contados desde el capitán Marchant a Belisario Molina, último soldado que pasa revista en la 4.^a de Cazadores.

Aquellos hombres caminan resueltamente escudriñando el horizonte, fijándose en el suelo, observando con sumo, con exquisito cuidado el terreno en que marchan, en que operan.

Desplegadas en guerrilla, el Comblain en la derecha, tomado reglamentariamente con la izquierda mano sostienen la metálica vaina de sus yataganes y semi agachados, casi como culebras, cumplen con la sagrada comisión que les ha impuesto su denodado comandante.

La silueta del Fuerte Este apenas se perfila en el horizonte, encima de una eminencia; pardea un tantico el alba y aún brillan en el firmamento las estrellas.

Inmediatamente, a retaguardia del capitán Marchant, que tiene dos cornetas a su lado, viene don Luis Sólo Zaldívar, a quien sirve de ayudante el capitán don Losedano Fuenzalida, y el abanderado Emilio Aninat, oriundo de Concepción.

El mayor Zaldívar, hombre de guerra, detiene un poco la marcha; espera que haga su despliegue el capitán La Barrera, de la 1.^a del 1.^o, y poco a poco se coloca a su frente.

La guerrilla de la Barrera la mandan Ricardo Gormáz con Carlos Aldunate Bascuñán, nieto del caballero general don José Santiago Aldunate, Ballardo chileno de las lides de la independencia, que salta de la 5.^a de humanidades del Instituto Nacional a las guerrillas del 4.^o de línea.

Las últimas cuartas del granadero don Miguel de la Barrera, las tienen dos niños más y un mozalbete talquino Samuel Meza F. y Julio Paciente de la Sota a quienes luego veremos como les fue.

Zaldívar tiene, como hemos dicho, encargo especial de tomar el Este y sin miramiento a las minas seguir y seguir hasta el Morro; de ahí que abandonando por breves instantes el frente, desde su flanco derecho observe don Luis, a quien acompaña como guía y baqueano el capitán don Enrique Munizaga, a los que vienen a retaguardia; y como el mayor Zaldívar tiene la vista hacia el oriente, puede divisar ya a los capitanes Avelino Villagrán H., que con Ibáñez, Alamos y Ahumada toman su puesto; y cuando ve a su compañero don Pedro Onofre Gana, de la 3.^a rompe la marcha al trote Zaldívar con sus ayudantes; se pone a la cabeza de la 1.^a del 1.^o.

San Martín no ha esperado, que el 1.er batallón ejecute sus órdenes, que esos bravos han cumplido con la precisión de un ejercicio doctrinal; cuando envía sobre los poderosos reductos que se ubicaban al sur del Morro y pegados a las faldas que dan al mar, por La Lisera, a la 4.^a del 2.^o con un bravo capitán don Ricardo Silva Arriagada, a quien San Martín manda oblicuar sobre su izquierda, desplegarse en guerrilla y colocarse a la misma altura que Marchant.

Soldado veterano, viejo legionario del 2.^o de línea, sereno y valiente por añadidura, el capitán Silva Arriagada cumplió exactamente las órdenes de su jefe y se lanzó a paso de carga en demanda de los fuertes de la playa.

San Martín, nos decía no ha mucho nuestro amigo, don Ricardo, le hizo a él y a sus hombres el mismo encargo que al teniente Gana Castro: cortar las baterías eléctricas.

San Martín, ve partir al capitán de la 4.^a del 2.^o que se pierde en la semioscuridad del crepúsculo que ya se aproxima, y luego desfilar sucesivamente a la 1.^a, 2.^a y 3.^a compañías del 2.^o batallón que es el suyo, y a cuyo frente marchan don Menandro José de Urrutia, don Pedro Julio Quintaballa y el teniente don Gumecindo Soto.

San Martín desnuda su espada, con sus cornetas y retaguardia a un paso; a la mano, con Pantaleón Godoy y José Genaro Venegas, y seguido del capitán ayudante don Miguel Rivera forza su paso, se desprende de Rivera, que va a colocarse a la vanguardia; y con sus hombres, cornetas y ayudantes, toma su puesto a la derecha del 2.^o batallón, a la altura de la 1.^a del 2.^o que manda Urrutia.

Así el comandante del Cuarto puede vigilar bien al 2.º batallón y estar más cerca del 1.º, que marcha desplegado a su derecha como en una parada, en demanda del enemigo.

Aquella maniobra es admirable; los cuartinos ejecutan todos sus movimientos con precisión matemática; sus hileras se perfilan correctamente; y con paso firme, sereno, majestuoso marchan a la muerte, a la victoria y a la gloria, en conformidad a los reglamentos, a la táctica y férrea instrucción y disciplina a que San Martín los tiene habituados.

La partida se había iniciado poco después de las 5 de la madrugada y cuando el regimiento había recorrido unos 1.500 metros y la luz de la alborada se venía encima, el Este se mostró a los hombres del 1.er batallón del 4.º a Marchant, Gana y a los suyos en la semioscuridad del alba medio envuelto aún por escasísima luz.

Corrieron unos pocos minutos que se aprovecharon forzando la marcha y acortando la distancia, cuando el enemigo descubrió, no se sabe como, a los nuestros y envió sobre el aguerrido regimiento chileno la más soberbia descarga de fusil y de cañón.

El 1.er batallón del 4.º no contestó el fuego ni vaciló por un instante en su maniobra siguió impassible su camino; las voces de mando de sus oficiales eran rápidas, firmes, resueltas: Cubran las filas, mantengan las distancias, de frente, no hay que perder su formación y sus líneas.

El fuego del enemigo se iniciaba con toda energía y el Este, Morro Gordo, Cerro del Chuño, Ciudadela, El Morro, los reductos de La Lisera, los del Bajo, todas las trincheras y bastiones vomitaban balas y metralla.

Y en medio de aquel infierno de destrucción y de muerte, los dos batallones de nuestro 4.º de línea, que ya principia a ganar el nombre inmortal de Arica, siguen impertérritos su camino, sin pestañear, sin perder las líneas, adelante, adelante.

Don Luis Sólo Zaldívar lo dice en su lacónico parte, cuando «ya estaba encima del Fuerte Este», a una cuadra escasa, el 4.º hizo alto; armó bayoneta y se lanzó al asalto, en forma tal, que casi es imposible describir.

Alto, tocan los cornetas; armen bayoneta repiten sus guerreros y vibrantes acordes.

¡Fuego y a la carga, muchachos!

¡Al enemigo!

Gritó San Martín, blandiendo en alto su espada, irguiendo su busto, levantándose en las puntas de los pies.

Y el eco repitió en las montañas aquel ronco bramido. El ¡Viva Chile! más atronador, más enérgico, hermoso y espontáneo que sentirán aquellas yermas y desoladas cimas, mientras el mundo sea mundo.

¡Ronco rugido del león, que dominó por un instante aquella selva de balas y metralla y el potente detonar de los cañones!

¡Viva Chile! ¡Viva! ¡¡¡Vivaaaa!!!

Gritaron los heroicos cuartinos, y cual infernal avalancha humana, en medio del más fortísimo chivateo, salvaron los ciento treinta metros que distaban del poderoso Este en un escaso minuto.

El viejo enemigo de nuestra raza, había alcanzado a percibir, a sentir a nuestros legionarios; y por breves minutos sus fuegos se habían cebado en las nobles filas del denodado regimiento chileno; -pero, si calma tuvieron los peruanos para disparar sobre mampuesto en la semi obscuridad del alba, la perdieron cuando la luz del claro día les hizo ver la majestuosa tranquilidad con que el 4.º recibía sus fuegos; pérdida que subió de punto cuando el primer Batallón lanzó su grito de guerra y se fue al asalto del poderoso y bien artillado Este.

El coronel don José Joaquín Inclán, que defendía con los Artesanos de Tacna, del mando del valiente coronel don Marcelino Varela, y con don Ricardo O'Donovan, jefe de Estado Mayor de su división, tiene allí, a sus órdenes, más o menos quinientos cincuenta hombres.

Y cuando ve que el 4.º no contesta sus fuegos, y sin disparar un tiro trata de salvar los 1.000 o más metros que aún lo separan de su objetivo; cuando desde el alto parapeto en que se encuentran divisa la impávida y serena majestad con que avanza a paso de carga el regimiento chileno, ordena redoblar el fuego y al mismo tiempo mandaba replegarse una parte de su guarnición al reducto que queda a su retaguardia.

El valiente, el infortunado coronel don José Joaquín Inclán, debió sentir un hielo de muerte en el alma cuando vio la impávida serenidad de nuestros cuartos.

Varela, tranquilo, sereno y valiente, quedó en el Este, y firme en su puesto siguió mandando el fuego y esperó, resuelto a morir, el asalto de su posición.

San Martín, risueño, abierta el alma a la gloria, cuidaba a su regimiento, a su 4.º, el hijo querido de su vida, de su hogar; porque ese soldado no tuvo otro padre que su jefe y amigo el coronel Lagos; otra familia otros hermanos, que el 4.º de línea; marchaba contento, satisfecho del soberano empuje de su regimiento.

Y el 4.º llegó a los bastiones del Este en mucho menos tiempo que en el que se imaginaron el coronel don Marcelino Varela, comandante de Artesanos de Tacna, y el comandante don Ricardo O'Donovan, jefe de Estado Mayor de la 7.ª División, cuya era la tropa que guarnecía el Este, Cerro Gordo y demás reductos de La Lisera.

Los soldados del 4.º de línea cayeron como una avalancha sobre el Este, y cual gatos monteses, pumas chilenos, lo asaltaron, tomaron y rindieron en poco más de diez minutos.

La 4.^a del 1.^o de Marchant, la 1.^a compañía del 1.^o de La Barrera, la de Villagrán, la de don Pedro O. Gana se puede decir que caparon al Este; porque el ataque y la rendición fue obra, como decimos de minutos.

Tomándose de los sacos, rasgándolos, saltaron como jauría de demonios por sobre los fosos, escalando los muros, rugiendo, vivando a Chile, al 4.^o, a Lagos, entraron al fuerte los hombres del primer batallón del bravo 4.^o, seguidos por San Martín y Zaldívar.

Inútil fue la resistencia: el coronel don Marcelino Varela cedió el campo después de corta y tenaz lucha, y sólo abandonó el puesto cuando feroz bayonetazo lo tendió con el vientre herido adentro del fuerte. Varela cayó vivando al Perú y animando a los suyos.

Es fama que el subteniente de la 2.^a del 1.^o, don Juan Rafael Alamos, fue el primero que escaló el Este; la verdad del hecho es que Juan Rafael, que era en aquel entonces un muchacho a quien ni siquiera apuntaba el bozo, al caer adentro de aquel amurallado recinto, se encontró por breves instantes sólo; y a fuer de bravo y de Alamos, cargo ciego de coraje sobre la tropa enemiga que tenía más cerca; y aquella maniobra le dio tan magnífico resultado que en menos tiempo del que quizás gastamos en narrarlo, dejó fuera de combate cinco hombres; una bala en el ínter le alcanza y por fortuna, para aquel soldado, ella pegó en la empuñadura de su sable, destrozándola, pero sin conseguir arrancarlo de aquel brazo de acero.

El doctor don Juan Manuel Salamanca, que era cirujano 1.^o del 4.^o de línea, conserva en Talca con religioso respeto ese sable, herencia de un bravo, y que el mismo Juan Rafael Alamos le donara como prueba de amistad, diciéndole:

-Doctor, ese balazo no me hizo nada, al contrario, me sirvió para componerlo y tirar el hachazo con más ganas.

En verdad aquel asalto fue famoso; los peruanos disputaron bien el puesto durante los diez minutos que duró el entrevero; la orden del coronel Inclán de retirarse a Cerro Gordo y al reducto correspondiente, fue por otra parte fielmente cumplida por los capitanes señores O. Julio Rospegliosi, Rubén Rivas y José del Castillo, que en retirada se batían haciendo nutrido y certero fuego.

El Este era ya nuestro y los cuartinos seguían adelante en vertiginosa carrera y, sin dar tregua al enemigo, lo rechazaban reducto por reducto, fuerte por fuerte.

Por desgracia la victoria la compraba nuestro bizarro cuerpo a costa de dolorosas pérdidas; el alentado y bravo subteniente de la 2.^a del 1.^{er} batallón, don Francisco Ahumada, que penetró de los primeros al fuerte, por una esquina, al erguir su bien modelado cuerpo para alcanzar en protección de Alamos, su amigo y compañero de fila, fue derribado por un balazo tan bien dado, que lo tumbó de espaldas sobre el muro; el proyectil penetrando en el hombro derecho, le había deshecho la articulación del hombro con el omoplato. Su fiel asistente, más tarde, lo sacaba del Este, y los Cazadores del capitán Novoa le prestaban los primeros auxilios.

Y a propósito, narra el capitán Novoa, que cuando el cabo Carís de su compañía, se bajaba para socorrer al subteniente Ahumada que se retiraba despacio de aquel campo de exterminio, una granada venida del Morro, al estallar cerca del grupo, tendió gravemente herido al cabo Carís que iba a socorrer al subteniente Ahumada; cosas de la guerra, que sabido es que las balas locas son las que más averías hacen.

Y cerca de Ahumada caen el teniente don Martín Bravo, soldado de sin igual valor y de festivo genio, a quien otra bala más compasiva que la de Ahumada, que quedó manco, le abre la articulación del brazo izquierdo y le roza la cabeza del humero.

La compañía que hasta ese momento ha tenido más bajas ha sido la 4.^a del 1.^o de P. Marchant, que ha dejado en el campo, en la descubierta y el asalto, diez muertos, entre ellos los sargentos don Manuel Martínez, que cae adentro del fuerte Este, y don Santiago Canales, que recibe en plena frente un proyectil que lo tira de bruces.

Los cabos Mena y Muñoz son heridos en el asalto, junto con los soldados Zenón Contreras, Pedro Navarrete, Eleuterio Pérez y Cecilio Andemilla y quince hombres más tiene de baja la 4.^a del 1.^o en aquella primera acción.

Se hace notar entre los hombres de la descubierta del teniente Gana C., un niño imberbe aún, el sargento don Agustín Moisés Gajardo, por su denuedo y vigor en la pelea, en el asalto y entrevero; y es tal su pujanza y arrojo, que a petición del mayor Sólo Zaldívar se le asciende a subteniente en ese día.

* * *

El enemigo entretanto, dirigido por los coroneles Inclán y O'Donovan y por varios oficiales del Artesanos, se ha parapetado en las trincheras del Cerro Gordo y en el fuerte de ese mismo nombre; y abre nutrido y certero fuego sobre los cuartinos, que dueños ya del Este continúan su carrera, sus asaltos; y siguen repitiendo sus inmortales hazañas y laminando en el bronce y en la historia de mi patria, las páginas que hoy con placer relatamos, para ejemplo de las presentes y futuras edades.

Y al mismo tiempo para que sepa el pueblo de Chile que nuestro lema es ¡Vencer o Morir! Porque es mucho mejor morir que ser vencido; porque la parte más cruel, más terrible y espantosa, no está en morir, sino en sobrevivir a la desmembración de la patria, al deshonor y lo que es peor que todo, dejar libre entrada al pudoroso hogar, donde vive la esposa, la mujer querida, la recatada virgen mecida al calor de santo y paternal amor, al odiado y lujurioso vencedor; que como el Breno de la leyenda gálica, pondrá su espada en la balanza, sin justicia y por saciar impuros deseos, asquerosos amores.

¡Primero morir cien mil millones de veces, antes que ser vencidos y servir de pasto a la impudicia y sucia lascivia del corrompido pueblo peruano, del cholo feroz y sanguinario!

* * *

Se comprende, que no siendo el fuerte del Este demasiado extenso, nuestras guerrillas del primer batallón rebalsaron la posición enemiga; de ahí que las compañías de los capitanes Gana y la Barrera pasaran como un turbión sobre los flancos izquierdo y derecho del Este y cayeran como un rayo sobre Cerro Gordo, que por más que quiso no pudo resistir al ímpetu de nuestros cuartinos.

Fue inútil, que los coroneles don José Joaquín Inclán, que mandaba en jefe a la 7.^a División, y su jefe de detalle, coronel don Ricardo O'Donovan y la oficialidad del Artesanos de Tacna trataran de resistir, de detener el avance invencible de la tropa de la Barrera y de Gana, porque fueron arrollados, destrozados y muertos.

El coronel Inclán se defendió hasta el último; no se rindió, ni pensó jamás en hacerlo, cayó sable y revólver en mano y batiéndose con Manuel Rojas, soldado de la 3.^a del 1.^o del capitán don Pedro Onofre Gana, de la mitad del subteniente don Alberto de la Cruz González; Rojas mató al valiente coronel enemigo en buena lid, de bravo a bravo.

¡Que en las lides de la guerra el valor nivela todas las jerarquías!

Allí en las faldas del Morro Gordo recibió su primera herida en el brazo izquierdo el subteniente don Samuel Mesa F., el famoso y bromista Maucho, que es fama dijo al subteniente Aldunate Bascuñán de su misma compañía:

-Me j... Carlos; ahora sí, te juro, que me la pagarán los cholitos.

Y sin hacer caso de la herida siguió cargando con su mitad y corriendo hacia el Morro.

Inclán ha pagado ya su tributo a la patria y caído como un valiente; su inmortal espíritu se ha unido al bravo entre los bravos del Perú, al coronel don Justo Arias Aragüez, el héroe del Ciudadela, el verdadero hombre de Arica.

¡El coronel don Ricardo O'Donovan tampoco acepta la vida que le ofrecen los nuestros y cae muerto a punta de bayonetazos, sin rendirse!

Los hombres del primer batallón del 4.^o no dan un respiro al enemigo, ni lo toman tampoco; y cuando ya creen asaltar el último fuerte, el que está frente a la plazoleta del Morro, el que con sus fuegos domina el valle y río de Arica; la 8.^a División enemiga, inicia sobre la vanguardia del 4.^o, nutrido fuego que abre con empuje varonil tropa que viene del bajo; son los refuerzos que en esa noche ha ido a traer el coronel don Alfonso Ugarte que en ese momento se encuentra en el recinto del Morro con Bolognesi, Moore y demás primeros jefes de la asaltada plaza.

Es el teniente coronel don Roque Sáenz Peña, argentino de nacimiento, que con bravura dirige personalmente el medio batallón de la izquierda del Iquique, única fuerza que ha conseguido hacer subir, trepar, por aquellas areniscas laderas y que llega tarde a participar del combate, en que sólo su buena estrella lo libró de la muerte.

* * *

Don Roque es argentino de nacimiento, ha visto la primera luz en Buenos Aires; pero en esos momentos y también después, es peruano de corazón.

Se sabe que el señor Presidente Argentino, no hace mucho tiempo, en 1905, recibió en Lima sus despachos de general del Perú; su retrato que hemos publicado, exhibe el lujoso uniforme estilo francés que usa el ejército peruano en la actualidad.

Ese retrato que ha publicado don R. Palma, carga cuatro medallas, esas condecoraciones peruanas, el actual Presidente de la República Argentina, las ha ganado al servicio del Perú, en los campos de Dolores, de Tarapacá y de Arica.

Las tres tienen la primacía del sacrificio y de la gloria; porque a fuer de verídicos historiadores, declaramos: que el comandante don Roque Sáenz Peña, en Tarapacá primero, como ayudante de campo del general Buendía, y luego como diligente y bravo jefe del Iquique, comando que recibió en el campo de batalla por muerte del coronel Aduvire, y que retuvo hasta que tomado prisionero y herido en Arica el 7 de junio de 1880, cesó en su jefatura, fue un jefe denodado, bravo y fiel servidor de la bandera que eligió como propia, la del Perú; por quien jugó su vida, que según el decir de novelistas como Blasco Ibáñez, era fardo pesado que tenía muchas cuentas por saldar de culpas juveniles, que lavan en duelos, con campañas y en locuras, perdonables en pechos juveniles hasta de veinte años; más no en hombres de seso y de más de 30, como contaba don Roque Sáenz Peña en 1880.

Las tres medallas nombradas están bien ganadas; pero la cuarta, la que recibió el señor general peruano don Roque Sáenz Peña, hace seis años, a los 56 de su edad, esa no tiene perdón de Dios.

En Chile, sépalo el señor don Roque Sáenz Peña, tiene mucho que hacerse perdonar; aquí se mira con recelo su gobierno, no por la Argentina en sí misma, sino por cuanto, a que el Excelentísimo señor Sáenz Peña cometió la segunda locura de aceptar pour la gloire, el pie y los honores de general del ejército del Perú.

Mi patria sabe que está sola en Sudamérica; pero tiene fe en su estrella, en su derecho y en la justicia que le asiste; y si mañana es atacada, sus hijos, cual otros viriatos sucumbirán todos, antes que rendirse.

* * *

El comandante Sáenz Peña estaba destacado en el Chinchorro la noche víspera del ataque; y en la mañana misma, cuando se inició la batalla, declara en su parte fechado en la rada de Arica el 9 de junio de 1880, que en los momentos que iniciaba, de orden del señor coronel don Alfonso Ugarte, comandante de la 8.^a División, la marcha con su cuerpo, el Iquique y el Tarapacá del señor comandante Zavala, para dirigirse al Morro y defender los parapetos que ocupaban la prolongación Este del Morro, sintió el primer cañonazo del fuerte Este con que se iniciaba la acción.

El comandante Sáenz Peña atravesó la larga distancia que existe entre la Punta del Chinchorro y la base del Morro; y con lujo de personal valor lanzó su Iquique a la altura, trepando por las escabrosas y areniscas sendas de la falda norte del abrupto Morro.

Don Roque Sáenz Peña no pudo, por más que hizo, llevar al asalto sino el medio batallón de la derecha del Iquique; el resto, el medio batallón de la izquierda, apenas si alcanzó a intentar el atrevido y audaz movimiento, que a medias cumplió el comandante argentino.

El medio batallón Iquique, sin disparar un tiro, coronó el cerro; es decir, llegó a la altura, pero no tomó posesión de trinchera, ni parapeto alguno.

En esa operación, a don Roque Sáenz Peña lo ayudaron todos los oficiales del medio batallón de la derecha y sus jefes, sargento mayor don Isidoro Salazar, don Lorenzo Infantas y don Manuel M. Zevallos.

En su parte sostiene don Roque Sáenz Peña que le ayudaron eficazmente a sostener sus fuegos por la derecha tropas del Tarapacá, de Granaderos y del Artesanos de Tacna.

Sufre un error el señor comandante Sáenz Peña; el Tarapacá no alcanzó a coronar el cerro, ni su jefe mucho menos; porque el coronel don Ramón Zavala fue muerto junto con su famoso caballo rosado de suave y veloz paso aguilillo; el mismo en que subió cuando fue a recibir al parlamentario don J. de la C. Salvo; cayó en la parte baja del Morro, al subir un angosto senderito que caracoleando conduce de la base al Morro, y que iba a caer cerca de las casas o barracas donde las rabonas confeccionaban el rancho a la guarnición de las baterías del Morro mismo.

Artesanos de Tacna puede que hubieran algunos de los que se corrieron del Este y Morro Gordo; Granaderos de don Justo Arias si que estamos seguros no mandó uno sólo el comandante Sáenz Peña, esa famosa mañana del 7 de junio.

Las tropas nuestras, victoriosas, superiores en número, en disciplina, moral militar, en todo, arrollaron las fuerzas del Iquique cual hoja batida por furioso vendaval; y el Iquique y su jefe que ya estaba herido, tuvieron que poner pies en polvorosa y retirarse a paso de carga, a todo correr, cerro abajo.

Aquí murieron el mayor don Isidoro Salazar y el capitán don Benigno Campo del Iquique.

La mejor prueba de que el Iquique llegó tarde y de que apenas sostuvo unos cuantos minutos el fuego, en que salió herido el comandante Sáenz Peña, es la de que en San Bernardo vivieron prisioneros 22 oficiales y jefes del Iquique incluso el mismo señor Sáenz Peña, sin que ninguno de ellos, excepción hecha de su jefe, hubieran sacado en el combate la más ligera herida ni rasguño.

La verdad es que el impetuoso y exterminador ataque de los nuestros no dio tiempo a la división Ugarte a tomar sus reductos, para fortuna de ellos; porque si tal cosa acontece, muchos ese día habrían pasado la gran revista «en la mansión de los héroes».

Ya veremos lo que ocurrió a don Roque Sáenz Peña, como fue tomado prisionero, quien lo salvó.

Hemos dejado al primer batallón que tome el Este y Cerro Gordo; y también hemos asistido al ataque del Iquique; dejemos en marcha los veteranos de don Luis Sólo Zaldívar que van corriendo al enemigo reducto tras reducto; fuerte por fuerte; y busquemos a los hombres del 2.º batallón por la playa de La Lisera, por los poderosos bastiones que cubren las faldas del Morro, que miran al occidente, para el mar.

Al frente, a paso de carga, oblicuando a la izquierda, bajo la vista de San Martín que sin recelo ve alejarse a la 4.ª del 2.º, con Silva Arriagada a la cabeza, extendida en guerrilla, parte la compañía de Cazadores.

En la penumbra de esa espléndida mañana, que una ligerísima bruma marina apenas empaña, se ve a retaguardia de la 4.ª del 2.º la marcial apostura del garboso capitán de la 1.ª don Menandro José de Urrutia; alto el sable, los cornetas listos a su retaguardia, don Menandro que es un viejo y caballeroso soldado, toma el campo con sus fornidos granaderos y oblicuando también a la izquierda, rápidamente se pierde en la semi obscuridad vespertina.

Ágiles los hombres de la 2.ª y 3.ª del 2.º, que acaudillan respectivamente el capitán don P. Julio Quintavalla y el teniente don Gumecindo Soto, que ahí ganó los tres galones, modesto y caballeroso oficial que ya pagó su tributo a la vida, siguen las huellas que dejan en la pesada arena sus compañeros de vanguardia.

Las precauciones de aquella hueste, para no ser sentidos, son exactamente las mismas que los del primer batallón de la derecha. Medios encorbados; firme y apretado el combain en la mano derecha, agarrado de la mitad, a la misma distancia de culata y trompetilla; la izquierda impidiendo la oscilación cadenciosa, como de péndulo, que tomaba aquella grande y guerrera bayoneta con la acompasada marcha militar, aquellos disciplinados y aguerridos soldados caminaban serenos y tranquilos como en doctrinal faena al asalto de los baluartes enemigos.

San Martín los ve partir y antes que la orden de desfilar se cumpla, ha delegado el mando del 2.º batallón, en su capitán ayudante don Miguel Rivera, que al frente de la 1.ª cerca de Urrutia, tiene su puesto de combate.

Todo el 4.º de línea está ya en movimiento; San Martín con don Loredano Fuenzalida, a quien equivocadamente hemos dejado cerca del mayor Sólo Zaldívar, error que rectificamos porque acompañó en verdad a su heroico amigo don Juan José, se carga a la derecha sobre El Este, que es su más poderoso enemigo.

El 2.º batallón continuaba su diagonal, hacia la izquierda, para envolver al peruano, superarlo, asaltarlo y vencerlo.

El alba principiaba a recibir del oriente las primeras tonalidades de la luz; esa tenue claridad que es el anuncio del crepúsculo y que da a los objetos formas fantásticas, perfiles raros que no son ni sombra, ni nada.

La masa correcta del 2.º batallón, tenía así algo de fantástico, de gigante.

De súbito resonó en aquellos solitarios yermos el ronco estampido del cañón del Este y junto con los primeros disparos de fusil de aquel reducto, el fuego coronó los parapetos del primer fuerte sur de La Lisera.

El enemigo había adivinado la presencia del 4.º de línea y rompía magnífico y nutrido fuego; allá, al norte, El Ciudadela, contestaba el reto del 3.º de línea y sus piezas vomitaban torrentes de metralla.

Los fuertes del Morro que montaban cañones con campo de tiro al oriente, lanzaban sus grandes y esféricos proyectiles, que rebalsando las líneas enemigas, iban a revotar en las lomadas donde se acampaba el ejército el día antes.

La acción, la batalla está abierta; el asalto, la pelea cuerpo a cuerpo, la lucha gigante se viene encima.

Los cornetas de don Miguel Rivera, están listos; los de Silva Arriagada y Urrutia miran a sus capitanes; y las guerrillas del 2.º del 4.º, raleadas ya por la metralla, por los Peady y Remington, guardan sus distancias con severa y heroica impavidez.

El primer reducto está ahí, a la vista; es un volcán de fuego. A su retaguardia todos los demás fuertes de la costa se ven rojos de llamas. Es un espectáculo imponente, hermoso; tiene la majestad sublime de la muerte.

-¡Fuego! -dice con voz tranquila el ayudante Rivera, y el corneta lanza al aire aquel toque tan querido del soldado chileno.

-¡Armen bayoneta! ¡A la carga muchachos! -exclama con voz potente el capitán ayudante Rivera.

Y los hombres de aquel 4.º, de aquel Arica, que hoy no existe, que ahí labró su gloria y su nombre inmortal, con la precisión disciplinaria de los viejos y aguerridos tercios de mi patria ejecutan las órdenes de su jefe.

Todos los cornetas y tambores, lanzan al espacio sus guerreros sonos, que la brisa del mar lleva en sus alas, repercutiendo como ruda y feroz amenaza de muerte y de matanza hasta en los bastiones del lejano Morro.

Un chivateo inmenso, un «¡viva Chile!» atronador, revuelto con gritos, imprecaciones y lamentos de los heridos; con adioses de los que caen para siempre, se deja sentir; y Silva Arriagada cae como un rayo con su 4.º del 2.º sobre el primer fuerte de La Lisera.

Los cazadores del 2.º se unen con los de la primera de Urrutia; con los hombres de Quintavalla, con la 3.ª de Soto.

Estas dos últimas compañías no caben, no tienen terreno al frente para su ataque, hacen flanco derecho y a escape caen sobre los flancos de las posiciones enemigas.

El sargento 1.º don José Antonio Montt, seguido de los sargentos don Damián San Martín, don Remigio Arévalo, de don Gabriel Betancur, atraviesan los fosos, penetran a las trincheras y llevando tras sí a todos sus cazadores asaltan el fuerte.

Don Juan Urrea, teniente y bravo cazador, va con ellos y cuida y anima a sus hombres que son gatos monteses, ágiles y vivos cual demonios.

El bravo y decidido subteniente don Miguel E. Aguirre Perry, que ha abandonado los claustros de la Escuela Médica, por un puesto de combate en el 4.º de línea, es de la 4.ª también; y en el asalto tiene alientos gigantescos de soldado, heredados sin duda, del Conquistador y compañero de Pedro de Valdivia, don Francisco Aguirre, de quien en línea recta desciende y cuya generosa y brava sangre española no desmiente.

Miguel Aguirre Perry, ovalino, y a quien estimamos de veras, salvó indemne en este primer asalto; pero más adelante, por desgracia, bala enemiga cortó la carrera de aquel esforzado mozo; cruel proyectil que perforó de frente su ancho pecho, en la parte superior, chocó en la espina dorsal, desquició la vértebra, y destrozó la médula espinal.

Lo hemos dicho, Aguirre Perry, era estudiante de medicina; sólo se tomó el pulso y cuando alguien se acercó a auxiliarlo, con tono tranquilo, casi alegre exclamó:

-¡Me f... compañero!

La parálisis del corazón y falta de respiración producida por tan gravísima herida, apagaron más tarde la vida de aquel valiente mancebo.

Revuelto ya el 2.º batallón, siguen sus hombres veloz carrera; y de una en una ocupan las cinco trincheras y se toman los cuatro fuertes.

La defensa enemiga ha sido tenaz, y sus repliegues han sido efectuados rápidamente; los restos de aquella guarnición se concentran en la gran plazoleta del Morro.

Han sido inútil las minas; pocas han reventado; ha faltado mano y corazón para efectuar el sacrificio; muchos alambres han sido también cortados.

El temple de acero que debió tener Bolognesi, para defender a Arica y para consumir su gloria y la de su patria no existió; ni tampoco se transmitió a sus subordinados.

El polvorín grande del Morro no estalló, como lo veremos pronto; por que no quiso Bolognesi primero, y porque enseguida La Torre, a gritos, suplicó impidieran esa explosión, que habría salvado su nombre y su fama.

Pero la victoria del 2.º batallón, había sido caramente comprada; en los reductos, laderas, fosos, recintos y bastiones quedaban como eternos recuerdos de aquel ataque, don José Félix Astudillo sargento de la 4.ª, Demetrio Ríos, cabo de la misma y los soldados Francisco Ruiz, Rufino Cáceres, Agustín Muñoz y Juan Mayorga.

El sargento 1.º don Pedro Antonio San Martín de la 2.ª del 2.º, dormía también ya el sueño del eterno descanso; y caídos también en sacro montón, se veían a los cabos Bautista Araya y Benjamín Pinochet y a los soldados José Agustín Tapia, Juan José Escobar y tantos otros más, que en aquel día glorioso escribieron sus nombres en los libros de la fama.

Heridos contaba el 2.º batallón, mucho más de lo que se puede imaginar el lector; y téngase presente que aún El Morro está en pie, se defiende, no ha caído.

* * *

Hagamos un alto; dejemos a los niños del 4.º corriendo a tiros, golpes de yatagán y a culatazos al enemigo que se repliega y se retira, en revuelto laberinto, hacia los grandes baluartes del Morro; donde se rendirá a discreción y con ignominia, sin consideraciones a la historia, al nombre de peruanos y a la promesa de querer el último cartucho.

El último cartucho era prender la grande y bien provista mina del Morro con sus ciento y tantos quintales de dinamita, con todas sus municiones, con más de cien quintales de pólvora.

Prat, Thompson, don Justo Arias Aragües, Ramírez, Juan José La Torre, don Pedro Lagos, dan serenos, fuego a esa mina y sus espíritus sublimados por el sacrificio dominan el mundo y la gloria.

El coronel Lagos con sus ayudantes señores Julio Lira Argomedo, Ricardo Walker, Gajardo, Zelaya, Orrego Cortés y Manuel Romero, está a caballo, y sobre una eminencia que domina el campo de batalla; antejo en mano, escudriña las agrestes lomadas que se extienden a sus pies y donde se ha trabado ya aquel épico asalto, ideado por su genio y dirigido única y exclusivamente por el ínclito guerrero.

Tranquilo, sereno don Pedro, siente los primeros enemigos, oye los roncós «¡viva Chile!» de sus legiones y cuando el día ha alumbrado, aquel magnífico cuadro, puede ver a sus dos regimientos y tomar la plaza de Arica, cuna inmaculada de sus glorias, pedestal de su futura estatua que le debe Chile y cuyo plinto debe semejar un Morro.

Dejemos al guerrero de Arica en su puesto de observación y volvamos al 3.º para seguir luego al 4.º, a San Martín, y escalar y rendir El Morro.

* * *

La explosión del Fuerte Ciudadela, como ya hemos contado, fue soberanamente espantosa, cuanto a ella misma y a las brutales represalias a que dio lugar.

Y aquí dejaremos constancia de que no habiendo el bravo subteniente Poblete alcanzado a arriar la bandera peruana de su mástil, porque la explosión arrancándole la cabeza le quitó también la gloria de rendir esa enseña; el subteniente don José Ignacio López, hoy general de división, tomó a su cargo la faena, consiguiendo bajar ad eternum el rendido pabellón peruano.

El jefe del regimiento, en su parte oficial, cita este hecho, del que siempre se ha mostrado orgulloso el general López.

Otro cargo curioso fue de que el cadáver del infortunado cuanto bravo jefe enemigo, don Justo Arias, caído muerto adentro, con la explosión, salió del recinto, voló por el espacio, e intacto cayó fuera del Ciudadela.

Parecía que el jefe enemigo, don Justo Arias, aún después de muerto, protestaba de su permanencia en aquel recinto, que ahora era chileno.

El comandante don José Antonio Gutiérrez y el mayor don Federico Castro, seguido de su ayudante, nuestro viejo amigo don Rodolfo Portales P. que tan gratos recuerdos dejó en las filas del Tres, evacuado El Ciudadela, continuaron con todo empeño en el ataque.

Las guerrillas del 3.º siguieron, pues, avanzando por la falda norte del Morro, y con tanto empuje y ligereza, que ellos fueron los que coparon el medio batallón Iquique, de don Roque Sáenz Peña; y los que hicieron morder el polvo a los veteranos del Tarapacá, que perdió a su jefe, don Ramón Zavala.

Los del Tres, con el sargento mayor don Federico Castro, que ayer declarábamos se condujo tan a la altura de su deber y del nombre del regimiento de quien era tercer jefe, que don Pedro Lagos lo recomendó especialmente, llegaron hasta la retaguardia del pueblo; y después de limpiar de enemigos todas las faldas del Morro, siguieron hacia el norte, en demanda del fuerte San José, para darse la mano con los Lautaros que, del norte, desplegados en guerrilla, cargaban a su vez sobre el Santa Rosa, Dos de Mayo y San José.

Muy pocos fueron los soldados del Regimiento que acaudilló en ese día don José Antonio Gutiérrez, que alcanzaron al Morro mismo, porque hubo como un acuerdo tácito en toda su oficialidad, para no quitar al 4.º la purísima gloria que obtuvo ese día, siendo él únicamente el dueño sólo de esa afortunada acción de guerra: ¡coronar el Morro de Arica!

* * *

El 1.º y 2.º batallón del 4.º, en veloz carrera y sin respetos humanos de ninguna clase, al contrario, atropellando cuanto a su paso encuentran, tiene acorralado al enemigo en sus últimas posiciones.

Como hemos visto, las bajas del regimiento son grandes; pero ello no viene a disminuir el empuje del ataque, que, al contrario, el cuartino se enfurece y ya nadie da cuartel, ni nadie puede detener su avance.

En esos momentos, todos quieren ir a vanguardia; el viejo capitán, don Pedro Onofre Gana, a quien los años le impiden correr, monta a caballo, en uno que alguien le proporciona, y cuando nuestro inolvidable amigo, ufana avanzada al frente de los suyos, jinete en su caballo, el comandante San Martín, que lo adoraba, porque era el amigo de todas sus intimidades, le grita:

-¿Qué es eso, capitán Gana? Un oficial de infantería, no debe batirse a caballo.

Noble y dulce reproche que el amigo, el camarada, hacía al subalterno, que era más que su hermano de armas, porque era el íntimo poseedor de los secretos de su corazón y de sus amores.

El capitán Gana y el que esto narra, eran los únicos amigos a quienes San Martín había llevado a la casa de su amada, que vivía en esos días en solitaria quinta, vecina al San Cristóbal en Santiago.

* * *

El primer batallón corre, que no marcha, en demanda del gran reducto del Morro, por la derecha; sobre su izquierda se desliza asimismo el 2.º, que no le va en zaga.

Los del 1.º dejan a retaguardia el amurallado recinto del Morro Gordo; y los del 2.º, ya han corrido al enemigo del tercer fuerte y de cuatro reductos.

En esos asaltos, los cuartos no se han preocupado de las minas que revientan, ni de los que mueren quemados, hechos trizas, porque a todo van resueltos, y ya nadie hace prisioneros.

La lucha, sin embargo, toma una nueva faz.

A su frente, el regimiento se encuentra, de repente, con una grande y despejada hondonada. Es una depresión del terreno que corre de oriente a poniente, que principia un poco al oeste del Ciudadela, para continuar por el costado norte del Cerro Gordo y perderse enseguida al poniente, y un tanto al sur, de los bastiones del Morro.

De borde a borde, permítasenos la expresión, tiene esta hondonada unos 600 metros, más que menos.

Los cañones del Morro barren su flanco oriental, y los fuegos del reducto y fuerte, que queda perfectamente al este del Morro, y los dos del sur del mismo y orilla del mar, dominan absolutamente esta zona, que es peligrosísima.

Quedan, pues, que rendirse y tomar tres fuertes, y tres reductos, antes que rendir el Morro.

Bolognesi está en su puesto; lo rodean Moore, Latorre, Alfonso Ugarte, Armando Blondel y Francisco Chocano.

Los jefes enemigos han visto el irresistible empuje de los nuestros; comprenden que Arica está perdida para el Perú; saben que sus cañones no tienen ya campo de tiro posible, porque el 4.º se pone bajo batería. No les queda más recurso que el fuego de fusil; y parapetándose en sus últimos atrincheramientos, abren nutridísimo fuego de rifle y carabina sobre los asaltantes, que a todo correr, desolados, se lanzan loma abajo por la hondonada; salvan el medio kilómetro que los separa de los fuertes enemigos, los asaltan, atacan, toman y rinden, matando sin piedad a todos sus defensores.

En uno de esos reductos murió Armando Blondel, tercer jefe del Artesanos de Tacna, que de orden del coronel J. J. Inclán, se venía replegando desde el Este, reducto por reducto.

Y al atravesar aquella suave e infernal hondonada, cayó también el bravo de los bravos, el alentado y pundonoroso comandante del 4.º de línea, del futuro Arica, teniente coronel don Juan José San Martín.

Llegaba ya a la cima de la quebrada, es decir, estaba casi en el Morro, cuando una bala enemiga, deteniéndolo en su ascensión, lo hacía girar sobre sus pies, trayéndolo al suelo.

¡El proyectil había penetrado por el costado derecho, destruyendo, haciendo pedazos el hígado y perforando el estómago del bravo comandante!

La herida era tremenda, espantosa; y, sin embargo, San Martín, conteniendo sus entrañas, se levantó del arenisco suelo y continuó por breves instantes su ascensión, que terminó sentándose en un saco de arena.

Caro, inmensamente caro, se compraba la victoria del 4.º de línea; porque San Martín estaba mortalmente herido y su espíritu inmortal no demoraría sino horas en desprenderse de su humana envoltura.

En el acto, y como un rayo, cundió la fatal nueva, y un: ¡Viva San Martín! ¡Hurra! ¡Vengamos a nuestro comandante!

Fue el nuevo grito de guerra, que atronó el espacio, y que cual fatídica sentencia de inapelable muerte, cayó sobre las filas enemigas.

Pero, lo hemos dicho, caro costaba la victoria. En esa ladera firmaron la carta de ciudadanía chilena del Morro de Arica: San Martín, Juan Rafael Alamos, Carlos Lamas García, Samuel Meza T., que alcanza tres heridas; Julio Paciente La Sotta, Alberto de la Cruz González, a quien lo bandean en ambas piernas.

El asalto se torna en matanza. No quedan en pie sino los fuertes de rieles del centro de la plazoleta del Morro; nuestros hombres están ya en la brecha misma; un instante más, y Arica caerá para siempre.

En ese preciso momento, cuentan algunos sobrevivientes que se oyó sereno y majestuoso el toque de «¡Alto el fuego!»

Y que, como por encanto, los nuestros, obedientes al acorde de la corneta, bajaron sus armas.

En el mismo instante, el enemigo, que no distaba más de 180 metros, hizo una descarga que revolcó en el suelo al sargento 2.º de la 3.ª del 1.º, don Santos Fredes, partiéndole el cráneo de un sólo golpe. Damián San Martín recibía en la caja del cuerpo, en el tronco, otra herida, y cinco o seis soldados más, mordían el polvo ahí mismo... A pesar del toque ¡Alto al fuego!, todos los presentes Sólo Zaldívar, José Ignacio Bustamante, antiguo cuarto del año 1865, de los viejos veteranos del tiempo de don Pedro Lagos; La Barrera, el capitán Silva Arriagada, Carlos Aldunate Bascuñán y Vicente Videla, bramando de coraje, haciendo fuego en avance, calando bayonetas, salvan la última trinchera, y por todas partes penetran al Morro.

Con ellos van los primeros don Eduardo Salas, de la 3.ª del 1.º, y don Toribio Wolleter, de la 3.ª del 2.º; el sargento don Manuel Castillo, a quien por su heroica conducta se le asciende poco después a subteniente, y todos los oficiales, sargentos, cabos y soldados que restan en pie.

Es fama que quien va a vanguardia en aquel momento, es el subteniente don Carlos Aldunate Bascuñán; y así debió ser, porque ese oficial dio siempre pruebas de energía sin par, y porque joven, un niño, tenía sólo 18 años, su edad y físico vigor, le daban derecho para poder, mejor que otro, correr, saltar e ir siempre adelante, el primero.

* * *

Un año después, se celebraba en el Callao el primer aniversario del «Asalto de Arica», por los niños del 4.º; el coronel don José Domingo Amunátegui, pasaba revista al regimiento, y al efectuar la de aseo, armamento y vestuario en la compañía del teniente don Carlos Aldunate Bascuñán, los soldados de esa unidad recorrieron un telón, y a la vista del coronel Amunátegui y de todos los circunstantes, apareció este letrado: «¡Viva el teniente don Carlos Aldunate Bascuñán, primer oficial chileno que coronó el Morro de Arica!»

Aldunate Bascuñán, que no tenía noticias de tan magnífica muestra de cariño, se quedó mudo ante aquella exquisita y espontánea manifestación de los cuartinos.

* * *

Pero, volvamos al Morro, al asalto, al entierro y funerales de la peruana plaza de Arica. Tocan ya las regias campanas de la historia, a difuntos, y el funeral de Tacna y Arica se va a concluir sin cantos, ni salmodias, y sólo con el De profundis, que entonan los rifles, los corvos, yataganes y bayonetas.

¡En la orquesta infernal de este funeral, no llevaba la gran batuta la dinamita ni el volcán: que los grandes actores peruanos han olvidado sus papeles!

* * *

Los bravos oficiales y tropa del 4.º como torrente que se precipita de empinada y abrupta sierra, caen sobre aquel recinto.

Algunos se dirigen al centro de la plaza; otros en dirección a los cañones de las baterías del mar; al reducto que está al centro, que es de murallas de caliche y de rieles; a las casas matas del nor-poniente; a las barracas de la tropa y casitas de oficiales; a todas partes penetran, matan, y matan sin piedad.

Hemos conversado a propósito de este último asalto, con dos sobrevivientes; tenemos, además, sobre el acto final de esta tragedia, anotaciones tomadas religiosamente en San Bernardo, en junio y julio de 1880, por nosotros mismos, escritas con sumo cuidado, y después de haber oído narrar esa acción a los prisioneros que actuaron en ella; y luego, poseemos partes oficiales y muchos documentos de capital importancia. Con todo ese material entramos a historiar el drama final de Arica, cuadro que nos falta para terminar la Toma de Arica.

El teniente Aldunate Bascuñán, sostiene que él va a la vanguardia; démosle gusto en ello y oigamos su sencilla narración:

«Pertenece a la 1.ª del 1.º; mi capitán La Barrera era todo un valiente; Ricardo Gormaz, veterano del 4.º, ejercía de teniente; como subteniente de mi compañía, y en orden de antigüedad, servíamos el Maucho Meza, yo y Julio Paciente de La Sotta. Esa mañana teníamos 93 hombres, de capitán a tambor; la jornada había sido muy dura, muy cruda; nosotros perdimos ahí diez o doce hombres muertos, y los heridos de la 1.ª alcanzaron a 22. De la Sotta y Meza quedaron como arneros. Sólo mi capitán, Ricardo Gormaz, y yo, estábamos ilesos.

Nuestras clases habían peleado bien; el 1.º Jara y los sargentos Domingo Sepúlveda, Juan Francisco García, todos se habían conducido admirablemente.

Mi comandante San Martín cayó cerca del Morro, al salir del último bajo; la tropa lo supo, y los polvorazos, minas o la muerte de mi comandante, se decía que había perecido, enfurecieron a todo el mundo.

En estas circunstancias, después de 45 ó 50 minutos de pelea, llegamos al centro de la Plaza del Morro; me acompañaban cuatro o cinco soldados y un sargento; a mi retaguardia corría todo el regimiento.

No en el mismo centro, un poco cerca de las piezas que daban al mar estaba Bolognesi, don Juan Guillermo Moore, vestido de paisano; Espinosa, chiquito, y otros jefes peruanos más.

La tropa, obediente a mi voz, se detuvo y rodeó a los comandantes enemigos.

Bolognesi se dirigió a mí y me dijo:

-Estoy rendido; no me mate, que estoy herido; ¡soy un pobre viejo cargado de hijos!

En el acto contesté:

-Los oficiales chilenos no matan a los heridos ni a los prisioneros.

Bolognesi, en señal de rendición, gritó a los suyos:

-¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Sobre la marcha, recibí de manos del coronel don Francisco Bolognesi, su espada, y del capitán Espinosa, la suya.

Esas armas las poseen hoy, don Juan Miguel Dávila Baeza, la de Bolognesi y la familia de mi capitán don José Losedano Fuenzalida, la de Espinosa.

Don Juan Guillermo Moore, Bolognesi y Espinosa, fueron inmediatamente puestos bajo custodia, para librarlos de la furia de los soldados que no querían dar cuartel.

Yo continué mi camino, acompañado por mi sargento Briones y tropa de mi compañía, y en demanda de otra situación.

Por desgracia, habiendo cesado el fuego y dándose por todos la orden de no continuarlo, y estando rendido aquel poderoso reducto, un infeliz soldado, dicen algunos, ¡jamás se sabrá quien fue, creo yo, hizo reventar uno de los grandes cañones de la batería del mar!

Esa felonía volvió loco a todo el mundo, y a nadie se perdonó entonces la vida.

Más tarde pude ver juntos los cadáveres de Bolognesi, Moore y otros que no recuerdo. Bolognesi tenía roto, destapado el cráneo de un culatazo.

La tropa, furiosa, los mató estando rendidos».

Decíamos que el sable que entregó Bolognesi al subteniente Aldunate Bascañán, lo posee don Juan Miguel Dávila Baeza; esa arma es una espada común de marino, con empuñadura de marfil; la guarda es lisa, coronada por una cabeza de león, de bronce. Su vaina, de cuero con puntillos y contera de metal. En el lomo se lee la marca del fabricante: J. I. Berenguel.

* * *

Don Miguel de La Barrera, capitán de Aldunate Bascañán, en carta familiar, dice textualmente:

«Los primeros que llegamos al Morro fuimos: el capitán Ricardo Silva Arriagada, yo, Marchant, el teniente Ibáñez y el subteniente Aldunate; que éste llegó MÁS ADELANTE, CHIQUILLO MUY SUFRIDO».

Agregaremos aquí, que todos cuantos recuerdan este emocionante y final episodio, aseveran que Bolognesi tenía el cráneo hecho trizas.

Después de la verídica relación de don Carlos Aldunate Bascuñán, ¿en qué queda el bullado heroísmo de Bolognesi?

¿Por qué no prendió fuego al hermoso y terrorífico volcán, que con tanto arte preparó Elmore?

¿En qué quedó tanto alarde de gloria y pujanza tanta?

¡Únicamente en pedir perdón a un niño, y rendir su sable al más joven y esforzado sobreviviente del 4.º!

¡Don Justo Arias Aragüez, ése sí que fue hombre! ¡Si Aldunate Bascuñán se topa con él en el Morro, otra cosa habría sido, porque sólo a sable y a balazos habría rendido la vida, que no su espada, don Justo Arias!

¡Y esto, que si jefe supremo de Arica hubiera sido don Justo, la plaza habría saltado por los aires, sin duda alguna!

* * *

Mandaba la 4.^a del 2.º -me decía don Ricardo Silva Arriagada, no ha mucho- Mi compañía contaba los mejores cazadores del antiguo 4.º

Tenía muy buenos oficiales; se me honró dándome la descubierta en el ataque. Sobre nuestra izquierda, a tomar el Este, marchó el 1.er batallón; a nosotros, los del 2.º, nos enviaron a los fuertes de la costa, a los de La Lisera; eran cuatro, con cinco trincheras, foseadas en forma de media luna.

Partimos oblicuando sobre la izquierda, con esta en cabeza, en movimiento envolvente; el ataque fue rapidísimo; no hicimos fuego sino cuando ya estábamos encima; todo el 2.º batallón, ciego y con rapidez asombrosa, tomamos todos los fuertes de la playa y llegamos al recinto mismo del Morro; sentimos el toque de «¡Alto el fuego!»

Nos detuvimos un momento, y como hubieran muchas bajas, de acuerdo todos seguimos el asalto y penetramos a la gran plazuela, y me dirigí a un fuerte cuadrado y con rieles que había en el medio.

Cuando llegué al mástil, que enarbolaba la insignia peruana con varios de sus soldados, nadie, de nuestro ejército, se había adelantado a mí.

Más tarde pude ver los cadáveres de Bolognesi, Moore y Ugarte. Todos decían que después de haberse rendido vulgarmente, la tropa los había ultimado a culatazos, porque, con felonía, estando rendida la plaza, le dieron fuego a los cañones, reventándolos.

El cadáver de Alfonso Ugarte se encontraba en una casucha ubicada cerca del mástil, al lado del mar, mirando hacia el pueblo; en ese lugar, las rabonas del Morro cocinaban el rancho; y ahí, esas pobres mujeres, tenían oculto el cadáver de Alfonso Ugarte; era un hombre chico, moreno, el rostro picado de viruelas, los dientes muy orificados, de bigote negro.

Aquellas mujeres tenían profundo cariño por Ugarte, y para guardar su cadáver, lo habían vestido con un uniforme quitado a un muerto chileno.

Pude saber que era el coronel Ugarte, porque el doctor boliviano Quint cuando lo vio, exclamó:

-¡Pobre coronel Ugarte; no hace mucho, lo he visto vivo!

Más tarde se dio la orden de arrojar al mar todos los cadáveres; sin duda que botaron también el de Alfonso Ugarte, porque no se pudo encontrar.

En ese mismo día, ofreció su familia 5.000 soles plata por los restos del coronel; se buscaron mucho; di noticias, detallé lo ocurrido, pero nada se descubrió.

Esto ocurrió largo rato después de rendida la plaza.

Iba a descender al plan por un senderito que vecino al mástil se encontraba, cuando varios jefes peruanos subían a la altura; uno de ellos me dijo:

-¡Sálvenos, señor; estamos rendidos!

Eran los señores comandantes don Manuel C. de La Torre, don Roque Sáenz Peña y el mayor don Francisco Chocano, que arrancando de la furia de los soldados chilenos, se rendían a discreción.

La Torre me entregó su revólver; don Roque Sáenz Peña estaba herido en el brazo derecho. En el acto tomé las medidas del caso para salvarlos.

La tropa que venía atacándolos, continuo disparando; mandé hacer «¡Alto el fuego!», y sólo haciendo esfuerzos soberanos, pude mantener a nuestros hombres.

-ENTRÉGUENOS LOS JEFES CHOLOS, PARA MATARLOS, MI CAPITÁN -gritaban y vociferaban todos a la vez.

La Torre y Chocano pedían a gritos perdón; Sáenz Peña se mostró tranquilo, sereno, imperturbable; si hubo miedo, en don Roque, no lo demostró; aquello resaltó más y se

grabó mejor en mi memoria, por cuanto los dos prisioneros peruanos clamaban ridículamente por sus vidas.

Cierto que el trance fue duro, apurado, y él subió de punto cuando al pasar cerca de una de las piezas del Morro, reventó ésta, en circunstancias que, revólver y espada en mano, defendía a mis prisioneros.

La explosión fue tremenda; la muñonera del cañón, por poco no mata a uno de ellos; la tropa, ciega, se vino encima gritando:

-ENTRÉGUENOS LOS CHOLOS TRAIADORES, MI CAPITÁN».

El comandante La Torre agrega:

-Nosotros no somos culpables; esas piezas, posiblemente, tenían mechas de tiempo; no nos maten; nada sabemos; no tenemos participación.

Chocano une sus súplicas a La Torre, y al fin consigo salvarlos. Don Roque Sáenz Peña, mudo, no habla, no despliega sus labios; pálido se aguanta, ¡y se aguanta!

En esos momentos, varios soldados persiguen a tiros a unos infelices, y éstos se precipitan por una puerta que existe en el suelo, nuestros hombres llegan y hacen fuego. La Torre y Chocano, que ven aquello, gritan:

-Por Dios, no hagan fuego; ésa es la Santa Bárbara del Morro, la mina grande; hay más de 150 quintales de dinamita; está llena de pólvora y balas; ¡va a estallar!

La tropa se detiene, y ante la declaración de La Torre, que es el jefe de Estado Mayor enemigo, comprende la suprema necesidad de salvar a esos prisioneros, y se tranquiliza.

Las geremiadas de los prisioneros peruanos continúan, y solícitos a todo, dan muestras de miedo, pero de mucho miedo.

Don Roque Sáenz Peña sigue tranquilo, impasible; alguien me dice que es argentino; me fijo entonces más en él; es alto, lleva bigote y barba puntudita; su porte no es muy marcial, porque es algo gibado; representa unos 32 años; viste levita azul negra, como de marino; el cinturón, los tiros del sable, que no tiene, encima del levita; pantalón borlón, de color un poco gris; botas granaderas y gorra, que mantiene militarmente.

A primera vista se nota al hombre culto, de mundo.

Más tarde entrego mis prisioneros a la Superioridad Militar, que los deposita, primero en la Aduana, y después los embarcan en el Itata.

-Esto es -agrega el ex-capitán del 4.º de línea, don Ricardo Silva Arriagada-, cuanto a mi actuación en Arica puedo narrarle, y me da todavía otros interesantes detalles.

-Aquí tiene usted -repite- dos cartas originales, y que prueban la verdad de mi relación.

Los originales de quien tomamos las copias que publicamos, obran en nuestro poder, y quien desee verlas puede hacerlo, que están a disposición del público, junto con otros papeles y copias autorizadas de documentos preciosos, en que basamos la presente narración:

«San Bernardo, julio 22 de 1880.- Señor capitán don Ricardo Silva Arriagada.- Valparaíso.-
Muy señor nuestro: Hoy ha llegado a nuestro poder su estimada de 18 del presente, que a la letra dice:

'Valparaíso, julio 18 de 1880.- Señores comandantes Sáenz Peña, La Torre y Chocano.-

Muy señores míos: Con el fin de aclarar ciertos errores que aparecen en las relaciones de los corresponsales, y como muchos de ellos tendrán que figurar, quiero que sean lo más exactos. En esta virtud, espero que ustedes se sirvan contestarme al pie de la presente:

Si es efectivo que el 7 del próximo pasado, en la batalla de Arica, fui yo el primer oficial chileno que llegó a la parte norte del Morro, junto a donde estaba la bandera; y ,

Si es efectivo que ahí me cupo el honor de salvarlos de nuestros soldados, lo que supongo ustedes no lo habrán olvidado, tanto más cuanto que así me lo prometieron ustedes'.

Por mi parte, conservo con verdadera satisfacción el revólver que me entregó el señor comandante La Torre, y a más, el recuerdo de haber podido hacer algo por ustedes en esos momentos.

Mi objeto único es que aparezca la verdad; y como ustedes son testigos oculares e imparciales, me he tomado la libertad de dirigirme a ustedes.

Deseando que la presente los encuentre completamente buenos, los saluda su afectísimo y S. S.- R. Silva Arriagada».

«Grato nos es dar a usted la contestación que nos pide, en homenaje a la verdad.

Es usted el primer oficial del ejército chileno que llegó a la parte norte del Morro, al pie del asta, en que estaba izada nuestra bandera, y donde nos encontrábamos los dos primeros de los suscritos; y nos complacemos en declarar que ahí y en aquel momento, fue su empeño principal, realizado con inquebrantable energía, salvar de la matanza que se hacía, a los suscritos y a los pocos oficiales que habían quedado con vida.

Esto mismo hemos dicho a los muchos señores de Santiago que han tenido la bondad de visitarnos, cuando ha habido oportunidad para hablar del asunto; y esto mismo publicará la prensa peruana a su tiempo.

Saludando a usted muy afectuosamente, nos suscribimos sus seguros servidores
(Firmados).- M. C. de La Torre.- Roque Sáenz Peña.- Manuel Fco. Chocano».

«COPIA.- Carta de don Roque Sáenz Peña.- Roque Sáenz Peña.- Estudio: Reconquista
144.- Buenos Aires, julio 3 de 1905.- Señor R. Silva Arriagada.-

Mi estimado amigo: Me es grato corresponder a su afectuosa del 28 del pasado, como me fue muy agradable recibir el mensaje que usted se sirvió enviarme por intermedio de mi amigo el teniente general Luis María Campos, y si no correspondí a este último, fue por ignorar la dirección que debía dar a mi carta.

Yo también he recordado siempre el nombre de usted y su buena acción al proteger los heridos del Asalto de Arica y salvarles la vida a los pocos jefes sobrevivientes, en cuyo número me cuento. Esas buenas acciones deben dejar en el espíritu como un grato perfume y un honroso recuerdo para el resto de la vida, probando que aún en el ardor de la pelea, el sentimiento humano nos detiene ante el sacrificio inútil y la demasía de sangre que había corrido a raudales en aquel día.

Para los que estábamos adentro había una sentencia inapelable; la afrontamos con resolución, y no tendríamos motivo para protestar, de nuestra suerte decretada por nosotros mismos y escrita por nuestra propia mano; la vida en aquel momento era un capricho del destino; usted nos la acordó conteniendo la matanza en favor del comandante La Torre y del que firma, y puede usted tener la seguridad de que los dos recordamos su acción y su nombre.

Cuanto estuve prisionero en Chile, tuve ocasión de declarar que fue Ud. el primer oficial chileno que pisó el Morro de Arica y contuvo el exterminio de heridos y prisioneros; habían muchos oficiales que aspiraban al mismo honor, pero no los vimos sino muy tarde, cuando la tropa, lejos de la acción de usted, que le mantuvo en nuestra protección, cometía horrores con los caídos.

Tengo que agradecerle además los conceptos benevolentes con que usted me favorece, aún cuando no tenga la posición favorable que me supone en la política de mi país; no ocupo hace muchos años posición alguna oficial, y hace diez años que vivo consagrado a mi profesión de Abogado, gozando sí del buen concepto de mis conciudadanos.

La posición de usted me interesa mucho. ¿Qué cargo desempeña allí? ¿No me sería posible hacer algo en su obsequio? Sería para mí una gran satisfacción.

Tengo el gusto de estrecharle la mano y reiterarme su affmo. amigo y S.S.:

Roque Sáenz Peña.

P. S.- Le adjunto ese discurso a objeto de demostrarle que su nombre ha estado siempre en mi recuerdo.- V.»

Los documentos que publicamos y la sencilla y verídica declaración de los señores Aldunate Bascuñán y Silva Arriagada, dejan en claro que Bolognesi no fue un héroe, ni mucho menos los prisioneros, compañeros de don Roque Sáenz Peña.

Respecto a Alfonso Ugarte, agregaremos que alguien lanzó en el Perú la mentira de que el coronel nombrado se había arrojado al mar montado en brioso caballo; esa es una de las muchas falsedades con que los limeños adornan la historia de la toma de Arica.

Quien quiera ver la verdad y comprobar lo que hemos relatado, estudie y lea los partes oficiales de los señores Manuel de la C. La Torre, de don Roque Sáenz Peña y don Manuel J. Espinosa; los jefes nombrados hablan de Alfonso Ugarte, de su muerte; ninguno cuenta que se tiró al mar.

Espinosa, dice textualmente:

«Y como era ya inútil toda resistencia, ordenó el señor comandante general (Bolognesi) que se suspendiesen los fuegos, lo que no pudiendo conseguirse de viva voz, fue el señor coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fue muerto».

¿Puede ser más explícito el último jefe de las baterías del Morro, el que recogió la herencia del infortunado Moore, el hombre jefatura del Perú, que murió como Bolognesi, rendido?

Más adelante Espinosa agrega:

«Las tropas enemigas disparaban sus armas sobre nosotros, y encontrándonos reunidos los señores coronel Bolognesi, capitán de navío Moore, teniente coronel Sáenz Peña, usted (M. C. de La Torre), el que suscribe y algunos oficiales de esta batería, vinieron aquellas (las tropas enemigas), sobre nosotros y, a pesar de haberse suspendido los fuegos por nuestra parte, nos hicieron descargas, de las que resultaron muertos el señor comandante general coronel don Francisco Bolognesi y comandante de esta batería capitán de navío don Juan G. Moore, habiendo salvado los demás por la presencia de oficiales que nos hicieron prisioneros».

¿Se rindió Bolognesi?

Tengan presente los que esto lean, que los héroes de verdad, es decir, Prat, Aldea, Serrano, Ramírez, Arias, Carrera Pinto, Julio Montt, Salamanca, Luis Cruz, Julio Pérez Canto y todos los heroicos chacabucos, no se rindieron.

A Cruz, ese niño sublime que fue fundador de mi regimiento, el Curicó, el cabo Tachuela, como alguien lo bautizó, le pidió se rindiera en Concepción, cuando no quedaba sino Cruz vivo, la mujer a quien adoraba; y a ella, negó tal ofrenda, porque primero estaba Chile, su patria.

¡Bolognesi se rindió y tiene estatua!

El coronel, don Justo Arias Aragüez fue un león, murió sin rendirse, «¡Viva el Perú!» fue la última expresión de su cerebro.

¡Y no tiene ni siquiera un medallón en su patria!

En Chile, en cambio, se le admira, se le hace justicia.

San Martín, intertanto, agoniza; camina a paso de carga al Capitolio; de ahí al Olimpo, a la gloria, no hay distancia. ¡Muere y su alma bendita toma su puesto entre los grandes servidores de Chile!

Tan pronto fue herido nuestro noble amigo, como haciendo esfuerzo soberano, según contamos, enderezó su dolorido cuerpo y avanzó unos cuantos pasos; la fatiga, el dolor, lo hicieron reposar sobre un saco de arena.

Los cuartos, tan pronto conocieron su desgracia, levantaron suave y cariñosamente a San Martín, y conduciéndolo al Morro lo colocaron en una de las carpas de aquella fortaleza.

Su íntimo amigo, don Pedro Onofre Gana, soldado pundonoroso y caballero sin tacha, fue quien con el doctor don Juan Antonio Llausas y el capitán de la 4.^a del 1.^o, don Pablo Marchant, y con la tropa necesaria, con el cuidado más especial, condujeron del campo al Morro, a la carpa de Moore, a su propio lecho, al denodado comandante San Martín.

Llausas lo curó; es decir, vendó su herida, restañó aquella generosa sangre y... ¡qué más podía hacer nuestro cirujano ante tanta desgracia!

¡Cuán caras son las guerras y cómo la patria exige tan cruentos sacrificios!

¡Y no hay remedio, ella lo pide y hay que servir!

San Martín se iba; la vida de aquel noble chillanejo, árbol escogido de la montaña de Coihueco, caía como los robustos cedros del Líbano, sacrificando su vida en aras de la patria.

Llegados al Morro y depositado San Martín en el lecho del infeliz Moore, abrió los ojos dulcemente y preguntó:

-¿Dónde estamos?

Los capitanes Gana y Marchant le contestaron:

-Dentro de las fortalezas del Morro de Arica.

-Buenos -dijo San Martín-, digan al señor coronel Lagos que creo haber cumplido con sus órdenes.

Poco después decía a Pedro Onofre Gana:

-Nos vamos a separar... Hemos triunfado... ¡Viva Chile!

Luego después entregó a su viejo amigo, Gana, un rico reloj de oro con su cadena, que el ingeniero de la Armada, don Antonio Marazzi, le había traído de Europa, con encargo de dárselo a su hermana doña Luz San Martín; enseguida, me contaba tiempo ha el capitán Gana «recordó en voz baja a quien tú sabes», a su hijita, la reina de sus amores, y agregó haciendo un supremo esfuerzo:

-Pregúntale al general si está contento con lo que ha hecho el 4.º de línea y si aprueba mi conducta por haber llegado hasta el Morro...

Se recuerda lo que hemos narrado: al llegar nuestros cuartos a los lindes del Morro, un corneta tocó: «¡alto el fuego!»

¿Fue San Martín quien ordenó ese toque? Si lo fue, ¿qué secreta orden recibió de don Pedro?

* * *

Y no habló más aquel hombre, que fue buen hijo, buen amigo y gran soldado.

Su agonía fue tranquila, serena, dulce, si se quiere; se extinguió poco a poco a las 11 en punto de la mañana del 7 de junio de 1880. Conquistada ya Arica para Chile, se durmió para siempre, en tierra chilena, el pundonoroso jefe del 4.º de línea, don Juan José San Martín.

¡En el alto mástil del Morro de Arica ondea la bandera de la patria; plegada, a los pies de aquel muerto ilustre, se ven los colores peruanos, ofrenda de los bravos veteranos del 4.º de línea al mejor de sus jefes!

* * *

Los gritos, los vivas a Chile, atruenan el aire; los vencedores saltan por sobre las murallas del último fuerte que está en el centro mismo de la meseta del Morro; se toman de los

rieles, se afirman en los costrones de caliche y jadeantes, sudorosos y terribles, matan sin piedad a sus defensores.

-¡Estamos rendidos, tatitoy! ¡No nos maten, estamos rendidos, pues, tatitoy! -gritan aquellos desgraciados.

-Al infierno a pedir perdón. ¿Ahora estáis rendíos no más?

-¡No hay que dejar ni uno vivo de estos perros cholos traidores, que pelean a la mala, con dinamita y polvorazos!

-¿No les gustó buscar camorra?

-¡Aquí tienen a los niños del 4.º, de mi coronel Amunátegui y de mi comandante San Martín!

-¡Ahora no hay lianza, ni naa, fregarse no más!

-¡Viva Chile y mi general Baquedano y mi coronel Lagos!

-¡Abajo la bandera peruana, niños, pa que la vea la escuadra!

Y mil y mil exclamaciones por el estilo, se oían en aquella vasta meseta.

Los vencidos no hacían resistencia alguna, corrían locos, despavoridos, en todos sentidos y direcciones; el miedo cerval, dominó por completo a aquellos soldados, que no podían mirar de frente a la muerte.

¡La pérdida del comandante San Martín y los polvorazos los convirtieron en demonios, que ya no fueron hombres, aquellos soldados!

La sangre de Arauco pura saltó sobre el Morro; la vieja simiente española, esa buena cepa venida de las montañas vascongadas, cultivada bien en las níveas sierras y en las seculares selvas de Chile, que desde antaño, desde Valdivia y Almagro, hasta 1820, recibiera menosprecios de los del Perú, tomaba ahora su revancha, y castigaba a los autores del tratado secreto, como Bulnes aplastó en Yungay a los detentadores de la independencia del Perú, a los que soñaban en monarquizar al continente.

Y no hubo perdón en los primeros momentos, salvo uno que otro caso, como el del subteniente Aldunate Bascuñán, que hemos relatado.

Los oficiales del 4.º, después de supremos esfuerzos conseguían detener la matanza.

Bolognesi, herido en un muslo, rodeado de Moore, que vestía de paisano, teniendo allí cerca a los capitanes de artillería don Cleto Martínez y don Adolfo Quint, al teniente don Tomás Otoya y al subteniente don F. Alan, que servían las baterías del Morro, junto con algunos individuos de tropa más, rendidos todos; sin espadas los primeros, ni armas los

segundos, eran conducidos a las barracas que hacía el lado del mar existían; cuando una luz intensa, brillante, seguida instantáneamente de una fortísima detonación, iluminó las baterías y atronó el espacio.

Restos humanos, tierra, metralla, fierro, toda una masa de humo, de algo inhumano, desconocido, pobló el cielo.

Uno de los grandes cañones de la batería del mar, un Voruz, atascado de dinamita, había hecho explosión, junto con todo su depósito de municiones y saquetes de pólvora, cuando ya Bolognesi rendido, prisionero y salvo con los suyos, se encontraba en poder de los nuestros.

La traición, táctica firme, natural, hecha a conciencia por los peruanos, daba en ese momento su nota nacional. El modo de ser de los descendientes de los incas, la felonía, se revelaba tal cual es, al desnudo.

Los nuestros a su vez, al sentir la formidable detonación, que, por desgracia, mató a varios hombres del regimiento chileno, saltaron como leones enfurecidos sobre Bolognesi, Moore y cuantos enemigos ahí quedaban; y a culatazos, como quien mata perros, los ultimaron a todos.

El jefe de la plaza, Bolognesi, en ese supremo instante, se enmudece, detiene su marcha, y cae muerto a manos de un cuartino que de un feroz garrotazo, dado con la férrea culata de su Comblain, rifle que tenía una gruesa pestaña de hierro, en plena frente, le abre el cráneo sembrando de sesos el suelo que se enrojece con la sangre de todos aquellos hombres.

Así murió Bolognesi, rendido y sin gloria.

Fue necesario entonces hacer poderosos, increíbles esfuerzos, para dominar y tranquilizar a los soldados, que no querían de ninguna manera tomar prisioneros.

Poco después de lo narrado, otra pequeña pieza estalló también; y por milagro a nadie hirió, ni mató; entonces fue cuando a gritos, en la forma más inimaginable, los pocos jefes peruanos prisioneros que quedan con vida, La Torre y otros, pedían misericordia; se disculpaban y ofrecían indicar el lugar donde se encontraban las grandes minas, las baterías eléctricas, con sus guías y polvorazos.

Miserables, pedían perdón; no habían tenido el coraje, la heroicidad de volar la plaza en medio del combate y después de alardear que quemarían el último cartucho, ahora de rodillas pedían perdón.

Silva Arriagada, lo dice: no hubo sino uno de entre aquellos hombres, que se mostró digno de su desgracia, de la suerte infeliz que le deparara el destino; **CREO NO PIDIÓ PERDÓN; el comandante del Iquique, ¡DON ROQUE SÁENZ PEÑA, HOY GENERAL PERUANO Y PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA!**

* * *

Doblemos esta página de horrores, de vergüenza para aquellos jefes y oficiales que no imitaron a Arias, ni a Inclán; que no supieron morir; que sólo supieron rendirse.

Veamos alzarse despacio, solemne, majestuosamente, ondulando sus límpidos colores, a la inmaculada bandera de Chile, por el alto mástil enemigo, que asciende hasta llegar al tope, donde quedará eternamente izada.

Y fueron el teniente don Casimiro Ibáñez, de la 2.^a del 1.^o; el sargento 2.^o don José Antonio Roa, el cabo don Juan Dunstan y el soldado José Mercedes Correa, que pasaban revista en la compañía del capitán Quintavalla, quienes el día lunes 7 de junio de 1880, a las 7 de la mañana, cumplieron con la faena de arriar la bandera peruana y de izar el tricolor, pendón que hoy flamea en el solitario Morro, y en el que se envuelven para morir los descendientes de Caupolicán y de Lautaro.

El primer estandarte chileno que tremoló en Arica, fue una pequeñísima banderola de un guía del 4.^o, la del sargento don José Antonio Roa, ya citado.

* * *

En las posiciones peruanas del alto, del Cerro, no habían ya enemigos que combatir; el Ciudadela, Este, Cerro Gordo, fuertes de La Lisera, el Morro, toda aquella famosa cadena de reductos, había sido tomada en 55 minutos.

A las 6:45 de aquella inolvidable mañana, los oficiales de la Armada chilena, los jefes y equipajes de los barcos neutrales, pudieron ver con sus anteojos, no tremolar la bandera de Chile en el Morro, pero sí, vieron bien a nuestros bravos y heroicos soldados, asaltar el último bastión, tomarlo y rendirlo.

Los marinos ingleses habían ganado su apuesta: en un sólo ataque, en menos de una hora, dos regimientos chilenos, de orden del coronel don Pedro Lagos, tomaron posesión y rindieron a Arica, plaza fuerte de primer orden.

Más tarde, el coronel don Pedro Lagos recibía del capitán de la nave inglesa una caja con un par de riquísimas pistolas y una carta del marino británico, en que pedía excusas por el modesto obsequio, que no era sino un homenaje de admiración al jefe y a los soldados de Chile, que también habían cumplido con su deber.

Esas armas las guarda hoy con veneración el señor don Juan Nepomuceno Rojas, ayudante del coronel Lagos, justo admirador del valor, inteligencia y hombría del ayudante general del comandante en jefe del ejército de Chile don Manuel Baquedano, coronel don Pedro Lagos, vencedor de Arica.

* * *

No quedaban en pie sino los fuertes del norte y el Manco Capac.

Desde que se inició la acción, El San José, Dos de Mayo y Santa Rosa, abrieron sus fuegos en todas direcciones.

Don Juan P. Aillón, sargento mayor y jefe de esas baterías, se mantuvo en su puesto, y durante el combate, pudo tranquilamente disparar sus piezas, sin ser verdaderamente molestado.

El Lautaro avanzó por la playa en demanda de aquellas posiciones, cubriéndose con cautela en el terreno y desplegado en guerrilla en orden disperso.

Robles, Carvallo Orrego y toda aquella brillante oficialidad lautarina, se manejó en aquel avance como en el más correcto ejercicio, y cuando el mayor Aillón y sus hombres, que estaban parapetados en las trincheras que cubrían los frentes, vieron el resuelto avance del Lautaro, y al mismo tiempo se dieron cuenta de la pérdida de las fortalezas del Alto, y notaron la presencia, por su derecha, del 3.º de línea, que con don Federico Castro se le venía encima, abandonaron los tres fuertes y todos los reductos; y a todo correr se dispersaron hacia el noroeste, el sur, buscando la población o un hoyo, una mina, un seguro rincón donde ocultarse.

Los que hacía la hondonada del nor-este tomaron, cayeron bajo los afilados sables de nuestra caballería, que oculta en esas quebradas estaba; y no fueron tomados prisioneros, porque las detonaciones de las minas enemigas habían hecho huir toda conmiseración del pecho de nuestro ejército.

A parte de esto, cuando el Lautaro avanzaba sobre el San José, estalló éste; y el ruido, la detonación, fue tan potente, tan soberanamente fortísima, que la caballería nuestra, que estaba lejos, imaginó, como era natural, que el Lautaro había caído con la explosión.

No fue así, no murió nadie en el San José, ni un chileno, ni menos peruanos; que buen cuidado tuvieron de dar fuego a su Santa Bárbara después de haberlo abandonado.

Aquello no fue sino una salva real, única, hecha al pabellón de Chile, que en esos momentos se izaba en la cima del Morro, con la insignificante carga de cincuenta cajones de dinamita, amén de la pólvora y pertrechos.

Todos los vencedores de Arica recuerdan esa magnífica explosión: se vio, dicen, elevarse por los cielos una llamarada poderosa; tembló la tierra, el espacio se pobló de una infinidad, como de largos palitos, delgados listones, hierro, cañones, tierra, humo: un volcán.

Enseguida, la nube subió recta, despacio, hacia la altura; luego se extendió por todos lados, semejando un inmenso sauce llorón.

¡Aquella nube de palitos, que todos vieron, eran los rieles del fuerte, de sus muros y bastiones!

* * *

La plaza estaba tomada; el pabellón de Chile en el Morro, y don Pedro Lagos, que ha descendido al pueblo, satisfecho del valor de sus soldados.

El general Baquedano felicita al vencedor de Arica, a don Pedro Lagos, su ayudante general, su compañero y leal amigo.

Pero, la victoria se ha comprado cara. San Martín está agonizante; el capitán Chacón ha muerto, y el subteniente Aguirre dormirá pronto el dulce sueño de la muerte. Poblete está ya en la historia.

El 4.º de línea tiene diez oficiales menos, y 190 cuartinos, pueblan heridos también las areniscas laderas, fuertes y trincheras del Morro.

¡Noventa y tres muertos tiene el Arica, 4.º de línea, y con San Martín y Aguirre, llegarán a 95!

Sus bajas suman entre muertos y heridos, 295 hombres.

En el Ciudadela, el bravo Tres, perdió dos oficiales: Chacón y Poblete; hubo siete oficiales heridos; en sus laderas y recinto, y en el espacio, hechos polvo, quedaron cincuenta y siete bravos del 3.º, e ingresaron a las ambulancias 117 heridos, muchos de los cuales, un 50% fallecieron más tarde.

El 3.º de línea perdió en Arica 183 hombres, contados desde el heroico capitán Chacón, al último soldado.

El Lautaro, no tuvo sino ocho bajas. Sumadas las pérdidas, podemos asegurar que Arica costó a Chile, al ejército y escuadra, contando los tripulantes que cayeron en el Cochrane el 6 de junio, 514 soldados: un batallón, que siempre mandará su jefe, don Juan José San Martín.

Esa tropa, que la acaudilla un bravo, es la guardia de honor de nuestra bandera en Arica.

* * *

El Cochrane y todos los demás barcos que manda Latorre, hacen proa al puerto; el Manco Capac dispara flojamente sus grandes cañones; y nerviosamente, su comandante Sánchez Lagomarsino, que, como hombre de sociedad, es culto y muy bien educado, va de aquí para allá, no sabe lo que le pasa; cambia de surgidero, y luego, resuelto, hace proa al Cochrane; todo el mundo, en los barcos neutrales, preparan sus anteojos; toman la mejor colocación para ver aquel gran combate naval que se viene encima...

¡Oh, irrisión! Sánchez Lagomarsino abandona el último Inca de su raza. He aquí las palabras del comandante La Torre, que da cuenta de este suceso ridículo:

«Desengañado, Sánchez, de no poder hacer su postrer tiro al enemigo, CON SERENIDAD Y ACIERTO, le echó a pique, para no dar ese nuevo poder a las fuerzas marítimas de Chile».

¿Puede hacerse al miedo, a la cobardía, una apología más magnífica?

Huelgan comentarios; no contaremos las geremiadas de esos tripulantes, que buscaron refugio a bordo de las naves neutrales hasta que se entregaron prisioneros; esa farsa, nos quita la pluma de las manos.

El enemigo sufrió horrosas pérdidas. Porque, la verdad sea dicha, no se les dio cuartel; se le ultimó sin piedad en el asalto, el entrevero, después de rendidos, y se les fusiló también en el pueblo.

Con la explosión del Ciudadela, con los polvorazos del Morro, con la voladura del San José, con la explosión de los cañones y con haber encontrado en la Ambulancia, establecido el centro eléctrico, la red de todas las minas, no hubo piedad ni compasión para nadie.

Los muertos subieron de mil. En el Morro, para que se den cuenta los que esto lean, del delirio de matanza que dominó al 4.º de línea, sepan que no se hicieron más prisioneros que: 8 jefes, 26 oficiales y 32 individuos de tropa, es decir, 66 hombres por todos.

Y ahí debieron reunirse, como mínimum, seiscientos individuos; porque todos los que habían escapado de los fuertes del este, del Cerro del Chuño, Gordo y bastiones de La Lisera, se fueron replegando en el punto nombrado.

Al pie del Morro se encontraron 367 cadáveres, que fueron quemados por el coronel don Samuel Valdivieso, el día 9 de junio; y durante mucho tiempo, el mar estuvo arrojando restos humanos a la playa.

En la plaza del pueblo fueron fusilados 67 hombres por una mujer, que ordenó esa ejecución: la IRENE MORALES, cantinera que acompañó al ejército, al 3.º de línea, en el asalto.

La Irene Morales hizo toda la campaña del Pacífico y prestó los más importantes servicios, desde el 14 de febrero de 1879, fecha en que se tomó posesión de Antofagasta.

En ese día, la Irene Morales se encontraba en el indicado puerto al frente de un pequeño negocio de abarrotes. Casada con un músico, desertor de la Artillería de Marina, se había avvicinado junto con él en Antofagasta. Un buen día, el marido de Irene mató a un sargento boliviano, e Irene, a pesar de todo cuánto hizo, no pudo impedir su ejecución; aquella mujer guardó en su alma la memoria de aquel suplicio, que ella siempre creyó injusto, y esperó tranquila el día de la venganza.

Llegó el 14 de febrero de 1879. La Morales quemó su negocio, lo regaló todo a la Compañía de Artillería de Marina del capitán don Pablo Silva Prado, y se hizo cantinera.

Se batió en primera fila siempre, se le vio en Pisagua, Dolores, Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores. Curaba heridos, acompañaba a los moribundos, peleaba, y era en la guarnición, ángel de caridad. En ocasiones, como en Arica, leona herida en el fondo de su alma, de sus afecciones, que venga antiguos rencores, mata y destruye sin piedad cuánto encuentra.

La Irene, pues, fusiló, lo dijimos, 67 infelices, que inútilmente pidieron perdón; que la tropa obedecía fielmente a Irene, sin pestañar.

En el Ciudadela, el comandante del 3.º, don José Antonio Gutiérrez, dio sepultura a 400 cadáveres; del mar se recogieron 35; en el fuerte Santa Rosa se encontraron 14; cerca de la Wateree, tres más, y adentro, un oficial. Estas cifras nos dan 887 muertos.

¿Y los que sucumbieron en El Este, en Cerro Gordo, en los cuatro fuertes de La Lisera y en las trincheras de esos baluartes?

¿Cuántos fueron?

¿Y las bajas del Batallón Iquique, y las del Tarapacá, que poblaban las faldas septentrionales del Morro, a qué número alcanza?

¿Nuestra caballería, contó los que sableó?

Hay recuerdo, constancia semioficial, de 887 muertos. Sin ponderación ninguna, creemos que esa cifra debió llegar a 1.200 hombres.

En El Este y fuerte de La Lisera, la matanza fue sin piedad; no se dio cuartel.

Los heridos sumaron el redondo número de 200; los prisioneros alcanzaron a 500 y cien se dispersaron.

Las bajas enemigas pueden descomponerse así:

Muertos 1.200
Heridos 200
Prisioneros 500
Dispersos 100
TOTAL: 1.900 hombres.

Y ésa, y no otra cosa, fue lo que ocurrió; la cifra de 1.900 soldados, de Bolognesi al último tambor, creemos sea la real y verdadera.

A nadie debe culpar el Perú de esta derrota, sino a sus propios defensores; que ellos son los únicos responsables, y sobre todos sus hombros pesará siempre la ignominia de la cobarde felonía con que obraron, reventando minas y haciendo estallar cañones después de pedir perdón y de ordenar cesar los fuegos.

Con una cobarde celada nos llevaron a la guerra, que eso fue el tratado secreto con Bolivia; la traición inició el fuego en Miraflores, y ella, la falacia, ha dominado siempre en ese pueblo, que cuenta entre los más grandes traidores de la América, a Torre Tagle y Riva Agüero, que vendieron a su patria, a España, en 1821.

Puede que el recuerdo del Asalto de Arica los haga enmendar el rumbo; y si la derrota del barco no la cambian, peor para ellos, porque bien puede ser pongamos diestro piloto chileno a bordo de su nave.

* * *

Hemos aseverado que en La Ambulancia peruana de Arica, se encontraban el centro de las baterías eléctricas, que sirvieron para hacer volar a todas las fortificaciones ariqueñas; el hecho es por desgracia para el Perú, cierto y efectivo.

El general don Belisario Campo, ayudante que, se sabe, fue del coronel Lagos; el coronel retirado don Federico Castro; el coronel don Ricardo Jara Ugarte, el coronel retirado don Rodolfo Wolleter, don Enrique Salcedo, don Alberto Novoa G. y muchos otros testigos oculares, recuerdan este hecho.

Nosotros conocemos también un sumario que en el terreno mismo se levantó, y a raíz de los sucesos tuvo su curso legal.

Fue fiscal de esa causa el sargento mayor don José Umitel Urrutia, a quien sirvió de secretario el subteniente de Zapadores, don Isidoro Labra M.

El fiscal inició sus labores el día 10 de junio de 1880; declararon don Ricardo Walker, los paisanos ariqueños Geraldo Ortra, el ecónomo de la Ambulancia, Cayetano Peralta; el cirujano don Eduardo Rodríguez Prieto; el capitán del 3.º de línea, don Leandro Fredes, y el cabo primero del id., don Emiliano Palma.

Se probó que las baterías eléctricas existían en dicha Ambulancia, porque ahí se encontró el aparato generador; que el edificio estaba bajo el amparo de la Cruz Roja, y que sólo debido a una feliz casualidad, se pudo descubrir y cortar a tiempo la red de alambres que de ahí partía, ramificándose en el Morro y demás fuertes.

Sirva lo que narramos, de ejemplo para el porvenir; y no se duerma nuestro pueblo en brazos de la victoria; el Perú está despierto y tiene fundadas esperanzas de apoyo en la América, en la que cuenta generales de su ejército que desempeñan altísimos y elevados puestos.

* * *

Lo que arrojó el sumario, lo confirmó El Nacional de Lima en Junio de 1880, en una correspondencia sobre la acción del 7 de junio de ese año, que publicó don Gustavo Rodríguez.

El Nacional de Lima dice, narrando el Asalto del Morro, que Bolognesi había organizado la resistencia en las alturas, después de haber estado en el bajo, en la ciudad, en el sitio en donde se tenía el aparato para la explosión de las minas; había querido dar fuego a una, y luego a otra y otra, sin que ninguna reventara, hasta que, convencido de que no debía contarse con ese medio de defensa, exclamó colérico: «Estamos perdidos», y se dirigió al Morro.

Cómodo modo de defender una plaza fuerte: amparando su miedo desde el sagrado recinto de la Cruz Roja.

Y el pueblo peruano llama héroe a esos señores, y los endiosa, y les levanta estatua.

* * *

Arica, a las 7 de la mañana, hacía buen rato que se encontraba en poder de Chile.

El general Baquedano, el coronel don Pedro Lagos y todos los ayudantes del Cuartel General y Estado Mayor, ocupaban la ciudad.

El Buin y el Bulnes descendían junto con los cien cazadores de Alberto Gormaz; tan pronto como el ataque se inició, hacen un alto esas tropas para no impedir su acción al 3.º y 4.º de línea; bajan más tarde, en perfecta formación al pueblo.

El Bulnes, con su comandante don José Echeverría, jefe distinguido, disciplinario y de exquisito tino para gobernar su tropa y dominar las difíciles comisiones, de orden, con que siempre se le distinguió, fue el ante mural de la ciudad y vecindario de Arica en ese día horrendo de matanza y de victoria.

El Buin ayudó al Bulnes a sosegar el furor de los dos regimientos vencedores, misión que cumplieron todos los jefes y oficiales del 3.º y 4.º de línea, consiguiendo, al fin, detener el justo grito de venganza que dominó a aquellos soldados.

Y aquí hay que recordar la insistencia caritativa del comandante don Roberto Souper, para salvar de la muerte a muchos desgraciados, a quienes el justo encono de nuestros soldados no querían perdonar la vida.

En esa misión se distinguió también don Domingo de Toro Herrera, comandante del brillante Movilizado Chacabuco, y muchos otros más. Entre esos, merecen mención especial los jefes del Tres, que, denodados en el asalto y la pelea, hicieron lujo de valor en aquella y de caridad para aplacar a su tropa, irritada con las explosiones después de la acción.

Los señores don José Antonio Gutiérrez y don Federico Castro, con paciencia y energía, dominaron al fin los terribles desbordes de los repatriados del 3.º de línea, que vengaban ahora los mil y un vejámenes que en el Perú los hicieron sufrir antes de declararse la guerra.

* * *

Baquedano y Lagos, tan pronto bajaron a la plaza como dieron orden de recoger a todos los heridos que hubiesen en el campo; aquella tarea fue difícil: primero por la distancia que había que recorrer, y luego porque el personal era insignificante.

Sin embargo, hay que recordar con cariño aquí la actuación distinguida de los cirujanos del Buin, 3.º, 4.º y Cazadores a Caballo, es decir, de los señores: Juan Francisco Ibarra, Juan Antonio Llansas y Emiliano Sierralta; lo mismo que la de los practicantes don Moisés Zuñiga, don David Herrera y don Abel Pumarino; los de los Carabineros de Yungay, 1.º y 2.º Escuadrón, señores Manuel Suárez e Ismael Díaz.

Y si no hubo más cirujanos en Arica, fue sencillamente porque en Tacna, la presencia del cuerpo médico era indispensable, casi absoluta, para atender a los infinitos heridos chilenos, bolivianos y peruanos.

No sabemos por qué, y el doctor Allende Padin, tampoco se da la razón, del motivo que el Estado Mayor chileno tuvo para devolver del campamento del Azufre, «una sección de ambulancia con su material, a cargo del cirujano don Juan Quint».

El hecho es que el servicio sanitario no fue bueno; y la situación se salvó con el patriótico esfuerzo de los cirujanos chilenos y por la noble actuación de los doctores de a bordo de las naves de guerra neutrales; del transporte francés Hussard, del italiano Garibaldi, y muy especialmente de los alemanes Hanza y Bismark, pues esos señores practicaron las grandes operaciones del primer momento».

En el 3.º de línea fijó su residencia el cirujano boliviano don Juan Kidd, y con tanto acierto y cariño cuidó a los heridos de ese regimiento, que todos lo recuerdan con veneración y gratitud.

En la misma hermosa mañana de este lunes 7 de junio, penetraron también a la plaza los señores: coronel don O. Barbosa y sus ayudantes, señores Baldomero Dublé A., Hermógenes Camus, Pedro Frederichsen, Enrique del Canto y Alejandro Delgado.

Seguían al coronel Barbosa el Regimiento Movilizado Lautaro, mandado por don Eulogio Robles y don Ramón Carvallo Orrego; a retaguardia formaban los Escuadrones número 1 y 2 de Carabineros de Yungay, con Bulnes y don J. Miguel Alsérreca, y los Cazadores a Caballo del mayor don Francisco Vargas.

La caballería acampa en los pastales del norte de Arica y patrulla la ciudad; manda a todos estos jinetes el comandante don J. Rafael Vargas.

La artillería atalaja y descende a la rendida plaza; el puerto está franco y en seguro tenedero, anclan tranquilamente los barcos del Comodoro La Torre: el Cochrane,Loa, Magallanes y todos los transportes chilenos.

El coronel Lagos, antes que el sol del 7 de junio llegue al zenit, ha dado cuenta al general Baquedano que Arica es para siempre chilena; que el cóndor de los Andes se anida ya en los altos del histórico Morro, y que sólo para volar a la capital del Perú, abandonará esas cimas.

* * *

Y aquí termina la verídica e histórica narración de este épico y emocionante episodio de la Guerra del Pacífico, que hemos escrito teniendo a nuestra vista numerosos documentos y narraciones de sobrevivientes. Si hemos herido afecciones, no es nuestra la culpa, sino de los hombres que actuaron en la campaña.

El deber del historiador es decir la verdad; la historia es ejemplo y enseñanza; no puede hacerse novela de la realidad; los pueblos viven del pasado; la juventud debe beber la verdad siempre; y alimentar y confortar su espíritu en los grandes sacrificios de los hombres que, realmente, han trabajado por la grandeza de la República.

La verdad es amarga; pero, quien la dice, no miente, ni adula.

Tácito ha declarado:

«La ley de la Historia consiste en no decir nada falso, ni omitir nada verdadero».

Si alguien nos muestra documentos oficiales que desvirtúen la relación que hemos hecho, no tendremos inconveniente para rectificar los juicios que hemos vertido en esta relación.

Nuestro deber como hombre de estudio y conocedor viejo de los magníficos archivos nacionales, es decir la verdad, sin temor a nada, ni a nadie.

* * *

Bolognesi tiene en Lima una estatua. Baquedano y su amigo íntimo, el inspirador de sus glorias, el hombre de Arica y de Miraflores, que dio siempre fiel cumplimiento a sus planes de campaña, que ideó, a su lado, las epopeyas de Los Angeles y de Tacna; que le ayudó a vencer y a rendir a Lima, don Pedro Lagos, no tienen todavía en su patria, ni siquiera un busto, un medallón, que perpetúe sus nombres, sus glorias y sus famas.

Ya es tiempo que el pueblo levante del polvo del olvido a los vencedores del Perú; la hora de la lucha puede que se acerque; recordemos las glorias del ejército; erijamos la estatua de Baquedano y de Lagos.

Y ahí tiene un tópico nobilísimo la Liga Patriótica: orle las sienes de los grandes soldados de Chile, que con ello pagará tributo de veneración y de respeto a dos buenos servidores de la patria.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo